

tivamente es sagrado en el orden moral. En los autores de sus dias contempla á los que le representan á Dios mismo, pues son el conducto por donde recibe los beneficios de la divina Providencia. En los ministros del altar ve los órganos de las verdades religiosas, los guias de su piedad. En el maestro encuentra un padre adoptivo, el órgano por medio del cual recibe las luces de la instruccion y las lecciones de la virtud. La vejez le representa la experiencia adquirida, la constancia que ha triunfado de las pruebas porque pasa el hombre en la vida, y la cadena de las tradiciones. Los magistrados le representan patentemente la autoridad de las leyes, los intereses del bien general, la proteccion debida á los derechos de todos. De este modo se personifican para él la bondad, la sabiduría, la prudencia y la utilidad pública. El respeto que se le exige no es mas que la justa veneracion debida á lo que de suyo es eminente, respeto que le lleva á la fuente eterna de la luz y de la perfeccion, y vuelve á conducirle por diversos caminos al culto de la divinidad.

En el hecho de honrar el niño á las personas que tienen sobre él superioridad moral, presta homenaje á lo que es bueno, y reconoce en la tierra el reinado de la verdad y de la bondad, á cuyo trono se acerca á pagar tributo. De cada uno de sus miramientos y consideraciones saca una leccion verdadera y provechosa. Las personas que por diversos titulos respeta son para él un símbolo viviente que le representa alguno de sus deberes; de suerte que en sus labios los consejos y las lecciones, adquieren mayor autoridad y su voz es un eco que le repite las lecciones de la virtud. Pero estas ideas no se le presentan siempre clara y espontáneamente á su espíritu. Al principio distingue solo la superioridad de la fuerza material; conoce únicamente la dependencia en que está con relacion á sus necesidades físicas; despues descubre la superioridad de habilidad y de conocimientos; y á veces sus primeras relaciones con las personas á quienes está sometido le inspiran un sentimiento de temor. Deber nuestro es extender sus reflexiones, elevar sus pensamientos, desterrar de su alma toda predisposicion servil, y ennoblecerle con el respeto legítimo, haciéndole ver en la frente de las personas á quienes honra los destellos de una majestad invisible y eterna.

Preparando de este modo á los niños para que respeten á sus superiores, y para explicarles los motivos de este respeto, los preservaremos naturalmente de las impresiones que podrian amenguarle, al notar las imperfecciones, los desaciertos y las faltas de las personas que á él tienen derecho. Asi sabrán apartar la vista de las debilidades huma-

nas, para no considerar mas que lo excelente; y no faltarán á este respeto, aun cuando las personas á quienes lo tributan cometan con ellos alguna injusticia; porque no verian en ella sino una consecuencia de las inevitables imperfecciones de la humanidad; que no seria bastante para horrar el titulo en que se fundan nuestros homenajes y que en la persona honrada emana de una fuente sagrada.

Si hacemos comprender asi el respeto á los niños, no solo estará en ellos exento de temor ó de servilismo, sino que irá asociado con el reconocimiento, la confianza y el amor, manifestándose unas veces por medio de la deferencia, y otras por medio de la abnegacion. El niño instruido de este modo no confundirá el sentimiento interior del respeto con sus testimonios exteriores, sin dejar por eso de conocer que estos últimos son consecuencia natural del primero. Su respeto se extenderá á cuanto tiene el carácter sagrado de la humanidad, porque en ella resplandecen tambien los destellos de las perfecciones divinas. Y por último, al respeto á la superioridad moral se unirá naturalmente el respeto á si propio, que el niño debe aprender tambien á conocer; porque la infancia del hombre reproduce bajo una forma sencilla y graciosa el carácter de la humanidad, todavia en bosquejo, pero marcada ya con el sello divino. La pureza, la templanza, la prudencia, le preservarán de toda mancha. Respetemos, pues, la niñez y la aureola de inocencia que orna su frente.

El homenaje prestado á nuestros legítimos superiores se asocia á la verdadera elevacion, á la legitima altivez de carácter; porque respetándose entra la criatura humana en posesion de sus títulos de nobleza, como perfeccionándose alcanza su verdadera grandeza.

El respeto á si propio es mas necesario, bajo ciertos aspectos, á las personas á quienes la fortuna hace desgraciadas; porque las preserva del desaliento y de esa vergüenza, que, humillando al hombre á sus propios ojos, dá pábulo á las inclinaciones innobles, y sirve de valla á toda especie de envilecimiento y degradacion, prestando verdadera dignidad, aun á la pobreza. No omitamos diligencia alguna para habitar á los niños á respetarse en todo á si propios; exijámosles que guarden exactamente las reglas del decoro; evitemos con esmero cuanto pueda rebajarles en su propia opinion, y no solo en lo concerniente á las circunstancias meramente exteriores y accidentales, como las deformidades del cuerpo, ó las desgracias de fortuna, pues lo contrario seria una injusticia y una crueldad casi bárbara; sino tambien por lo tocante á otra inferioridad mas real y positiva: no humillemos á los alumnos que manifiesten poca capacidad intelectual; y al avergonzar á los que hu-

bieren cometido alguna falta, guardémonos de echarles un borron, que, habituándolos á considerarse como envilecidos, los incapacite para volver á experimentar sentimientos honrosos.

El niño instruido de esta manera comprenderá el respeto debido á la desgracia, considerándola como una noble lucha á que la Providencia sujeta la virtud humana; como una cosa sagrada digna por todos títulos de nuestra benevolencia. Por cuán estrechos lazos se ligan entre sí todos nuestros deberes! El respeto á sí propio contribuye tambien á aumentar el sentimiento del deber de la sinceridad. En general, el respeto acompaña y se enlaza á todos los deberes.

Del mismo modo que la paternidad, la edad, la posición, la virtud, la ciencia, dan títulos individuales al respeto, así tambien hay otra clase de respeto, que se dirige al conjunto, á la sociedad en general. La familia y la sociedad son instituciones divinas: por ellas recibimos los bienes mas preciosos, los frutos de la civilizacion, la subsistencia, las comodidades de la vida, la industria, la instruccion, los goees, el desarrollo moral; nos colman gratuitamente de dones mucho tiempo antes de que podamos corresponder á sus servicios. La niñez es cabalmente el período de la vida en que recibimos todos estos beneficios, sin poder pagarlos. ¡Aprendan los niños á conocer su valor, al punto que de ello sean capaces! ¡Que vean la proteccion que se dispensa á su debilidad; los tesoros comunes, acumulados en la serie de los siglos con tantos trabajos, y á cuya participacion se les admite: magnífico banquete al cual se les convida desde su entrada en la comunidad humana! Así comenzará á entrever los sagrados derechos que esta tiene sobre él, y el reconocimiento le hará sumiso y obediente.

Al principio comprenderá mejor el niño sus deberes para con la familia, por estar mas cercano á ella y ser sus relaciones mas inmediatas, mas habituales, mas numerosas y mas íntimas. Pero poco á poco la imágen de la familia le explicará la sociedad, y conocerá los deberes sociales por los vínculos que le unen á sus deudos.

La escuela es una especie de comunidad en pequeño, entre la familia y la sociedad civil, que participa de la naturaleza de ambas, y puede servir á nuestros alumnos de continuo aprendizaje para la gran instruccion que debe elevarlos al conocimiento de los deberes sociales.

¿Cuán importante no será, por lo mismo, que la organizacion de la escuela establezca entre los niños relaciones íntimas y bien dirigidas? ¡Conservemos en ella el espíritu de familia; que la disciplina de la escuela, presente el cuadro de una sociedad feliz, que cada cual de los

niños experimente el vivo sentimiento de los beneficios que recibe de la comunidad, y la fuerza de los vínculos que á ella le unen! Asi, cuando se desarrollen sus ideas, se reconocerá como miembro de la corporacion, de la ciudad, del Estado, de la gran sociedad humana. Para esto se recurre á las nociones elementales de historia y á las instituciones fundamentales del pais, á fin de ponerlos en camino de conocer los deberes que algun dia habrán de cumplir como ciudadanos.

Estos deberes son de dos especies: unos consisten en abstenerse de cuanto pueda perjudicar á la comunidad; otros, en prestarle cuantos servicios exija. Los niños están llamados á cumplir los primeros, y pueden ir concibiendo poco á poco los segundos, y preparándose para satisfacerlos tambien el dia en que entren en posesion de todas sus facultades.

Nuestros alumnos comprenderán cuán culpables serian, si causasen perturbacion ó desorden en la comunidad que los ha adoptado ó cautivado con sus beneficios. No perdamos ocasion de grabar profundamente en su alma el respeto que merece el orden establecido. En los paises libres principalmente, el respeto á la ley, fundamento de la moral pública, forma una parte esencial de la educacion popular, y siempre será poco cuanto se haga para inspirarlo pronta y enérgicamente á los niños. Estos aprenderán á considerar la autoridad social como la expresion sensible de la ley, como el poder tutelar que vela por las necesidades del bien general, y que protege los intereses de todos. La disciplina de la escuela, bien concebida y aplicada, les revelará ya estas utilísimas verdades por medio de un ejemplo familiar; en las reglas que impone ¿no echan ya de ver prescripciones benévolas y previsoras para la conservacion de su salud, el buen éxito de sus estudios, la economia del tiempo, y el mantenimiento de la mejor armonía?

La desigualdad de condicion social, resultado inevitable de los progresos de la civilizacion, que asombra á las inteligencias superficiales, confunde á los hombres extraños á las meditaciones morales, y exalta la codicia, la envidia y todas las malas pasiones, es un misterio cuya revelacion no está al alcance de los niños, pero que deberán respetar, sin embargo, no solo por interés del orden público, sino por el de su propia dicha futura. Nuestros alumnos pertenecen por lo general á las clases menos favorecidas de la fortuna; ¡hagamos lo posible porque todos estén contentos con su suerte, y puedan mejorarla algun dia trabajando con aliento y perseverancia! Digámosles que esta desigualdad es mas aparente que real, y que á veces se encuen-

tra el verdadero contento en las situaciones mas modestas. Digámosles que la Providencia rige el destino de todas las criaturas, que ha repartido todos los papeles, y que cada cual de nosotros alcanza su fin desde el momento en que cumple la vocacion que le hubiere señalado. Digámosles, que la diversidad de condiciones es una gran ley impuesta por la sabiduría divina como medio de que progrese la humanidad en general. Trátemos de hacerles ver que las condiciones, al parecer menos favorecidas, participan no obstante de los beneficios de la civilizacion, que se difunden como el aire y la luz. Hagámosles notar las diferencias que hay aun en el seno de la familia y de la escuela, en cuanto á facultades, cargos, situaciones, parte asignada á cada cual, etc., y cómo de estas mismas diversidades resulta la armonia general y el provecho comun de todos. ¡Con cuántos ejemplos no podremos probarles, que lejos de recibir el hombre de las circunstancias su parte esencial en los bienes reales de esta vida, la debe mas bien á su aliento y sabiduría; y que el secreto de la felicidad consiste en vivir contento y hacer buenas obras!

¡Que nuestros alumnos se habituen incesantemente á considerarse como miembros de la gran familia humana, de cuya comun existencia participan, y de la cual han recibido todo cuanto poseen! Asi conocerán que esta tiene derecho á exigirnos el tributo de nuestras facultades, de nuestros bienes, de nuestra existencia, y que servirla es honor, no menos que deber. La educacion del ciudadano debe fundarse en el gran principio de que los deberes preceden á los derechos, y que estos se derivan de aquellos. Asi, cuando algun dia tenga que ejercitar sus derechos lo hará dignamente y con moderacion. Como premio de sumision á las leyes disfrutará algun dia la debida independenciam en sus palabras, en sus sentimientos, en sus discursos y en sus acciones. Respetándola en los demás, reclamará la libertad individual, la seguridad de sus derechos privados. La libertad, considerada como derecho social, no puede consistir nunca en la facultad de perjudicar á otros, sino en el ejercicio legitimo de nuestras facultades. La libertad es la expresion de la dignidad del hombre como ser intelectual y moral, y para gozarla es preciso saber merecerla.

Luego que nuestros alumnos lleguen á alcanzar el grado de instruccion conveniente para concebir la naturaleza de los derechos políticos, aprenderán á considerarlos como un verdadero servicio público, como un mandato hecho á nombre y por interés de todos, combinado con el cumplimiento de un deber y con el ejercicio de cierta especie de magistratura. Asi llegarán á concebir que estos derechos, diversos

en la forma, graduados en la extension, subordinados á las capacidades legales, é instituidos siempre en provecho de todos, aun en el caso de que solo los ejerzan unos pocos, deben ser ordenados por la sociedad y definidos y determinados por las instituciones del estado. Felicitémonos de que nos sea ya posible dejar entrever á nuestros alumnos toda la belleza de nuestras instituciones patrias, que proclaman la igualdad universal ante la ley, declaran admisibles á los empleos y cargos públicos á todos los ciudadanos, dejan la via expedita á todas las reclamaciones, iluminan los intereses generales con la luz de la publicidad, aseguran el triunfo de la equidad con el reinado de la franqueza, y que aun en el hecho de exigir para el desempeño de los cargos públicos condiciones relativas de capacidad, protegen los intereses generales y los derechos individuales por medio de seguridades indispensables. No basta que nuestros conciudadanos jóvenes aprendan á obedecer; es tambien necesario y justo que amen las leyes de su pais, y se enorgullezcan de ellas.

(De Gerando.)

ROLLIN. Si la gloria no estuviese reservada mas que al genio y á las acciones brillantes, Rollin no gozaria de los honores de la nombradía. Nacido en tiempo de Luis XIV entre los grandes poetas y los grandes oradores de aquel siglo tan fecundo en talentos de todos géneros, no puede compararse á ninguno de ellos; mas su mérito no es menos real: brilla por virtudes especiales. Su memoria venerada de los padres de familia, es siempre querida de la juventud; sus obras se citarán siempre como modelos de sabiduria, de erudicion y de buen gusto.

Carlos Rollin nació en Paris, el 30 de Enero de 1661 en la tienda de un pobre cuchillero. La mediocridad de su fortuna le condenó á seguir esta profesion, y su padre lo habia hecho ya examinar de *maestro* cuando un benedictino á quien alguna vez ayudaba á misa, adivinó sus felices disposiciones y le cobró aficion. Decidió á la madre á que le hiciera estudiar, pero habiendo esta quedado viuda y teniendo que vivir del trabajo de sus hijos, no podia desgraciadamente soportar los gastos de una nueva educacion. El celo del buen religioso triunfó sin embargo de este obstáculo, pues á fuerza de pasos consiguió en el colegio de los Diez y ocho una beca para su protegido: y nada se opuso desde entonces al desarrollo de esa inteligencia precoz.

En aquella época hallábanse en el coliseo Du Plessis, á cuyas lecciones concurrían los alumnos del de los Diez y ocho, los dos hijos mayores del ministro Lepelletier, y nuestro pensionado los tuvo muy pron-

to por rivales y por amigos, disputándose frecuentemente con ellos los primeros puestos. El ministro, persuadido de las ventajas de la emulación bien dirigida, nada omitió para hacerla aprovechar á sus hijos. Rollin era *emperador*, título que se alcanzaba cuando se habia sido por tres veces seguidas el primero en las composiciones, y M. Lepelletier le enviaba el mismo premio que tenia costumbre de conceder á sus hijos en iguales circunstancias. Los dias de vacacion hacia participar juntos á los tres los placeres de la casa paterna, y cuando salian en coche desaparecian las distinciones de rango y de fortuna; cada cual conforme á las órdenes de M. Lepelletier, se colocaba siempre segun el puesto del colegio. Una educacion tan hábilmente dirigida produjo los resultados que eran de esperar. El afecto mútuo de los tres rivales no hizo mas que estrecharse sucesivamente; esa amistad, nacida en el colegio, continuó durante toda la vida de Rollin, el cual aficionándose mas y mas á sus condiscipulos, vigiló mas tarde la educacion de sus hijos, y conservó siempre el mas vivo agradecimiento hácia el ministro protector de su juventud.

Terminadas humanidades y filosofia en el colegio Du Plessis, consagró tres años al estudio de la teologia en la Sorbona. M. Hersan, su profesor de retórica, dejó entonces la Universidad. Justo apreciador del talento, propuso á Rollin por sucesor; mas tal era la modestia del discípulo que no pudieron nunca determinarle á que aceptara la cátedra de retórica; apenas consintió en encargarse de la clase de segundo, y algunos años despues pasó á la de retórica: en 1688 desempeñaba la cátedra de elocuencia en el colegio real de Francia.

Rollin entró en la Universidad haciendo saludables mejoras. Dió importancia á la cátedra de griego que habia caido en desuso; realzó la de lengua francesa aun mucho mas descuidada; introdujo en los colegios la costumbre que se ha conservado hasta nuestros dias de hacer aprender á los discípulos las principales obras maestras de elocuencia y poesia, y reemplazó por ejercicios literarios las representaciones peligrosas con que desde tiempo inmemorial terminaba el año clásico.

Despues de haber desempeñado con brillo el profesorado durante ocho años, Rollin dejó el colegio Du Plessis para entregarse enteramente al estudio de la historia antigua, conservando únicamente de todos sus cargos la cátedra de elocuencia en el colegio real, á título de vitalicia y sin emolumentos, á pesar de que no disfrutaba sino seiscientas á setecientas libras de renta, con la cual por la mediocridad de sus gastos era suficientemente rico.

La Universidad habia sentido vivamente la retirada de Rollin, y no pudiendo privarse por mucho tiempo del concurso de un hombre tan ilustrado, lo nombró rector á fines de 1694, dispensándole por dos años seguidos el propio honor, como especial distincion.

Rollin en sus elevadas funciones se mostró digno depositario de los privilegios de la Universidad, defendiéndolos con firmeza contra imponentes pretensiones, resistiendo animosamente, siendo el mas humilde de los hombres, á personajes eminentes, cuando su conciencia se lo imponia como obligacion. No fué menos escrupuloso en el cumplimiento de los deberes de su destino. Visitó personalmente los colegios conforme á los estatutos de la Universidad, y partidario ilustrado de la disciplina, vigilaba con celo todos los detalles de la enseñanza, no descurriendo nada de lo que podia imprimirle un carácter religioso.

Quando estaba para espirar el término asignado á las funciones temporales de rector, el abate Vêtement pidió como un favor permiso para poner en manos de Rollin la coadjutoria del colegio de Beauvais. Fué preciso obligarle á aceptar, y hubiera persistido en sus negativas á no ser por los ruegos de su amigo el sabio Duguet. Bajo tal director, el colegio de Beauvais no tardó en adquirir gran celebridad. Las familias mas distinguidas le encomendaron al momento sus hijos, porque el nombre de Rollin era una garantia para todos. Es muy sabido el siguiente rasgo de confianza: Un rico provinciano que por la reputacion de Rollin habia llevado su hijo á Paris, lo presentó en el colegio no dudando de su admision como pensionista; pero todo estaba ocupado y Rollin no tenia ya puestos que dar. El padre desesperado no se daba á razon. «He venido expresamente, dijo, á traeros mi hijo; marchó mañana, os lo enviaré con una cama; no tengo mas que él; colocadlo en la bodega, en el patio, donde os acomode, poco me importa; con tal que esté aquí marcharé tranquilo.» Asi lo hizo, y Rollin, conmovido de semejante resolucion, admitió al jóven y lo colocó en su propio gabinete, mientras tenia cabida entre los demas alumnos.

Inútil es recordar los triunfos de Rollin al frente de su colegio. Hubiérase dicho que maestros y discípulos conspiraban al cumplimiento de sus deberes, debido á que el superior era el alma de aquella familia, á que su paternal solicitud alcanzaba á todo, á que encontraba en su corazon el secreto de hacerse amar y de conciliar á la vez el respeto debido á la disciplina y á la autoridad.

Sin embargo ¿quién lo creeria? Quince años de tan sábia direccion, tanto amor á la juventud y una abnegacion sin límites en el desempeño de tan nobles funciones, no preservaron á Rollin de la calumnia, y victi-

ma de la intriga y de una falsa delacion, fué despedido del colegio de Beauvais. La adversidad no lo encontró inferior á sí mismo, suministrándole fuerzas la religion para soportar tan inmerecida desgracia. El estudio le consoló de las injusticias del espíritu de partido, ocupándose en la instruccion de la juventud, hasta por recreo. En 1715 publicó su edicion de Quintiliano con notas y sumarios razonados.

En el mismo año la Universidad, que no habia olvidado sus servicios, lo nombró *procurador* y le encargó dar solemnemente gracias al consejo de la regencia por el beneficio de la instruccion gratuita que acababa de acordar. Al discurso que pronunció en esta ocasion es á lo que se debe el *Tratado de estudios*. Rollin expuso de una manera tan notable el plan y objeto de los estudios de la Universidad, que los miembros de la misma le instaron á que desarrollara sus ideas sobre educacion, á lo cual accedió en 1726. Su obra, fruto de larga práctica, servirá siempre de regla á los que deseen aprender á enseñar. «Es, dice el autor de la vida de Rollin, el monumento de una critica sana, en el cual la razon ilustra y confirma el juicio del gusto; es el depósito respetable de todas las tradiciones que han hecho florecer los estudios franceses, en el cual la autoridad de la esperiencia justifica siempre el respeto de las tradiciones.»

La acogida del *Tratado de estudios* impulsó á Rollin á proseguir con ardor la grande obra en que soñaba hacia mucho tiempo, y publicó en el corto espacio de ocho años, los trece tomos de su *Historia antigua*. Pocos libros han tenido mas celebridad que este, el cual puso el sello á la reputacion de Rollin y le valió las mas brillantes relaciones. Su narracion, llena, sencilla y rica en juiciosas reflexiones, recuerda á los grandes historiadores de la antigüedad, de suerte que este escrito es uno de los mejores que pueden recomendarse á la juventud. Dotado de infatigable ardor, Rollin emprendió á la edad de 75 años la *Historia romana*; pero declinando ya sus facultades, tuvo que suspender su obra á la mitad, viniendo la muerte á terminar una carrera tan laboriosa y bien empleada. Los últimos instantes de su vida fueron dignos de los dias que les habian precedido, y habiéndose entregado hacia ya mucho tiempo á las saludables meditaciones de la eternidad, su fin fué el del justo. Se durmió en la paz del Señor el 14 de setiembre de 1741, á la edad de 80 años.

(Rendú.)

ROMANOS. (*Historia de la educacion.*) En tiempo de la república, la educacion estaba abandonada á los padres, sin que el Estado contribuyese en lo mas mínimo á su sostenimiento; de suerte, que antes

de la época de los emperadores, no habia escuela alguna pública. El Estado, sin embargo, ejercia una vigilancia negativa en educacion, prohibiendo las innovaciones peligrosas y contrarias á los usos establecidos.

Conforme á las costumbres antiguas, los niños se educaban en el seno de la familia, y como los padres estaban de ordinario ocupados fuera de casa, las madres eran las encargadas de este cuidado con el auxilio de algun pariente de edad. Estos dos vigilantes, habituados á una vida doméstica muy severa, cuidaban de los niños con grande solicitud, y la influencia que ejercian en su carácter, era tanto mas eficaz, cuanto su ejemplo mas patente. Parece cierto que procuraban excitar en ellos sentimientos patrióticos, de modo que la instruccion en tiempo de la república, estaba reducida á la enseñanza del patriotismo. Con este objeto se les hacia aprender las leyes de las doce tablas, así como discursos políticos y versos que se cantaban en los festines en memoria de los hombres distinguidos de los tiempos pasados, y despues panegiricos é himnos en honor de los muertos. Al mismo fin contribuian los ejercicios gimnásticos hechos en comun, bajo la direccion de un anciano veterano, así como la publicidad de las deliberaciones políticas. Estos medios de educacion alcanzaban únicamente á los hijos de los senadores, pues los de las clases pobres eran en extremo miserables. Las turbulencias intestinas, las continuas guerras se oponian á la actividad literaria y puede decirse que la enseñanza se limitaba á la lectura, á la escritura y al cálculo, y que estos mismos conocimientos eran poco comunes.

La vida y la pedagogia de los romanos se modificaron insensiblemente bajo el influjo de las costumbres de los griegos, aunque por la diferencia de idioma esta accion solo se dejó sentir al principio en las clases elevadas. Los ciudadanos romanos no obstante, debian proceder con mucha prudencia para no exponerse á perder su popularidad, porque todo lo procedente del extranjero era considerado como peligroso para el carácter nacional. Hacia fines del siglo VI de la fundacion de Roma, se opuso el Estado á todo lo que procedia de Grecia; pero la literatura y la civilizacion de los griegos penetró á pesar de todo en Roma, y la antigua sencillez republicana conservada por algun tiempo entre las familias, desapareció completamente por último con la decadencia de las costumbres.

Bajo el influjo de Grecia los romanos se aficionaron á las ciencias y las artes, se extendió el programa de los estudios, se propagaron los conocimientos científicos, y se estableció una marcha regular en la

enseñanza. El niño pasaba los seis ó siete primeros años de la vida en el seno de la familia, al cuidado de la madre y de ordinario bajo la vigilancia de un educador (*pædagogus*) que debía conservar la disciplina, dar algunas instrucciones y habitar á las buenas costumbres. Desde la edad de siete años, el niño recibía la primera enseñanza elemental de un maestro que se llamaba *litterator*, que enseñaba ante todo la lectura y escritura. Después de esta instrucción el maestro leía con ellos un párrafo, le explicaba gramaticalmente, y luego su contenido, ejercitando de esta manera la inteligencia. Para el desarrollo de la memoria se les hacía aprender trozos selectos de prosa y de verso. A la vez estudiaban la lengua materna y el griego. Se enseñaba además la aritmética, que entre los griegos había alcanzado gran perfección, y que prosperó también en Roma por las ventajas materiales que ofrece. Desconocemos los detalles de esta enseñanza. Los maestros se valían de los niños más adelantados para conservar la disciplina, dictar y tomar las lecciones de memoria, pero no por esto puede decirse que adoptasen el sistema mútuo. Cada uno era libre en su escuela, pero á causa del minerval se esmeraban en cumplir sus deberes.

Terminados los estudios elementales, pasaba el niño á recibir más amplia enseñanza bajo la dirección de otro maestro llamado *litteratus*, que enseñaba á hablar y escribir correctamente y explicaba los autores, especialmente los poetas. La elección estaba á cargo del maestro, pero parece que el uso era principiar por Homero y Virgilio, pasando en seguida á los dramáticos y líricos. No se limitaba á leer y traducir, sino que el discípulo reducía la poesía á prosa, y con motivo de la lectura se trataba de la prosodia, de los tropos, de las figuras y de la composición poética, explicando al propio tiempo la mitología, las antigüedades y la historia, y á veces se daban las nociones precisas de física y astronomía para comprender al autor. Era también común agregar á todo esto ejercicios de composición, para preparar los discípulos al estudio de la retórica.

Todos los que aspiraban á distinguirse ó que sentían inclinación á las ciencias, asistían á las lecciones de retórica desde la edad de diez y siete años en que daban principio. Este estudio consistía en la lectura de los oradores é historiadores y la explicación de las reglas de composición que los alumnos ponían en práctica.

A medida que aumentaba la afición á las artes y las ciencias, aprendía el público á apreciar los poetas dramáticos y los oradores, se generalizaron los libros, se fundaron bibliotecas particulares y públicas,

sociedades científicas y escuelas. Adriano estableció la primera escuela pública (el Ateneo), con profesores bien dotados y exentos de toda carga; ejemplo que imitaron otros emperadores y hasta las mismas ciudades. La enseñanza fué libre hasta que Teodosio el jóven, restableciendo la academia de Constantinopla, fundada por Constantino el Grande, la puso límites. Luego se establecieron academias en casi todo el imperio romano. Ignórase cuáles eran los métodos adoptados, y solo se sabe que se seguía el de exposición en la enseñanza pública y el de Sócrates en las lecciones particulares.

La civilización romana carecía de una base sólida, pues si bien por una parte eran los romanos mas religiosos que los griegos, por otra estaban sumergidos en la superstición mas profunda, que contenía tanto mas el desarrollo del espíritu cuanto que la explotaban los jefes y magnates para conducir mas fácilmente á las masas. La religion así envilecida no podia ser base sólida para la educación del pueblo, y la de los grandes no tenía ninguna. La ambición, la avaricia, las riquezas y el lujo fomentaron la inmoralidad, hasta que por fin, el carácter propio de los romanos desapareció por completo y la civilización del pueblo era un remedo de la de Grecia. El único fruto que se conservó y se conserva todavía de la vida romana, es una teoría del derecho á la cual no puede compararse otra alguna.

La educación de las niñas aunque poco brillante fué bastante esmerada en los últimos tiempos del imperio. Según algunos datos de Terencio, se educaban en el gineceo donde el padre no las veía sino rara vez. Frecuentaban en parte las escuelas públicas acompañadas del pedagogo. Aprendían la música y las madres les enseñaban las labores y ponían gran cuidado en su porte exterior.

Ciceron, Séneca, Plinio el jóven y sobre todo Quintiliano nos suministran algunos datos sobre la educación de los romanos.

Según Ciceron, la educación consiste en el completo desarrollo de las facultades naturales, y no puede hacerse servicio mas precioso al Estado que el de educar é instruir á la juventud. Como es natural el objeto final para él era formar al orador. Para esto que se enseñe al jóven á hablar sin preparacion y que se le habitue á reflexionar y á poner en orden sus ideas antes de hablar en público. Sobre todo que escriba mucho, y se instruya mucho en todos los ramos. El primer deber de los jóvenes ha de ser la gratitud para con los maestros y los bienhechores.

Séneca, de quien tan mala idea debiéramos formar por su discípulo Neron, á no saber la dificultad de formar un buen príncipe, considera

como primera circunstancia para la buena educacion las relaciones cordiales entre los miembros de la familia. Prescribe la moderacion hasta en el saber, y los deberes religiosos como base fundamental de todo. Recomienda la severidad y dulzura simultáneas, y que se tenga muy en cuenta la diversidad de caracteres, cualidades é inclinaciones. El estudio de la filosofia debe conducir á practicar la virtud. No debe leerse demasiado, ni muchas obras diversas, porque lo que está en todo no está en parte alguna. El descanso ha de buscarse en la sociedad y en el paseo. El mayor de los vicios es la ingratitude. No hay palabras para expresar el mérito del que puede decir que ha tenido gran satisfaccion en obedecer siempre á sus padres y á sus maestros. A esto pueden reducirse los principios pedagógicos de Séneca.

Plinio, segun sus cartas, profesaba igualmente muy sanos principios en el particular. Recomienda que se eduque á los jóvenes al lado y bajo la vigilancia de sus padres, y que se haga la eleccion de profesores con mucho tino, y ha dado varios consejos sobre el particular.

Los principios de Quintiliano están consignados en su libro, y ya hemos hecho mencion de ellos en el artículo correspondiente.

ROUSSEAU. (*Historia de la educacion.*) La época mas brillante de la literatura francesa, la de Corneille, Racine, Moliere, Boileau, que immortalizaron el siglo de Luis XIV, la de la gloria de las ciencias y las artes, fué tambien la época mas desastrosa para las costumbres y para el bienestar del Estado; de suerte que á mediados del siglo XVIII el aspecto que presentaba Francia era bien poco consolador. En tiempo de Luis XV se daba el ejempló de la licencia mas desenfadada, se enseñaba el materialismo mas grosero, se rompian los lazos del matrimonio, los niños pasaban la vida en un colegio ó en un convento y volvian á su casa para acabar de corromperse con el ejempló de sus propios padres. No faltó quien combatiera tal abandono de la educacion, pero todo era en vano.

En tal estado déjase oír de pronto una voz mas elocuente, que recuerda á los padres los deberes para con sus hijos, que excita la conmiseracion hácia esas tiernas criaturas débiles y abandonadas, que hace comprender á las madres las delicias de consagrarse al cuidado de esos seres que abandonaban vergonzosamente. Esa voz se abre paso por entre las preocupaciones, lucha contra el poder del hábito y devuelve por algun tiempo á la mujer lo que hay en ella de mas grande, su bello título de madre. Y el autor de esa revolucion no habia sido educado en su infancia, no habia ejercido con acierto el oficio de pre-

ceptor á que se dedicára por algun tiempo para ganar la vida, no habia experimentado los dulces goces de la vida de familia; pero una vida agitada y aventurera le obligó á reflexionar sobre un asunto que tenia muchos atractivos para él, y acaso los remordimientos de la conciencia por haber abandonado á sus propios hijos, le incitaron á decir á los demas la conducta que debian seguir para evitar sus propias faltas. Este hombre se llama *Rousseau*, y su obra es un libro célebre titulado *Emilio*.

Dificil es calificar á este hombre. Unos le elevan hasta el cielo, otros le arrastran por el fango, y lo que es mas raro, sus enemigos encuentran algo que elogiar en él, y sus partidarios no dejan de confesar que á veces se portó como un loco y á veces como un malvado. Rousseau habia recibido los mas brillantes dones de la naturaleza, y adquirió una celebridad casi igual á la de Voltaire, por el encanto de su estilo, por la viva sensibilidad que se advierte en sus escritos, y acaso mas por lo atrevido de sus paradojas. Trata con admirable elocuencia algunos puntos de moral, pero sostiene opiniones contradictorias, erróneas y peligrosas. En su vida privada muestra un desinterés y una altivez honrosos, pero se enlaza con una mujer indigna de él, es padre despiadado, é ingrato para con sus bienhechores.

Juan Jacobo Rousseau nació en Ginebra. Su madre murió de parto, y su padre, relojero de escasa fortuna, cuidó poco de su educacion, reducida casi enteramente á la lectura de novelas y de las *Vidas de Plutarco*. Fué auxiliar de un escribano el cual le despidió pronto, y entró luego como aprendiz en casa de un grabador de quien tardó bien poco en despedirse. Recogido en Auney, donde llegó sin recursos, por Mad. Warens, empezó esta á convertirle al catolicismo y le hizo admitir en el hospicio de los catecúmenos de Turin, donde abjuró la religion protestante. Habiendo salido de esta casa y despues de haber estado en París sin hacerse notar, y de varias aventuras, volvió á casa de la misma señora que habitaba en Chamberí, y allí se dedicó al estudio, á la pintura y á la música.

Despues de haber sido un año preceptor en Lion, y de persuadirse que no servia para el caso, volvió por segunda vez á París, esperando hacer fortuna con un método de copiar música de su invencion, y tampoco obtuvo resultados; pero hizo algunos amigos, entre ellos el conde de Montaigu, embajador de Francia en Venecia, el cual le llevó consigo de secretario y le tuvo á su lado diez y ocho meses. Al cabo de este tiempo volvióse Rousseau á París, y entonces conoció á Teresa Le Basseur, criada de una posada, sin educacion ni cultura alguna, y

vivió con ella en indigna union hasta que por fin contrajeron matrimonio. De esta mujer tuvo algunos hijos y cometió la indignidad de llevarlos á la casa de misericordia, sin tomarse el cuidado siquiera de señalarlos para reconocerlos algun dia.

En el año 1749 llegó á sus manos por casualidad el anuncio de una cuestion propuesta por la academia de Dijon, concebida en estos terminos: *¿Ha contribuido el progreso de las artes y las ciencias á corromper ó á purificar las costumbres?* Concurrió al certámen sacrificando las artes y las ciencias, y en el año siguiente recibió el premio y empezó su reputacion.

Dedicado á la música para ganar la vida, empleaba el tiempo sobrante en los estudios, á que tenia aficion, y en poco tiempo publicó varias obras de diversos géneros: El *Adivino de la aldea*, ópera que tuvo grande aceptacion; una *Carta sobre la música francesa*, que hizo mucho ruido; *Narciso*, comedia mal recibida; un *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, tema propuesto por la misma academia de Dijon. Pero despues marchó á Ginebra, donde para hacerse ciudadano de la república, volvió á la fé que habia adjurado.

De regreso á París, Mad. de Epinay hizo construir para él en el valle de Montmorency la célebre *ermita* donde escribió la *Nueva Eloisa*, el *Contrato social* y el *Emilio*, obras que le dieron gran reputacion; pero la última, por sus ideas religiosas, fué quemada en Ginebra por mano del verdugo y condenada en París, de donde tuvo que salir desterrado el autor para el principado de Neufchatel. En este punto se ocupó en labores propias de mujeres y en defender el *Emilio* de las acusaciones fulminadas contra él. Obligado á salir tambien de Suiza, se refugió en Inglaterra, pasó á otros puntos, y por fin, en 1770 volvió á París, donde fué objeto de la atencion pública. Pero decaía su salud de una manera visible y murió casi de repente en 3 de julio de 1778. En 1794 fueron trasladadas sus cenizas al Panteon; una de las calles de París, en que habitó los últimos años de su vida, lleva su nombre, y Ginebra le ha erigido una estatua.

Digamos ahora algunas palabras acerca de sus escritos sobre educacion.

El *Emilio* no es un sistema de educacion propiamente hablando. Mi sistema, dice el autor, es el desarrollo de la naturaleza. Despues de una corta introduccion trata en el primer libro de los cuidados del recién nacido, particularmente de Emilio, hasta que empieza á hablar; en el segundo, de su educacion desde esta época hasta la edad de 11 años; en el tercero hasta los 15 años; en el cuarto hasta la época del casamiento,

y en el quinto de Sofía, mujer de Emilio, y de su educación. Sepárase aun mucho mas la obra de un sistema por la multitud de digresiones sobre cosas que poco ó nada tienen que ver con el asunto principal ni con la pedagogia. Indicaremos, pues, siguiendo paso á paso al autor, los puntos de que trata, preseindiendo de las digresiones, y luego apreciaremos rápidamente sus doctrinas sin disculpar sus paradojas ni entrar en el exámen de sus sofismas.

Hé aquí los puntos de que trata.

LIBRO I. *Introduccion. Primer año de Emilio.* 1.º Naturaleza y arte. 2.º Tres educadores.—Educacion del hombre y del ciudadano. 3.º Recien nacido.—Madre.—Nodriz. 4.º Padre. 5.º Ayo.—Discípulo. 6.º Primera educacion bajo la direccion del ayo.

LIBRO II. *Niñez de Emilio hasta los 11 años.* 7.º Compasion perjudicial.—Enseñanza infructuosa.—Sacrificio del presente al porvenir. 8.º Dependencia del niño en lugar de obediencia. 9.º Razonamientos con los niños. 10. Medios jesuíticos de educacion. 11. Pecado original. 12. Educacion negativa hasta los 11 años. 13. Amor al pais natal. 14. Lecciones de derecho. 15. Educacion moral y religiosa. 16. Apreciación de la capacidad del niño. 17. Imágenes.—Ideas. 18. Palabras.—Gramática. 19. Enseñanza de la geografía. 20. Enseñanza de la historia. 21. Lecciones de memoria. 22. Enseñanza de la lectura. 23. Educacion intelectual. 24. Ejercicios corporales. 25. Conducta del ayo. 26. El cuerpo intermedio para la formacion del espiritu.—Endurecimiento. 27. Educacion de los sentidos.—Sentimiento. 28. La vista.—Dibujo.—Geometria. 29. El oido.—Hablar.—Cantar. 30. El gusto. 31. Olfato. 32. Sentido comun.—Formacion de ideas. 33. Carácter de Emilio á los 11 años.

LIBRO III. *Emilio desde los 11 á los 15 años.* 34. Aficion al estudio.—Método.—Autoridad. 35. Principios de astronomia. 36. Principios de geografía y física.—Método. 37. No sirve la autoridad. 38. Enseñanza prematura. 39. Debilidad.—Laconismo.—Vanidad. 40. Libros.—Robinson.—Laboratorio. 41. Igualdad.—Revolucion.—Obras de manos. 42. Impresiones morales.—Ideas.—Juicios. 43. Emilio á los 15 años.

LIBRO IV. *Emilio desde los 15 años hasta su casamiento.* 44. Pubertad.—Amor de si mismo.—Amor propio.—Inocencia. 45. Dicha.—Amor.—Benevolencia.—Gratitud. 46. Conocimiento de los hombres. 47. Estudio de la historia. 48. Emilio en el mundo.—Presuncion. 49. Emilio hombre de la naturaleza. 50. Instruccion religiosa.

El libro V describe á Sofía como modelo de jóvenes. El ayo prepa-

ra el matrimonio de Emilio con Sofia. Cuando Emilio es padre le dice al ayo: «No permita Dios que os deje yo educar al hijo despues de haber educado al padre; no permita Dios que tan dulce y santo deber le desempeñe otro que yo.»

VI Locke al concluir su tratado de educacion se espresa asi: Ya que mi discipulo ha llegado á punto de casarse, tiempo es ya de dejarlo entregado á si mismo. Por lo que á mi hace, añade Rousseau, me guardaré bien de imitar en esto á Locke. Imitándole nosotros no indicaremos las particularidades de este libro y apreciaremos en general los principios y doctrinas mas importantes de toda la obra,

Entre las cosas que constituyen el mérito del Emilio, una de las principales consiste en haber sentado como un principio que la primera educacion de la infancia es la mas importante, añadiendo que corresponde á la madre, que es la verdadera nodriza, asi como al padre, que es el verdadero preceptor, y el haber censurado altamente en aquella época la negligencia de los que no sienten que el deber del padre ó de la madre es el primero de los deberes. Otra verdad no menos importante, muy descuidada en su tiempo, y que la hizo resaltar con toda claridad, es que nuestra vocacion común es el estado de hombre y que el que se educa bien para ese estado cumplirá bien todos los demas, sean los que fueren. Consecuencia inmediata de este principio es el evitar que el niño contraiga hábitos; el hacerlo independiente de todo lo que no es él, el enseñarle á ser siempre dueño de si mismo! Estas reglas, y todas las que se refieren á la educacion intelectual del niño durante sus primeros años, son excelentes.

No sucede lo mismo tratándose de educacion moral, materia en que es preciso acoger sus consejos con mucha desconfianza. Dice, por ejemplo, que basta impedir al niño que haga el mal, sin necesidad de prohibirle que lo ejecute; que la experiencia ó la impotencia solas deben servir para ellos de ley, pues que la falta de experiencia puede á veces producir males que pudieron haberse prevenido con la simple prohibicion, y el niño debe acostumbrarse á obedecer á una razon superior á la suya. Consecuencia de esto es la teoria de Rousseau sobre los castigos, el cual no admite otros que los que se deducen de las mismas acciones. Esta proposicion, verdadera en tesis general, está sujeta á multitud de modificaciones, y un sistema de educacion sin castigos es una utopia. Es tambien un error, y muy grave en nuestra opinion, el suponer que el niño no puede ejecutar nada moralmente malo, porque sus acciones no son morales, y por lo mismo no puede hacerse acreedor á castigo ni reprensiones. El niño siente desde muy tierna edad la voz de la con-

ciencia, y si aparenta no escucharla, es preciso hacérsela sentir.

Estos errores conducen á otros muchos y á faltas pedagógicas imperdonables. Las astucias que aconseja para hacer comprender al discípulo sus deberes, no pueden admitirse. Si se engaña y se miente al niño, ¿qué confianza ha de tener despues en nosotros? ¿No dice en el libro IV que una mentira del maestro descubierta por el discípulo destruiria para siempre todos los frutos de la educacion? ¿Con qué consecuencia declamó contra las fábulas, afirmando que si el niño las comprendiese le conducirían mas bien al vicio que á la virtud, y aconseja supercherías que habian de corromper mas pronto su educacion?

Convendremos hasta cierto punto que el estudio de las lenguas es inútil en la primera edad; pero no somos de su opinion cuando sienta que de los doce á los quince años, con raras excepciones, no pueden aprender los idiomas, á no ser que se trate de lenguas muertas. Tampoco convenimos en que en la edad de doce á trece años puede aprenderse mucho, entregarse el discípulo con grande ardor al estudio *porque entonces se desarrollan mas rápidamente las facultades que las necesidades*. La experiencia nos enseña, por el contrario, que cuando se va á entrar en la pubertad parece que se detienen de repente los progresos del niño como para dar lugar al desarrollo del cuerpo. Lo que parece mas racional que se ocupe entonces el niño en algun trabajo manual y que escoja un oficio, no solo por distraccion, sino para tener un medio de vivir, un recurso contra los golpes de la fortuna. Lo que aconseja sobre el modo de contestar á las preguntas indiscretas de los niños, asunto en que se han ocupado mucho los pedagogos, repugna á todas las madres que tengan en algo su dignidad.

Llegamos á otro punto, el mas esencial de todos, el relativo á la educacion religiosa. Sabido es que Rousseau quiere aplazar hasta la pubertad esta enseñanza y que el discípulo no oiga siquiera el nombre de Dios hasta aquella época. Aun admitiendo esto ¿seria posible? ¿La criatura racional no ha de pensar alguna vez en el origen del mundo? A no tener encerrado al niño en un calabozo, sin comunicacion con alma viviente, ¿cómo ha de evitarse que oiga hablar del Ser supremo y de formarse de él una idea tanto mas errónea cuanto que se entregaria á raiociniós vagos é inciertos y á suposiciones extravagantes? Si la idea de Dios debe ser oscura para el niño ocupado en las primeras operaciones de los sentidos y que no concibe lo que toca, tampoco al hombre mas sábio le es dado penetrar los misterios. De lo que se trata es de que comprenda el niño la necesidad de un criador, de un ordenador de todas las cosas; que sienta la dicha de tener un padre celestial; y si el

alma del niño de seis á siete años puede sentir estas verdades, ¿por qué no enseñárselas, cuando han de ejercer en él la mas saludable influencia? Las primeras impresiones son duraderas y por lo mismo deben ser las mas saludables; por grande que fuera la solemnidad con que en edad mas avanzada se hablase al niño por primera vez de aquel que ha creado el cielo y la tierra, no seria mas que vano aparato que dejaria frio el corazon y vacia la inteligencia. Mucho menos participamos de las convicciones de Rousseau en cuanto á la doctrina que expone completamente errónea y que es una de las pruebas mas patentes de la inconsecuencia de su carácter.

Al llegar á la época del matrimonio habla Rousseau de la mujer, como ya hemos dicho. Este asunto es en el que aparece mas débil, pues demuestra que no ha apreciado el carácter de la mujer en toda su grandeza, en toda su pureza. Esa Sofia, que quiere presentarnos como ideal de su sexo, sucumbe á las primeras tentaciones del vicio. Aquí ya no es Rousseau pedagogo, sino meramente novelista. Lo que hay admirable en el *Emilio* es la primera parte, dedicada á la primera infancia, y algunos métodos y procedimientos de enseñanza. No expone ideas nuevas, pero los presenta con una brillantez y animacion que seduce, y por eso hasta las paradojas contribuyen mucho á ilustrar varios puntos sobre los cuales ha llamado la atencion por este medio. A vuelta pues de errores que obligan á leer el *Emilio* con mucha discrecion y desconfianza, este libro ha difundido muchas verdades y ha hecho un bien incalculable.

La *Nueva Eloisa* contiene máximas pedagógicas importantes en todas las páginas, por mas que sea una novela. ¡Lástima que semejante obra no pueda ponerse en manos de los jóvenes, pues como dice el mismo autor en el prefacio: la joven que osase leer una sola página de ella, se perderia irremisiblemente!

Por fin Rousseau en la *Carta sobre los espectáculos* ha combatido con acierto el error de los que aspiran á reformar las costumbres por medio del teatro, y en las *Cartas sobre la botánica* y sobre la *música*, pinta con admirable talento los goces puros de modo que encanta é inspira aficion hácia ellos.

RUTINA. Repruébase generalmente la rutina, porque, segun se dice, es perjudicial al progreso, detiene en su marcha al espíritu humano, lo embaraza, le pone trabas, lo alucina y le hace aceptar falsos conocimientos con los cuales quedan satisfechos su pereza y su amor propio, porque en fin es la peor de las cosas; de modo que de con-

tinuar dominando en nuestras escuelas, la enseñanza pública hubiera retrogrado, ó por lo menos sería estacionaria. Afortunadamente la revolucion nos ha librado de todas las rutinas; hoy se comprende que es preciso raciocinar con los ignorantes si se desea instruirlos, y no se pretende ya infiltrarles la ciencia por medio de fórmulas abreviadas, de axiomas que hay que admitir sin discusion, y de definiciones y aforismos aceptados desde tiempo inmemorial. Hoy cada maestro debe ser lo que es en sí mismo, y su leccion debe tener, no el tono convencional y pedante de la escuela, sino la fisonomía que le es propia, y la expresion característica de su espíritu.

Hay sin embargo pedagogos, y yo soy uno de ellos, que creen que la rutina es como la mayor parte de las cosas de este mundo, mala y buena; que puede ser útil y que puede perjudicar; que debe desterrarse de nuestras escuelas y que por otra parte se debe cuidadosamente evitar el abandonarla por completo. No hay pues conformidad de pareceres; pero esta cuestion como otras muchas es cuestion de palabras. Procuraré demostrarlo y hacer ver que no debe proscribirse toda especie de rutina, sino únicamente reprimir el abuso que de ella hacen los malos maestros. Antes de entrar en materia, ó mas bien dicho, para entrar mejor en ella, procuraremos fijar bien el sentido de la palabra rutina, pues una vez acordados en este punto, cesará la disputa convirtiéndose en discusion tranquila y razonada. Abro el Diccionario de la Academia y leo: «RUTINA», capacidad, facultad adquirida mas bien por una larga costumbre, por una larga práctica, que con el auxilio del estudio y de las reglas. *Jamas ha estudiado á fondo ese arte; pero ha adquirido en él una especie de rutina. Hace eso por rutina. No sabe música; pero canta por rutina. Tiene rutina, algo de rutina. La rutina de palacio. Antigua rutina.*

Aplicase tambien á la inveterada costumbre de hacer una cosa siempre del mismo modo. *No conoce mas que la antigua rutina. Sigue las huellas de la rutina. Ciega rutina. Ser esclavo de la rutina. Librarse de la rutina.* Es familiar en las dos acepciones y ordinariamente se toma en mal sentido,

A pesar de todo el respeto que debemos á los cuarenta ilustres que han redactado esa definicion, nos permitiremos criticarla. La rutina no puede ser capacidad, ni mucho menos facultad; no puede ser mas que costumbre adquirida por el ejercicio sin teoria y sin raciocinio. En vez de *capacidad, de facultad adquirida mas bien por una larga costumbre, por una larga práctica, que con el auxilio del estudio y de las reglas,* hubiera sido tal vez mejor decir simplemente, *costumbre*

adquirida por un largo ejercicio, por una larga práctica, y nada mas (1). En ese caso la rutina ni se toma ni puede tomarse siempre en mal sentido. En la segunda parte de la definicion, ó mas bien en la segunda acepcion, muy parecida, sin embargo, á la primera, sucede poco mas ó menos lo mismo. Desde luego parece que en el hecho de hacer siempre del mismo modo una cosa, no se acepta ningun progreso, ó se rechazan todos por pereza. Pero la reflexion induce pronto á establecer una distincion y á reconocer que hay cosas que es preciso aprender por medio de la simple rutina, asi como hay otras, para cuya adquisicion, la práctica serviria de muy débil recurso. Admitida esta distincion, el problema cambia al punto de naturaleza, y no se disputará ya si la rutina es buena ó es mala, sino que se investigará cuáles son los conocimientos que consisten en hábitos, y cuáles los que con preferencia se dirijen á la razon y para los cuales debe emplearse el racionio que en nada se parece á la rutina.

Despues de reconocer, por ejemplo, que la lectura, la escritura y la ortografía son cosas de hábito, se establecen para adquirirlo una série de ejercicios metódicos, siempre los mismos, y por consiguiente se admite la rutina; mas reconociendo que la aritmética ó la ciencia del cálculo, no se aprende por medio del racionio, no se aceptará únicamente la práctica para enseñarla y se desechará la rutina. Pero no siempre es fácil apreciar si la rutina es ó no aplicable á la enseñanza de tal ó cual conocimiento, y algunas veces es posible engañarse. No puede indudablemente caer semejante error si se compara el baile con la geometria, ni creemos que nadie pretenda usar el mismo método para enseñar á mantenerse en una postura graciosa, marchar con las puntas de los pies vueltas hácia fuera, que para hacer comprender al discípulo la evidencia que se oculta á sus ojos, de que: «la superficie del cuadrado sobre la hipotenusa de un triángulo réctángulo es igual á la superficie de los cuadrados sobre los dos catetos.» Pero hay otras ciencias que al parecer no repugnan tanto la marcha rutinaria. Una de ellas es la historia, para cuyo estudio se han inventado rutinas, cosa que á nadie se le ha ocurrido en cuanto á la ciencia de la extension: se han inventado medios materiales, auxiliares de la memoria para fijar en ella la série de los hechos y las fechas. En esta parte no puede menos de reconocerse el error, pues si la historia no es una ciencia exacta, tampoco lo es de hábito, sino de racionio. Mas es preciso distinguir dos especies de racionio, esto es, el matemático que procede de deduccion en deduccion,

(1) En el Diccionario de la Real Academia española se define: «Costumbre, hábito adquirido mas por la práctica que por el estudio y teórica.

y el hipotético que hace apercibir efectos y causas, no por el trabajo particular del espíritu, cuyo producto es la evidencia de identidad, sino por la conciencia intelectual y moral que deja entrever el enlace de sucesos, que no es ciertamente la mera casualidad la que los ha puesto en la historia de las naciones. Estúdiense la historia por esos medios mecánicos, y se sabrán hechos, se retendrán mas ó menos facilmente, por mas ó menos tiempo; mas no por eso se sabrá historia. Podremos someternos con lucimiento á las pruebas del mas riguroso exámen; mas nuestra inteligencia no estará ilustrada por aquella luz que nace de la comparacion de los sucesos de la historia humana. Nuestra ciencia histórica no será mas que una ciencia de fechas y de nombres, pero no esa ciencia filosófica que dá al espíritu extension, exactitud y penetracion. En eso está, preciso es confesarlo, el vicio de nuestro sistema de exámenes. Celebranse estos en todas las épocas de los estudios, todo se alcanza en virtud de exámenes mas ó menos formales, pero todos hechos de una misma manera. El examinador se dirige mas bien á la memoria que á la inteligencia, y el examinando demuestra mas bien lo que ha aprendido que lo que comprende y lo que está en disposicion de comprender. Mucho podria decirse acerca de ese sistema, que, sin embargo, es muy difícil reemplazar por otro mejor. Creo que es muy bueno, que es concluyente para las ciencias de raciocinio matemático, pero que no lo es para las de raciocinio hipotético. El exámen científico que sufren los candidatos en la escuela politécnica es una prueba positiva de la capacidad, y el exámen histórico no siempre lo es. La razon consiste en que el exámen histórico admite el engaño y no le admite el exámen de las ciencias exactas. La rutina puede reemplazar á la ciencia histórica, pero no á la ciencia matemática. El candidato de la escuela politécnica dá evidentemente por sus contestaciones la medida de lo que sabe y de lo que alcanza; el candidato de ciencias históricas, puede contestar muy bien á las preguntas, que en su mayor parte no son mas que de fechas y de hechos, é ignorar completamente la historia. Henos aqui bien lejos de la cuenta: llamo rutina todos esos nuevos métodos materiales inventados para aprender la historia. El método llamado *polaco* es una rutina y nada mas: no puede absolutamente considerarse como una ventajosa novedad, no es un progreso; por el contrario, lo creo muy peligroso y muy perjudicial al desarrollo de la inteligencia de los discípulos, porque (vuelvo á repetirlo) alucina y pone lo accesorio, con lo que la pereza se dá por satisfecha, en lugar de lo principal que sirve muy poco en las pruebas del exámen, y que, sin embargo, obra tan activamente en nuestra inteligencia y en nuestro corazon.

Así pues, si se entienden por rutina esos medios, siempre los mismos y siempre casi materiales, los desecho y los acepto: los acepto, tratándose de formar hábitos; los desecho, si se trata de formar el espíritu y el corazón. Los acepto para enseñar á leer á un niño de cuatro años, procuro esmeradamente alejarlos de un discípulo que pase de los doce, y el cual no son ya hábitos, sino ciencia, lo que necesita. Le enseñaré la ortografía por medio de ejercicios al dictado repetidos y rutinarios, y le iniciaré en las combinaciones de la lengua y en sus ingeniosos modismos, valiéndome de reflexiones, observaciones y del estudio de los grandes escritores, lo cual no puede, en verdad, llamarse rutina. Concedo, pues, una parte á la rutina, y se la concedo con mas amplitud que podria pensarse con arreglo á lo que acabo de decir; pues hasta en el estudio de las ciencias de puro raciocinio podria emplearse ventajosamente la lección rutinaria. En ese estudio, así como en todos, son dos las cosas que hay que adquirir: la práctica de los signos materiales y la inteligencia de las demostraciones. Podria dar por medio del ejercicio á mi tierno discípulo la rutina de los números sin ocuparle por de pronto demasiado en las ingeniosas teorías de las cantidades que exigen una reflexión superior á su edad. Una vez adquirida esa práctica sería mas fácil la inteligencia de las teorías abstractas. Así es, según se écha de ver, como puede y como debe introducirse hasta en los estudios que mas necesiten de raciocinio, una especie de rutina que los auxilia y que no es perjudicial sino en el solo caso de contentarse exclusivamente con ella. Esto nos conduce á examinar la bondad relativa de los sistemas de enseñanza admitidos en las escuelas. A pesar de todas las ventajas que en las grandes poblaciones presenta la enseñanza mútua, apesar de los elogios, algunas veces demasiado exclusivos que sus admiradores tienen el poco tino de tributarle, hoy que esa cuestión no es ya cuestión de partido, como hace quince años, me es imposible dejar de reconocer que no basta ese sistema. Conviene perfectamente, conviene mas que ninguno otro á las primeras lecciones de la niñez, porque en esa tierna edad es preciso ante todo, formar hábitos. Un sistema que exige en todas las lecciones una misma regularidad de forma, y que procede por medio de textos calculados, enseñados por niños y materialmente aprendidos por otros de la misma edad, es excelente para formar hábitos; pero es impropio para iniciar en la ciencia. Ese sistema no es, ni puede ser, mas que una ingeniosa rutina. En mi concepto el mejor sistema es el que tomando de la enseñanza mútua lo que hay de excelente en ella, lo que hay mas á propósito que en ningun otro sistema para formar hábitos, prosigue luego la educación valiéndose de otro medio menos material. Si la enseñanza

mútua es siempre rutinaria, la enseñanza simultánea no debe serlo siempre, á no ser que el maestro sea malo y permanezca, segun dice el Diccionario de la Academia, en el surco de la rutina.

Cierto es que ofrece mucha dificultad el no caer en ese surco, y que el mas hábil puede á pesar suyo lanzarse en él y darse por satisfecho, porque es preciso conocer que la rutina es cómoda, es preciosa para el maestro que no siente ya el impulso y la actividad de su juventud. Los años y los prolongados servicios conducen á la rutina. Este es el caso en que puede aplicarse la segunda acepcion de la palabra. Un buen maestro puede durante largo tiempo dar á sus lecciones el interés, la animacion, el encanto que electrizan al discipulo, y sostienen su laboriosa actividad en provechoso movimiento para sus progresos. Esas lecciones siempre nuevas, siempre vehementes porque son una especie de inspiracion que remueve la inteligencia de los que le escuchan, son las que mas se alejan de la senda rutinaria. Desgraciadamente el maestro se fatiga, llega á cansarse, y lo que cada año se ve obligado á repetir pierde por último todo su colorido, toda su energia, y es frio porque consiste en repeticiones. Ese es el momento en que principia la rutina. He conocido un profesor muy hábil que durante los treinta años que estuvo encargado de una misma asignatura, habia calculado y contado tan bien sus lecciones que cada año en una misma época, en un mismo dia y en una misma hora, podia uno estar seguro de oirle decir las mismas frases. En verdad yo le compadecia, y mucho mas aun á los que con precision tenian que escucharlo, pues por grandes que fueran la imaginacion y la ciencia del profesor, era imposible que el fastidio no reemplazara al entusiasmo de sus primeros años. Hay ciertas materias cuya enseñanza no debe dejarse por mucho tiempo encomendada á un mismo hombre, cualesquiera que sean sus talentos: en otras es menos sensible ese inconveniente. Compréndese que el profesor de ciencias exactas repita cada año la misma demostracion sin experimentar, ni causar el fastidio de la repeticion, porque la evidencia es una y siempre la misma; no es posible variarla ni embellecerla, pues siendo embellecida correria riesgo de no ser evidencia; nunca cansa al que la repite, porque nada hay en esa leccion que le sea realmente propio; con tal que sea claro y sencillo como la verdad que demuestra, no tiene que hacer ningun gasto de lenguaje; es y debe ser frio: esa es su elocuencia. No sucede lo mismo con el profesor de literatura ó de historia; el mayor mérito de sus lecciones pertenece al hombre: asi lo saben y lo comprenden los profesores y por eso se animan y electrizan el auditorio, experimentando una satisfaccion interior que dá nuevo incremento á sus fa-

cultades; mas para conservar siempre ese calor, esa vida que constituye el encanto de sus lecciones, es preciso que siempre tengan algo nuevo que decir. Pregúntese á nuestros mas célebres profesores: ¿quisieron condenarse á repeticiones frias é inanimadas? ¿no prefirieron detenerse en su carrera antes que repetir? Tenian demasiada imaginacion, demasiado buen gusto para avenirse á rehacer por segunda vez lo que tanta gloria les habia proporcionado la primera: temieron caer sin quererlo en la rutina.

En resumen, si lo que acabamos de decir es cierto, conoceremos que lo que se ha convenido en llamar rutina es una cosa buena y mala, que si se trata de hacer adquirir hábitos á los discípulos, es preciso que sigan una marcha rutinaria; pero que si el objeto es desarrollar y hacer comprender verdades matemáticas y creencias hipotéticas, la razon aconseja evitar con cuidado esos medios materiales que no son mas que rutinas; que eso no obstante, la leccion rutinaria puede alguna vez emplearse ventajosamente en el principio de la enseñanza científica; y que por último si no llamamos rutina á las repeticiones frias y positivas de las ciencias exactas, rechazaremos en las ciencias de imaginacion y de observacion filosófica los sistemas de lecciones calculadas, cuya forma ó, por decirlo asi, cuyas espresiones todas se determinasen anticipadamente. Mas nunca nos admiraremos de la tendencia de los maestros vulgares á formarse una rutina, ó á adoptar sistemas materiales y rutinarios; porque es preciso confesar que abrevian y facilitan el trabajo del maestro, y que enseñan alucinando y haciendo creer que el discípulo sabe lo que debe saber, con lo cual el amor propio del maestro queda satisfecho y como disculpada su pereza.

(Th. Lebrun.)

S

SAGACIDAD. Ejercitar el juicio, equivale á ejercitar la sagacidad, es decir, la facilidad de apreciar hasta las mas ligeras relaciones y las menores diferencias entre los objetos y las ideas; á lo cual cuando la imaginacion toma en esto mayor parte que la facultad de pensar, se llama sagacidad *de la inteligencia*. En esto las disposiciones naturales determinan en general el punto hasta que puede desarrollarse la facultad de que tratamos; pero la experiencia demuestra que los cuidados

para acrecerla no son por lo comun infructuosos. Esto corresponde principalmente á la instruccion, mas no deja de influir tambien en ello la educacion por los medios siguientes: 1.º Haciendo enumerar diferentes objetos estudiando é indicando sus semejanzas; 2.º proponiendo en la conversacion, casos dificiles de resolver, é invitando á buscar palabras, frases, principios y acciones que no difieran entre sí mas que en un solo punto, haciendo distinguir las palabras sinónimas en apariencia de las que lo son en realidad; ó bien citando rasgos de talento para ver si se aprecian; pero cuidando mucho de discernir y reprimir pronto no solo lo que sea de mal gusto, sino principalmente lo que manifieste tendencias morales peligrosas; 3.º pueden recomendarse tambien algunos juegos de sociedad, los enigmas, las charadas, las palabras determinadas sobre las cuales haya de componerse una historia, los juegos en que sea preciso advinar ó inventar alguna cosa, sobre todo cuando se emplea este medio para no pagar prendas por la primera equivocacion en que se incurra, de manera que en todo esto haya que poner en actividad el talento y la inteligencia.

SAGRADA. Véase HISTORIA SAGRADA.

SALUD (Cuidado de la). De la buena disposicion y robustez de cuerpo en los niños, resulta en gran parte la aptitud para ejercitar con decoro sus acciones; y sin ella no se puede prometer gran progreso en aquellas cosas que para hacerlo piden mucha aplicacion ó no menor fatiga. A causa de esto, es tan preciosa y estimable la salud del cuerpo, que no hay censo que valga tanto como ella, segun dice el Eclesiástico (1). Y aunque sea cierto que en el hombre se hallan algunas acciones del todo espirituales, tanto que el alma las puede ejercitar sin dependencia alguna del cuerpo, esto no obstante, está entre sí tan unido y trabado el comercio de uno y otro, que no se advierte accion alguna racional en los niños, antes que tenga la debida proporcion y consistencia su delicado cuerpecito. Por esta razon, uno de los primeros cuidados de la educacion se dirige á manejar de tal manera el cuerpo de los niños, que asegure en adelante una perfecta robustez, mediante la cual pundan recibir la instruccion proporcionada á formar sus buenas costumbres é ilustrar su entendimiento.

La primera diligencia que se suele practicar en esta materia, se dirige á corregir con artificio aquellos vicios que se contrajeron al na-

(1) Eccli. cpa 30, v. 16.

cer ó en la formacion; y que de otra suerte, si se fortificasen en aquella disposicion, durarian toda la vida. Tambien se ha de evitar que contraigan otros de nuevo, teniendo particular cuidado en el modo de fajarles y fortalecer sus delicados miembros con vestiduras proporcionadas á este fin; y aun valiéndose de máquinas ó instrumentos en caso necesario. Asi lo practican en varias naciones; y Aristóteles refiere (1), que en su tiempo lo practicaban tambien algunas otras. La utilidad de estos artificios es notoria, y nadie puede dudar de lo que ellos obran, en suposicion de que diferentes pueblos de Asia y de América, consiguen por este medio que sus gentes tengan la cara larga ó aplastada, las narices hendidas ó chatas, las orejas largas ó cortas, los pies grandes ó chicos, segun la fantasia de cada uno de ellos. Y si volvemos los ojos á Europa y aun á nuestra España, encontraremos no pocos testimonios de esta verdad.

Una de las cosas que mas contribuyen á la salud de los niños, y á que su cuerpo tome el aumento correspondiente es el sueño. Al principio se les ha de dejar dormir cuanto quieran ó necesiten, que casi es decir una misma cosa, respecto de la infancia. Para esto se les pondrá en cuna ó camilla separada, cuidando que no les tenga la madre ó el ama durmiendo en su cama. Esta diligencia, que está prevenida por las leyes en algunos paises, trae consigo muchas ventajas y evita el daño que se les puede ocasionar durmiendo; puesto que no pocas veces ha sucedido ahogarles con un vuelco ó movimiento, que se hace indeliberadamente y sin precaucion. Conviene igualmente á los niños alguna moderada agitacion, que ponga en movimiento sus miembros, con el que se dilaten y contraigan las fibras para adquirir mas fácilmente su aumento y solidez.

(2) Mas por quanto la sustancia de los niños es muy tierna, sus nervios sutiles, los sesos blandos, expuesto todo á recibir daño de la menor cosa; en los primeros años ha de estar el cuidado en no hacer, ni dejarles hacer accion alguna por la cual se les puedan viciar los órganos de los sentidos, y desconcertar el cerebro. Asi, entre otras cosas, no se les ha de poner de pié derecho antes de tiempo; se les ha de guardar de todo sonido agudo y violento; y no se les ha de dejar que miren de soslayo algun objeto. Antes bien, cuando suceda que por inaccion ó debilidad de los nervios ópticos, miren con la vista atravesada, se les ha de pasar blandamente la mano de arriba á abajo por delante de los ojos, pues con esta sola diligencia se les pone en accion

(1) Arist. Polit. lib. 7. cap. 17.

regular. Pero lo que mas importa es conservarles enteras las fuerzas interiores del cerebro, para lo que, á mas de lo dicho, contribuye proporcionarles vistas apacibles y deleitosas, y no presentarles jamás objetos que les puedan ocasionar espanto ni hacerles miedos indiscretos. Esto principalmente se debe evitar cuando estan dormidos. Y para despertarles tambien se debe proceder con circunspeccion; porque ó se les ha de dejar que despierten naturalmente, ó se les ha de llamar con voz natural, moviéndoles poco si fuere necesario hasta que se consiga.

Tambien es útil acostumbrarles desde entonces al frio, porque esto los cria sanos y robustos; y no hay inconveniente en ejecutarlo, atendido el calor de que abundan los niños. Aristóteles (1), despues de aconsejar esto, refiere que los Galos de su tiempo metian á los niños en los rios helados, ó les hacian andar con un vestido muy ligero. Juan Locke, célebre filósofo, y muy instruido en estos asuntos, aconseja lo mismo que Aristóteles y quiere que se arropen muy poco los niños en invierno, y en verano que duerman con la cabeza descubierta, y que se les laven los pies con agua fria todos los dias desde la cuna. Asegura que esta práctica les fortifica y precave de muchas enfermedades. No obstante, como advierte la extrañeza que ha de causar su doctrina, la prueba con razones y experiencias de todos tiempos. Entre otras cosas, dice que no es menos delicado el cútis de la cara del recién nacido que el restante de su cuerpo, y la cara sufre toda la vida el calor mas ardiente y el frio mas excesivo, solo porque desde que nacimos la llevamos descubierta. Esta razon dió un filósofo scyta á un ateniense, que se admiraba al verle andar desnudo con frios y hielos, segun lo tenia de costumbre.

Locke nota la educacion comun, y dice que se vicia por demasiada condescendencia y delicadeza. Esto ya lo notó Quintiliano (2), bien que no tan particularmente como Locke. Añade este, que las gentes distinguidas y acomodadas, debieran tratar á sus hijos de la misma manera que las inferiores y pobres tratan á los suyos. Casi otro tanto dice Miguel de Montaña, caballero francés, explicándose (3) y aconsejando de esta manera: «Acostumbra tu hijo al sudor, al frio, al viento y al sol, y á las mutaciones imprevistas, que debe menospreciar. Aparta de él toda blandura y delicadeza en el vestir, comer, dormir y beber. Hazle á todo; porque no es una damita ó pu-

(1) En el lugar citado.

(2) Institut. lib. I. cap. 2.

(3) Essai. lib. I. cap. 25.

lido mancebo lo que crias, sino un mozo floreciente y vigoroso.» Este género de vida en nada se opone al que inspira la Sagrada Escritura. Porque una de las cosas que mas encarga, es la vida frugal y hecha al trabajo; y nada abomina mas que la delicada y voluptuosa. Ella nos enseña que los antiguos Patriarcas, que vivieron antes del Diluvio y no probaron las carnes, disfrutaron una muy larga vida, tanto que algunos pasaron de novecientos años. Tambien nos dice, que toda la nacion judaica, que fundó un estado muy floreciente en la tierra de Canaam, se crió en el desierto por espacio de cuarenta años, al frio, al calor y á todas las inclemencias del tiempo. Esta consideracion me hace creer que este género de vida es el mas apto para la formacion de las buenas costumbres. Del mismo modo, siendo Montaña hombre de mundo, de un nacimiento distinguido, y que trató de la educacion de las gentes de su clase con los mas hábiles maestros de su tiempo; y Locke, ademas de haber empleado sus desvelos y aplicacion en lo mismo, muy instruido en medicina, me persuado que tambien es el mas proporcionado para la salud y robustez del cuerpo, y el que mas conviene á las gentes bien nacidas. Por este motivo, aunque disientó de Montaña en otras muchas cosas, y aunque no convengo con Locke en algunos puntos relativos á la educacion y otras materias, quiero aprovecharme de su doctrina en esta parte que no lleva inconveniente y en la cual me confieso poco instruido.

(Rosell.)

SANGUÍNEO. Véase **TEMPERAMENTO.**

SARAMPION Y ESCARLATINA. Las fiebres eruptivas, tales como el sarampion y la escarlatina, son á veces afecciones peligrosas por las complicaciones con que suelen presentarse. En este caso es indispensable recurrir al facultativo. Cuando son benignas basta una temperatura templada, dieta y emolientes en bebidas y cataplasmas, para llevarlas á buen término.

Si el sarampion ó la escarlatina se presenta en una estacion favorable y con carácter bien marcado de benignidad; si en esas circunstancias sus hijos se hallasen en buen estado de salud, libres de la denticion y de otras indisposiciones, aconsejaria yo á los padres que no tomasen precaucion alguna para evitar la enfermedad, á fin de preservarlos de epidemias mas mortíferas que pudieran ocurrir despues. No sé si en tal caso no seria bueno exponerlos al contagio; algunos han hecho mas,

han inoculado la sangre de las manchas que aparecen en la piel en estas enfermedades, como se hacia en otro tiempo con las viruelas benignas. Pero en esto los padres obrarán como mejor les parezca: no hago mas que una advertencia sin ánimo de erigirla en precepto.

SAUSSURE. Albertina Necker de Saussure nació en Ginebra en 1766. Dotada de felices disposiciones y educada bajo la direccion de su padre, Benedicto de Saussure, cuyo nombre ocupa un lugar distinguido en la historia de las ciencias, hizo rápidos progresos en sus estudios. La contemplacion de la naturaleza sostenia su aplicacion y en poco tiempo pudo asociarse á los trabajos de su padre, hombre de observacion científica y de imaginacion viva y poética.

Con tan buen maestro no podian menos de ser fructuosos sus estudios. No satisfecha de conocer la literatura italiana, se dedicó á la lengua latina hasta familiarizarse con ella y apreciar las bellezas de la antigüedad. Supo tambien leer en su propio idioma á Shakespeare y Klopstock, sin que descuidase por eso las ciencias naturales, á que tuvo particular aficion durante toda su vida.

A la edad de 19 años contrajo matrimonio con Necker, capitán de caballeria, pero retirándose éste del servicio se dedicó á las ciencias y ambos esposos permanecieron en Ginebra, ciudad que por su situacion y otras circunstancias, ofrece las ventajas del campo y las de los grandes centros de poblacion para los trabajos intelectuales. Por aquella época contaba Ginebra una generacion de hombres que han adquirido merecida celebridad, como De Candolle, Pictet, Dumont, Prevost, Sismondi y otros, y entre tan escogida sociedad pasaba la vida Mad. Necker sin descuidar por eso los deberes de familia, y haciéndose notar, tanto por su carácter como por sus talentos.

La muerte de su padre, acaecida en 1798, la sumergió en profundo dolor, hallando, sin embargo, gran consuelo en la amistad con Madama Staël, á la cual estaba unida por vínculos de parentesco. Apenas restablecidas sus fuerzas decaidas, una triste enfermedad la llevó poco á poco al aislamiento. Quedó sorda y esto le produjo profunda melancolía, aunque no tardó en reanimarse y recobrar el vigor de su alma para ocuparse en trabajos propios de su situacion.

Casi todas sus producciones literarias son debidas al deseo de luchar contra algun disgusto, y distraer el pensamiento de tristes perspectivas. Algunos de los capítulos de su libro sobre la educacion, son una especie de higiene intelectual delicadamente estudiada. Creía Mad. Necker en la eficacia de ese trabajo y procuró siempre aprovecharse de él. La compo-

sicion de un libro vino á ser para ella como la eleccion de un punto elevado para distraerse de sus penas meditando sobre asuntos de aplicacion general. Escribia para conseguir la calma que dá la reflexion cuando se asocia á las leyes de la Providencia é investiga su encadenamiento. En tales alturas los sufrimientos personales pierden su aspereza considerándolos como parte necesaria del orden benévolo que rige el mundo. Mas no sintiéndose en aquella época con enerjia suficiente para guiar el movimiento de su propio espíritu, se impuso una tarea muy modesta y se aplicó á una simple traduccion de una obra, escrita en aleman por M. W. Schlegel, acerca de la literatura dramática.

La *Noticia sobre Mad. Stael* es la primera obra de alguna extension que publicó, y si bien se revelan en esa produccion la exquisita sensibilidad, el entusiasmo y la penetracion, unidos al análisis mas delicado y atrevido, preciso es por otra parte confesar que se descubre desde luego falta de práctica en el lenguaje.

La grande inteligencia de Mad. Necker podia fijarse casi indiferentemente en muchos asuntos. Cuando se preparaba á meditar acerca de un punto se le ofrecian pronto nuevas perspectivas que excitaban su interés. Tenia además el don de fijarse en cualquier objeto, y por lo tanto, las circunstancias podian decidir de su direccion, como escritora. En medio de una familia jóven y apreciable que había ido creciendo á su vista, pensó por último en reunir todos sus recuerdos de madre y todas sus ideas en materia de educacion. El libro que con este objeto escribió (*Educacion progresiva*) es casi como un diario de educacion doméstica que toma las proporciones de una teoría: todos los antojos, todos los caprichos, todos los incidentes de la educacion de algunos niños en un valle de Suiza, sugieren á una madre atenta reglas sanas para dirigirlos.

Al limitar sus investigaciones á este asunto se abrió Mad. Necker campo para tratar de todas las ideas á que ya creia haber renunciado. Una teoría de educacion se roza necesariamente con todo: la religion, la filosofía, la influencia de los estudios literarios, la direccion de las facultades, el espíritu humano y todos los conocimientos de que es capaz, se refieren al estudio de los sistemas de educacion. Todo está en armonía en ese libro tan razonable y tan poco sistemático: su encantadora y grave narracion principia por la dulce y vaga mirada que el niño pasea sobre el mundo desconocido que le seduce, y concluye por la melancolia de los últimos dias, cuando mas allá de las sombras de la muerte se ven las radiantes puertas de la vida inmortal. ¿Cuál será la idea dominante de un libro que sigue el desarrollo de la vida en su conjunto? No vaciló Mad. Necker en tomar por centro único de la diversidad de asuntos

de que se compone ese objeto, los principios de la religion cristiana. En el fervor de sus convicciones religiosas supo la autora establecer el equilibrio entre el poder de la fé y el poder de la razon. Nada en este libro de educacion tiene aquel aspecto triste y mezquino de obras de su género. Al abrirse el campo de la vida no parece sino que se ofrecen á la vista vastas y risueñas regiones, senderos sin fin, arroyos que serpentean, el dulce murmullo de la existencia por todas partes y la luz eterna en el fondo del cuadro.

Entre las facultades del alma, la imaginacion es la que particularmente parece llamar la atencion del autor, de suerte que sus observaciones acerca de esta facultad constituyen una de las partes mas originales de la obra. La imaginacion no es como vulgarmente se cree una hada maléfica, cuya influencia conviene limitar en provecho de la felicidad individual; es por el contrario una fuerza neutra, cuyos resultados son buenos ó malos, segun la aplicacion que de ellos se haga; pero nunca conviene encadenarla, pues, segun se demuestra en la obra, cuando se cree haberla domado, toma las formas mas diversas; se hace mezquina é inflama las mas ruines pasiones, y por no ser bien dirigida propende á lo novelesco.

La *Educacion progresiva* (1) fué la última obra que Mad. Necker publicó, pues cuando tal vez se estaba preparando á dar mas amplitud á las ideas que la habian dirigido, cuando tenia la satisfaccion de ver que sus consejos empezaban felizmente á aplicarse, fué sorprendida por una secreta desazon que le quitó las fuerzas hasta para aspirar á nuevos triunfos.

Los muchos manuscritos que ha dejado abundan en elevadas miras, encantadoras imágenes, espresiones felices y nuevas verdades; mas entre ellos no existe ilacion alguna, y pueden considerarse como materiales de un edificio cuyo plan se ha perdido.

Las sombras crecientes de la vejez no se presentaban á Mad. Necker con aquella negra tristeza de que suelen ir acompañadas. Sobre este particular escribió con motivo de cierto viaje por las montañas que rodean el lago de Ginebra: «Aquí vuelvo á encontrar algo de mas juvenil, el placer de otro tiempo sin motivo, con otra série de pensamientos y algo de mas religioso en el fondo del corazon. Verdaderamente ¡qué

(1) *La Educacion progresiva, ó Estudio del curso de la vida*, consta de tres tomos. El primero, publicado en 1828, trata de la primera infancia; el segundo, en 1832, de la última parte de la infancia; el tercero, en 1838, de la vida de la mujer, el cual es el mas importante. Hay en esta obra observaciones muy interesantes, que solo es dado hacerlas á la mujer, pero á veces se toman por realidades ficciones de la imaginacion, especialmente en el tomo primero.

beneficio es la vida! ¡Qué fondo de riqueza que vuelve á aparecer siempre que se sacude ese importuno polvo de las contrariedades habituales! »

Finalmente, sin interrumpir sus estudios, sin debilitar sus convicciones, llegó con admirable tranquilidad á su último instante, en Mornay, el 13 de abril de 1844, despues de haber, por última vez, contemplado silenciosamente en este mundo el gran espectáculo del dia que espira lentamente sobre las montañas.

SCHWARZ. (*Historia de la educacion.*) Entre los hombres que desde principio de este siglo han tratado de la pedagogía considerándola como ciencia, figura en primera línea Schwarz. Menos práctico que Niemeyer y Denzell, menos filosófico que Herbert y Beneke, representa la escuela que adoptando un término medio procura conciliar la ciencia con la práctica, no sin confesar antes la dificultad de conseguirlo. En todos sus escritos procura tambien enlazar la religion con la pedagogía.

Federico Enrique Cristiano Schwarz, doctor y profesor en teología y del Consejo eclesiástico del Gran Ducado de Baden, nació el 30 de mayo de 1776, en la ciudad de Giessen, en el Gran Ducado de Hesse-Damstadt. Salió de edad de siete años de la ciudad y fué educado en diferentes pueblos y sobre todo por los cuidados de su madre. Dedicóse al estudio de la filosofia y la teología y ejerció las funciones de párroco, sin renunciar á su propósito de dedicarse á la enseñanza, á que tenia especial afición, y por fin, fué nombrado profesor de teología en la universidad de Heilderberg, donde continuó sus trabajos literarios y pedagógicos principiados siendo párroco.

Entre estos el primero se publicó en 1792 con el título de *Plan teórico de la educacion de las niñas*, del cual se hizo una segunda edicion corregida y aumentada, en 1836, titulándola *Principios de la educacion de las niñas*. En 1802 dió á luz el *Método de Pestalozzi aplicado á las escuelas*, y en 1804, *Uso de los libros de Pestalozzi en la educacion doméstica*. Su obra principal de pedagogía es el *Tratado de educacion*, de la cual, aunque preparada antes y publicada parte de ella, la relativa á la parte histórica se dió á luz en 1839. Consta de tres tomos: el primero, dividido en dos partes, comprende la historia de la educacion; el segundo, el sistema de educacion, y el tercero, instruccion y educacion. En 1805 publicó otro *Tratado de Pedagogia ó educacion*, compuesto de dos partes en un principio, á las cuales añadió despues la tercera, que se dió á luz bajo su direccion en 1835. Este libro fué escrito para sus lecciones en el seminario pedagógico, de que era director. El de la

escuela normal de maestros, Curtmann, publicó en 1845 la cuarta edición, corregida en forma de manual, para los padres, maestros y ayos, de la cual se ha hecho la versión castellana. En 1832, con el título de *Las escuelas*, dió á la prensa otra obrita en que explica las diversas clases de escuelas, sus relaciones, su régimen y su destino en el desarrollo de la humanidad por medio de la educación, y en los años siguientes algunos otros trabajos pedagógicos.

Murió en 3 de abril de 1837 á los 71 años de edad. Sus discípulos, de quienes habia sido amigo y consejero, honraron su memoria después de su muerte, fundando una biblioteca pedagógica con el título de *Biblioteca Schwarziana*.

SENECA. Véase **ROMANOS**.

SENSIBILIDAD. La palabra *sensibilidad* tiene dos acepciones diferentes: en el lenguaje de los filósofos significa la facultad que posee el hombre de recibir impresiones por medio de los sentidos; en el lenguaje vulgar quiere decir la facultad de experimentar emociones mas ó menos vivas, concepto en que nos interesa, y como vamos á examinarla.

Todos somos susceptibles de emociones, aunque en grados muy diferentes y en diversas circunstancias. El corazón mas duro en la apariencia se ablanda al presenciar el peligro de un hijo ó de una hija; y el misántropo mas feroz se extremece á la vista de un hermano que se ahoga y le alarga los brazos desesperado. La educación, las desgracias, la vanidad y otras muchas cosas, pueden influir en el grado de sensibilidad de cada uno, pero el gérmen existe en todos los corazones.

En la mujer es en quien mas se desarrolla esta facultad, y á veces con exceso. Todo concurre á estimularla en ella; su constitución generalmente nerviosa, sus órganos mas débiles que los del hombre, hasta el papel que desempeña en la sociedad, lejos del ruido de los negocios, á la sombra del hogar doméstico, favorecen la disposición de espíritu que han recibido de la naturaleza.

Ademas, la adolescencia es evidentemente la edad en que con mas viveza se desarrolla esta facultad. Antes de esa edad, existia sin duda alguna la sensibilidad en la niña, pero era una sensibilidad de instinto, movable, pasajera, y por decirlo así, exterior. La sensibilidad moral nace en la adolescencia y ofrece á la jóven un nuevo peligro á la vez que un goce nuevo, viniendo á comprometer ó á perfeccionar sus buenas cualidades, segun sea bien ó mal dirigida por la educación.

Debemos observar que la sensibilidad es ya grande en la mujer en razon de su sexo, y lo es doblemente en la jóven, en razon de su sexo y de su edad. El trabajo de la madre de familia tiene que ser tambien doble, porque ha de dirigir en su hija una facultad que necesita ordenar en sí misma, y por consiguiente observar su propio corazon para formar el de la niña.

Hemos dicho que en la mujer esta facultad se desarrolla hasta con exceso, y todavia es esto mas cierto tratándose de la adolescente. «Las niñas, dice Fenelon, se apasionan con facilidad hasta de las cosas mas indiferentes; no pueden saber que dos personas estan reñidas, sin tomar partido por una ó por otra, y tienen mil afectos y mil aversiones que en nada se fundan. Por la misma razon no ven ningun defecto en las personas á quien estiman, ni una cualidad buena en las que desprecian.»

Así, para vez es necesario excitar la sensibilidad de las niñas, y esa es la razon principal, como veremos mas adelante, de la gran diferencia que debe haber en el sistema de castigos y recompensas, segun se aplique á las niñas ó á los muchachos. El cuidado constante que reclama la educacion de las niñas es el de dirigir su sensibilidad calmándola por medios suaves, y evitando el excitarla con estimulantes enérgicos.

Hay una facultad que pertenece naturalmente á la mujer, y consiste en la paciencia, en la lucha silenciosa, en el tierno afecto; pero la mujer no puede ejercitarla bien si no comprime y domina su sensibilidad. La niña puede tener un padre á quien la edad ó las enfermedades hagan estar de mal humor, y tendrá que sufrir algunas impertinencias de su parte. Puede tambien suceder que desee con ánsia alguna cosa que su madre no pueda concederle, y necesitará resignarse á carecer de ella por obediencia. Si la sensibilidad de esa niña ha estado abandonada á sí misma, sus llantos y sus quejas incomodarán á su anciano padre y le irritarán contra ella, y la madre se verá obligada á concederle por debilidad lo que le habia negado por razon, ó á renovar su negativa con una dureza que le repugna. Si por lo contrario está acostumbrada á moderar sus impresiones sin sofocarlas, y á comprimir por obediencia y reflexion los pesares ó las alegrías exageradas, será nuestra discipula lo que quiere la Providencia que sean las niñas bien educadas, seres cuya sensibilidad ennoblece el alma sin perturbarla.

Vemos, pues, que las consecuencias de esta preciosa conquista se extenderán mucho mas allá del tiempo ocupado en la educacion, y que la niña llegará á ser buena madre de familia, y contribuirá

por su parte á regenerar la sociedad, imprimiendo una sábia direccion moral al corazon de sus hijas al educarlas.

Si la madre debe dirigir con esquisito tacto la sensibilidad, aun la mas sincera y efectiva, con mucha mayor razon tendrá que intervenir si se advierte falsedad y afectacion en la expresion de unos sentimientos que parece que no pueden fingirse; y aunque ese peligro es menos de temer en la adolescencia que en edad mas avanzada, basta que se hayan visto algunos ejemplos para que lo indiquemos á las madres.

La niña á quien por desgracia se trate con excesiva indulgencia ó debilidad, y que sepa que con suspiros y lágrimas llega seguramente al fin que se propone, no será raro que quiera especular con este medio, y afecte una mentida sensibilidad para obtener ó evitar tal ó cual cosa. En realidad nada hay mas desconsolador que ese sentimiento teatral y aparente, porque ataca y mata la sinceridad, que debe ser la primera virtud de la juventud. La sangre fria y una resolucion invariable en la madre, cuando no le quepa duda de que tales lágrimas y suspiros son efecto de cálculo, es el verdadero y único medio de cortar en su raiz hábito tan funesto.

Tambien debe la madre evitar que su hija haga alarde de estremada sensibilidad, porque no tardaria en pervertirse su corazon. La afectacion que manifestase al ver algunas gotas de sangre, ó que sufre alguna leve incomodidad un animal, la espondrian á la risa de todo el mundo, y la harian perder la medida del sentimiento que deben producir las desgracias reales; tanto mas, cuanto que si una sensacion fuerte, pero que no tenga carácter moral, como es la curiosidad, llega á afectarla en aquel momento, al punto desaparece la sensibilidad ficticia, ocupando su lugar la mas dura insensibilidad.

Guardémonos, pues, de dar el nombre de sensibilidad á los extravios de un sentimiento afectado, porque seria abusar de la palabra.

Examinemos ahora las ocasiones que mas frecuentemente se ofrecen á la jóven para ejercer su sensibilidad, y si prescindimos por un momento de las que son enteramente interiores y domésticas, que sin contradiccion serán las mas importantes y numerosas, veremos que las mas probables en que la adolescente podrá ejercer su sensibilidad fuera de la casa materna, pueden reducirse á tres principales: las relaciones con los parientes, la amistad con otras niñas, y en fin, la miseria ó sufrimientos de los extraños.

Hablemos primeramente de las relaciones con la familia. La niña si tiene un padre de carácter algo áspero, por las causas que antes hemos

indicado, ó por otras cualesquiera, necesitará moderar su sensibilidad, ejercitarse en la paciencia y calmar los movimientos de su corazón. Tambien puede suceder que haya en la familia algunas desgracias, algunos secretos delicados á que no pueda aludirse sin indiscrecion. Si en tal caso ocurriese alguna circunstancia que llamase la atencion hácia ellos, es preciso que la niña sepa moderar sus emociones, y que lo comprenda de antemano. No queremos decir con esto que haya de mostrarse fria é insensible, pues daria mala idea de sí misma, si no manifestase simpatía á su familia; sino que la prudencia adquirida con los consejos y el ejemplo de su madre, arregle la efusion de su sentimiento.

La cuestion de las amistades que la madre debe permitir á su hija es en extremo espinosa, y tanto mas, quanto que las relaciones de negocios de vecindad, y muchas veces hasta de casualidad, hacen con frecuencia adquirir ciertas amistades, de que cuesta no poco el deshacerse.

Si la eleccion de las amigas de la niña no es buena, puede resultar uno de dos peligros para la educacion con respecto á la sensibilidad; ó que la amiga tenga una alma seca y árida, ó por lo contrario que no conozca limites en el desarrollo de la sensibilidad.

En el primer caso, la confianza que nace de la amistad, destruiria acaso en nuestra educanda los afectos mas desinteresados y puros. Si su compañera no percibe la grandeza y hermosura de la religion, si reduce á cifras y á cálculo material las sublimes acciones que presenta la historia antigua ó la contemporánea, tal vez la niña se avergonzará de haberse conmovido por cosas que ninguna impresion causan en su amiga, y en tal caso hay gran riesgo de que llegue á mostrar emociones ficticias sin que las sienta verdaderas.

Si por lo contrario (y es el caso mas comun y por lo mismo el mas temible) su amiga ha dado libre curso á la sensibilidad expansiva que caracteriza á las mujeres, sin que ninguna direccion prudente haya moderado sus arrebatos, hay mucho peligro de que nuestra niña se contagie, y que pierda por simpatía y por imitacion la modesta y conveniente sensibilidad que le haya dejado adquirir su madre.

Pero no solo debe cuidar esta de las amistades que forme la niña, sino tambien de la manera con que las cultiva; y cuando algunos medios indirectos no basten para impedir las que le parezcan peligrosas, debe romperlas con voluntad fuerte y decidida.

Vamos al último caso, y supongamos á la niña presenciando los sufrimientos y la pobreza de otras. ¿Qué hará? ¿Entregará el dinero que le hayan dado sus padres á los indigentes, verdaderos unos, fingidos

otros, que pululan por las calles y las plazas? ¿Socorrerá á esos enfermos de buena ó de mala ley que no pocas veces alargan la mano sin humildad y reciben lo que se les dá sin agradecimiento?

No; dirigida por la madre, no cederá á una sensibilidad irreflexiva, y sin dejar de hacer alguna vez limosnas en la calle, cuando esté segura de que son bien empleadas, preferirá reunir lo necesario para comprar un pan á la familia del pobre modesto, retirado en su boardilla, ó un vestidillo á la hija del pobre jornalero vecino suyo.

La madre de familia puede ofrecer en perspectiva como una recompensa de la buena conducta y del trabajo, los medios necesarios para ejercer esos actos de caridad ilustrada. En tal caso la sensibilidad lejos del ser un obstáculo, viene á ser un poderoso medio de educacion.

Por lo que hace á los padecimientos físicos y morales que presencie la niña, cuando en compañía de su madre visite á algun pobre infeliz, debe conocer que para aliviarlos no es necesario manifestar sentimiento desmedido. Los quejidos no se acallan con otros quejidos, ni las lágrimas se enjugan con otras lágrimas. Las santas mujeres que se consagran á cuidar y aliviar las dolencias del hombre en los hospitales, producen grande efecto moral en el ánimo de los enfermos por su tranquilidad y presencia de espíritu. No es que sean insensibles, no; pero han sabido poner á su sensibilidad el freno de la razon y de la religion.

Las ocasiones de ejercerse esta facultad en lo interior de la casa, y bajo la inspeccion de la madre, aunque son las mas numerosas é importantes, no exigen, sin embargo, muchos pormenores, porque todas se reducen en cierto modo á un solo impulso y á una sola represion, que son los de la madre. De esta depende, cuando se halla animada de la buena voluntad que le suponemos, el contener á tiempo las señales de una emocion demasiado viva, ó poner á su hija en el caso de dar oportunamente una prueba de sensibilidad. Citemos algun ejemplo.

De seguro necesitará la niña alguna vez advertencias y aun reconvenciones, porque la ligereza propia de su edad le hará olvidar ó descuidar el cumplimiento de sus deberes. Entonces será indispensable que su madre le aconseje y aun la reconvenga acaso; pero quanto mas sinceramente sea sensible la niña, mas sencillas deberán ser las reconvenciones y advertencias. Admitida esta regla, será necesario curar la excesiva sensibilidad de aquellas, para quienes es causa de dolor vehemente hasta la reconvencion mas cariñosa.

La lectura puede tambien dar motivo á emociones perjudiciales si la madre no la dirige bien. Las jóvenes suelen apasionarse mas por las

aventuras imaginarias que por los hechos reales y efectivos. Por eso es muy peligrosa la lectura de novelas, pues además de que suelen excitar emociones demasiado vivas, enervan el carácter y hacen mirar con indiferencia los placeres diarios y domésticos, cuyo conjunto forma la mayor parte de la felicidad en esta vida.

También debe llamar la atención de la madre la correspondencia de su hija. Importa mucho que al escribir á sus amigas ó á sus parientes, se acostumbre á cierta exactitud y claridad en el lenguaje, sin divagar ni perderse en protestas de extremada ternura. Los afectos mas vivos ganan mucho con la exactitud de la expresion, y no es ciertamente llenando las cartas de exageraciones infantiles como mejor se prueba el afecto que dirige su pluma. La madre, pues, debe acostumbrarla á detenerse cuando conviene, á no confundir las diferentes expresiones de ternura, y á ser verdadera en su estilo, como debe serlo en su lenguaje y en sus pensamientos.

Examinemos ahora las frecuentes ocasiones que tiene la madre de influir en el desarrollo de la sensibilidad de su hija y los escollos de que debe guardarse.

Al llegar aquí tocamos como de paso al vasto campo de los castigos y de las recompensas. Uno de los primeros cuidados que ha de tener la madre si se vé en la necesidad de reprender ó castigar á su hija, es el de quitar á la reprension ó al castigo el carácter de vergüenza ignominiosa. Es un error creer que se dá fuerza á las acciones ó á las palabras severas, acompañándolas de burlas amargas ó de humillaciones notables: el carácter de su hija perderia mucho con eso, porque su sensibilidad lastimada se marchitaria, ó conmovida violentamente la conduciria á la desesperacion. Si la madre tiene que reprender á su hija de doce años por haberle contestado mal, y la priva del paseo, hará muy bien; pero si delante de una persona extraña exige de la niña que le pida perdon de rodillas, hará mal, á no ser en el caso de que haya empleado ya inútilmente otros muchos medios para destruir un hábito inveterado.

En cuanto á recompensas diremos también que es peligroso prometerlas ó concederlas tales que puedan conmover excesivamente la sensibilidad. Los medios mas sencillos son los mejores; los que excitan natural y suavemente la sensibilidad, como los placeres interiores de la familia, son los mas adecuados á este fin.

Esto nos conduce á decir algunas palabras acerca de la emulacion. Esta no es posible en la educacion doméstica, sino donde hay varios hermanos ó hermanas, y en las familias en que esto sucede tiene la madre

otra dificultad que vencer, pues ha de tener consideraciones con la sensibilidad de cada uno, para impedir que nazca la espantosa envidia. Conveniente es, y debe fomentarse, cierta emulacion general, ya por la buena conducta, ya por la aplicacion al trabajo ó al estudio; pero si llegara á establecerse lucha y comparacion individual, la niña vencedora sería demasiado sensible á su triunfo y la vencida á su derrota.

Volvamos al caso mas sencillo, que es el de una niña educada sola por su madre. ¿No serán peligrosos para ella los elogios que hace á veces la madre de su extrema sensibilidad? De temer es que la vanidad se introduzca en su corazon por esta brecha. Si se oye alabar por una cualidad que puede convertirse en defecto, adquirirá la costumbre de añadir á la manifestacion de una sensibilidad verdadera demostraciones ficticias, y se viciarán las buenas disposiciones de su corazon.

Por eso la buena madre de familia debe resistir á la tentacion, muy natural y excusable, de envanecerse con las buenas cualidades de su hija, y sobre todo de una tan delicada como la sensibilidad, pues antes de elogiar con efusion á la niña en esta parte, debe pensar en las consecuencias fatales que puede traer.

Añadiremos tambien que la madre debe temer y mucho el manifestar demasiado su propia sensibilidad cuando la de su hija está afectada. ¿Qué es en la niña adolescente un acceso de sensibilidad? Un acto, natural sin duda, provocado y aun justificado por tal ó cual circunstancia, por el sexo, por la edad, pero que constituye un estado de incomodidad y sufrimiento que no puede ser bueno sino cuando pasajero, pues si se prolongase llegaria á ser un dolor fisico y una crisis moral. Y ¿cuál será el medio mas eficaz para abreviarle? Que el estado de la madre sea mas tranquilo que el de la hija, y que aquella sea bastante dueña de sí misma para calmar y consolar á la niña. Si lejos de hacer esto se abandona la madre á los movimientos de su propia sensibilidad, ¿qué resultará de aquí? Que estas nuevas emociones resuenan en el corazon de su hija, redoblan sus angustias y retardan su consuelo. Establécese entre una y otra cierta especie de sensibilidad contagiosa que evidentemente perjudica á la buena educacion. Acaso aumenta el cariño de la niña á su madre, pero es porque vé en esta una compañera de su debilidad, y porque no siente, al menos en igual grado, aquel influjo suave pero firme al mismo tiempo, resultado del cariño íntimo y de la autoridad tranquila, que la dirige tan bien.

Lejos de nosotros la idea de destruir ni debilitar la natural simpatía que une á la madre con su hija. Tan distantes estamos de eso que adoptamos como propias estas ingeniosas palabras de Mad. Guizot: «El sen-

timiento del bien es para nosotros un manantial de placeres como el de lo bello. Este placer en las almas elevadas, y en todas en ciertos momentos en que se elevan aun las mas comunes, puede llegar hasta la emoción y el enternecimiento; los niños no son insensibles á él y nosotros podemos proporcionársele. Nada hay mas animado ni mas tierno que la alegría de un niño al terminar un dia en que ha cumplido perfectamente todos sus deberes. Procuremos participar de ella porque el niño necesita de nuestra participacion. Acaso puede prescindir menos de nosotros en sus alegrías que en sus pesares, porque sus pesares se calman por la imposibilidad de sostenerse; pero sus alegrías se hielan si nuestra frialdad se niega á proporcionarles alimento, y las de la virtud deben sostenerse.»

A estas palabras añadiremos lo que dice Miss Edgeworth: «Hay un medio seguro de ahogar el afecto y el cariño, y es el de recibir su manifestación con fria reserva ó con una mirada que manifieste duda. Por lo contrario, si recibimos las caricias de nuestros hijos con expresion de placer, les animamos á que hagan renacer en nosotros el sentimiento que producen. Verdad es que conviene despues irlos moderando poco á poco en cuanto á la viveza y frecuencia de esos testimonios de cariño, por temor de que vengán á parar en afectacion.»

No pretendemos, pues, atacar neciamente estos sentimientos sagrados ni su razonable manifestacion; lo que creemos contrario al objeto final de la educacion de las niñas, es el hábito irreflexivo y continuo de mostrar sensibilidad. Siempre es ventajoso en que la mayor calma esté de parte de la madre, pero hay muchos menos inconvenientes en que corresponda con efusion simpática á las caricias y á la alegría de su hija que á sus manifestaciones de pena.

Fijemos ahora de una manera clara y precisa, si es posible, los principales medios que puede emplear la madre de familia para ordenar una facultad tan activa, tan imperiosa como la sensibilidad en su hija adolescente.

Antes de examinar brevemente las relaciones de las demas facultades con la de que ahora tratamos, podemos asegurar con toda conviccion que el medio esencial, el medio que ningun otro puede reemplazar y que comprende todos los demás, es la esmerada cultura del juicio.

Al estudiar la imaginacion hemos visto que una facultad movible y llena de viveza y de peligros, necesitaba de otra facultad tranquila, perseverante, exenta de ilusiones, que arreglase su ejercicio, y hemos reconocido que solo el juicio podia ser esa facultad reguladora. Motivos análogos aconsejan la intervencion del juicio en la sensibilidad como en la

imaginacion. La diferencia que hay de una á otra, y es muy grave, consiste en que la sensibilidad es una facultad de todas las jóvenes, al paso que no en todas se halla la imaginacion en un grado apreciable. Es, pues, cosa muy necesaria que la sensibilidad se sujete á la direccion del juicio.

¿Y la intervencion del juicio ¿puede ser nociva á la sensibilidad? El hábito de comparar los hechos con las sensaciones y las sensaciones con su propia expresion, en una palabra, con el ejercicio ordinario del juicio, ¿impedirá que la niña manifieste su cariño á su madre y á toda su familia, y se conmueva con los pensamientos nobles ó con las grandes desgracias? No por cierto.

Lo que impedirá la intervencion del juicio es que se aplique la sensibilidad á pequenezes indignas de ella, que tome el carácter de egoismo, ó por lo contrario, el de una generosidad sin reflexion ni motivo; que deje de ser una cualidad buena y amable, y se convierta en un defecto que atormente á la que la sufre y á todos los que son objeto de ella; se opondrá á la sensibilidad abusiva, á la sensibilidad de vanidad, de molicie, de especulacion, y en fin, á todas esas sombras de sensibilidad que hinchan el corazon sin llenarle, y que pueden vaciarle para siempre.

Y téngase en cuenta que hablamos de la edad de la adolescencia en que la sensibilidad no tiene el carácter de puro instinto, sino que es indispensable que intervenga la reflexion. En la infancia se arregla como se puede por medio del ejemplo y de la autoridad de las palabras una sensibilidad que es también naciente, y á veces se la engaña con la variedad y las distracciones; en la joven de doce á catorce años, en quien ya el espíritu está mas maduro, necesita una direccion mas fuerte, y para dársela debe apelar la madre al juicio, sin que falten en la familia ocasiones en que aplicar este consejo. Indiquemos algunas de ellas.

Supongamos que el padre se queda en cama por hallarse enfermo, en cuyo caso necesita tranquilidad y dormir. La niña que sea sensible sin reflexion, dará rienda suelta á su justo dolor, y si entra en la alcoba del enfermo, lo hará con los ojos llenos de lágrimas y exhalando suspiros; acaso se le escaparán palabras demasiado claras acerca de la gravedad del mal, y su padre podrá oirlas; ¿qué resultará de aquí? Que aumentará la inquietud del enfermo y acaso el mal. Veámos qué sucederá si se ha enseñado á la niña á que modere y arregle esa sensibilidad tan viva y peligrosa. Recordará que le han recomendado que cuando entre en la alcoba de su padre tenga el rostro sereno y hable con voz tranquila y dulce; considerará como sentimiento de egoismo el pensar en su propio dolor; procurará evitar á su pa-

dre los padecimientos ó inquietudes; y cómo sabe que el medio más seguro es el de conservar la tranquilidad en su fisonomía, en su actitud y en todas sus acciones, procurará hacerlo así, y al ver el padre aquel rostro sereno sentirá renacer la esperanza y empezará casi á gozar de la salud.

Veamos otro ejemplo. Viene de visita á casa de la niña una madre que trae consigo á su hija, dotada de sensibilidad ficticia y exagerada. Háblase de un birlocho que ha volcado en las inmediaciones, y cuyo caballo se ha estropeado gravemente; y al oír la desgracia del pobre animal, aquella jóven empieza á ponerse pálida y á temblar: irritanse sus nervios; tiene que acudir á respirar alguna esencia, con lo cual vá volviendo en sí, y su madre se lamenta tristemente de su extrema sensibilidad. Durante esta escena nuestra niña permanece silenciosa y atenta. Cuando se han ido las visitas, la madre se conduce sinceramente y en voz alta de la pobre jóven que tan mal y de una manera tan pueril emplea el don precioso de la sensibilidad; hace la observacion de que si bien no debemos ser insensibles ni aun á las desgracias de los animales, debemos establecer grados en la manifestacion de la sensibilidad, y pregunta qué más haria aquella jóven si le hubiese sucedido una gran desgracia á su madre.

La memoria puede influir tambien en la sensibilidad, ya de una manera útil, ya de un modo perjudicial. El rencor no es otra cosa que un afecto de malquerencia fundado en un recuerdo; el miedo suele ser muchas veces efecto de una emocion producida por el recuerdo de lo que se ha oido. Las buenas resoluciones nacen con frecuencia de un sentimiento generoso excitado por el recuerdo del bien que se ha hecho, ó de una falta convenientemente expiada. En una palabra, la memoria sirve útilmente á la sensibilidad cuando se halla dirigida por el juicio, más en otro caso puede extraviarla mucho.

Pero de todas las facultades que pueden auxiliar á la sensibilidad, la más peligrosa es la imaginacion. Estas dos facultades tienen muchos puntos de contacto, siendo propio de entrambas agitar y acalorar, una la cabeza y otra el corazon. Si las ilusiones de la una se reúnen con las emociones de la otra, pueden producir mucho mal, pero sabiendo dirigir las, su union puede ser un medio excelente para conducir al bien. ¿Cómo, pues, la imaginacion auxiliará útilmente á la sensibilidad, en lugar de seducirla? Cuando tanto una como otra, así la imaginacion como la sensibilidad, se sometan humildemente á una ley superior, que es la del juicio.

Creemos inútil detenernos á probar que á esta misma ley deben

tambien sujetarse las relaciones de la sensibilidad con la voluntad.

En este punto sobre todo es acaso mas necesario que en ningun otro que la madre tenga en cuenta la diversidad de caractéres. No en cuanto al fondo del pensamiento, pues cualquiera que sea el carácter de la niña siempre será necesario dirigir su sensibilidad, reprimirla con frecuencia, estimularla muy rara vez, y arreglarla siempre á las decisiones del juicio; sino en cuanto á los medios, que variarán segun sea mas ó menos profundo el grado de sensibilidad natural de la niña, y segun se concentre mas en lo interior ó sea mas expansiva. Hemos hablado del carácter que mas ordinariamente presenta la sensibilidad, que es la tendencia á esparcirse y comunicarse; pero hay sensibilidades timidas y profundas al mismo tiempo, que aparentan tranquilidad en lo exterior y van corroyendo interiormente. Estas son siempre las mas sinceras y delicadas, pero lo son tanto que cualquiera cosa las asusta y son muy difíciles de dirigir. Solo la paciente observacion de la madre, su amabilidad, su calma personal, le proporcionarán medios de cultivar y dirigir aquella flor modesta, oculta entre los repliegues del alma. La falta de prudencia de parte de la madre podria hacer que se desarrollase de un modo pernicioso; pero tratada con prudencia debe producir los frutos mas ópimos.

(Thery.)

SENSUALIDAD. La sensualidad, fruto de nuestra corrupcion original, deseo inmoderado de los goces de los sentidos, es el defecto que primero se manifiesta en la infancia. Nada hay que admirar en esto considerando que conformé á las leyes de la naturaleza, el desarrollo de los órganos precede al de la inteligencia, y que mucho tiempo antes de que el niño sea capaz de reflexion se halla entre el placer y el dolor. Guiado solo por el instinto de la conservacion se decide pronto, inclinándose á lo uno y rechazando lo otro con energía. Pero de aqui resulta que la parte material ha tomado sobre él grande imperio cuando la parte espiritual á la que corresponde el mando, está aun como alestargada.

Por esta prioridad de la vida animal, la sensualidad se manifiesta pronto en el niño; por ello comen con avidez las golosinas y los manjares que mas les agradan y los comen á veces con exceso; por eso están poco dispuestos á compartir con los demas lo que pueden conservar para si mismos; por eso en la mayor parte de sus acciones no consideran mas que la satisfaccion de los sentidos, y por eso, en fin, aprecian sobre todas las cosas lo que aumenta su bienestar.

El maestro debe corregir este defecto que puede dar origen á otros muchos. Principiará haciendo comprender á los niños, que de los dos principios de que el hombre se compone, el alma y el cuerpo, el uno le hace semejante á Dios mismo y el otro le aproxima á los animales irracionales; que el primero, dotado de las mas nobles facultades, está destinado á conocer, amar y poseer al Ser infinitamente perfecto; que el segundo, sacado del polvo en que luego debe convertirse, no es mas que una prision incómoda que tiene separada al alma de su fin y del lugar de su reposo.

En seguida deberá enseñarles que el alma y el cuerpo tienen tendencias opuestas; que la vida del hombre es por consiguiente un combate perpétuo entre estos dos principios; que victoriosa en la lucha, el alma conserva su dignidad y sus inmortales esperanzas; que vencida se envilece y se deshereda, sin provecho real para el cuerpo, que no puede salvarse sino con ella.

Les dirá tambien que el hombre que vive del espíritu es el único capaz de acciones grandes y generosas; que ademas la templanza es la mas segura garantia de una existencia dichosa, de una juventud sin trastornos y de una vejez sin tempestades; que la intemperancia, por el contrario, hace descender al nivel del bruto al que á ella se entrega, llenando su corazón de amargura, ocasionándole multitud de enfermedades y sujetándole á veces á la expiacion de una muerte prematura.

SENTENCIAS. Véase **PROVERBIOS.**

SENTIDO COMUN. Véase **RAZON.**

SENTIDOS. Mas chico que un hombre es un niño; no tiene su razon ni su fuerza; pero oye y vé tan bien como él; ó con poquísima diferencia; tiene el paladar tan sensible, aunque no sea tan delicado, y distingue al igual de él los olores, si bien no tiene su sensualidad. Las primeras facultades que en nosotros se forman y se perfeccionan son los sentidos; por tanto, son las primeras que deberian cultivarse, y las únicas que se echan en olvido, ó que mas se descuidan.

Ejercitar los sentidos, no solo es hacer uso de ellos, que es aprender á juzgar bien por ellos; aprender, por decirlo así, á sentir, porque no sabemos palpar, ver, ni oír, sino como hemos aprendido.

Hay un ejercicio meramente natural y mecánico, que sirve para robustecer el cuerpo sin dar asidero ninguno al juicio: nadar, correr,

brincar, hacer bailar una peonza, tirar piedras, todo eso es excelente; ¿pero no tenemos mas que brazos y piernas? ¿No tenemos tambien ojos y oídos? ¿Son supérfluos estos órganos para el uso de dos primeros? No ejerciteis exclusivamente las fuerzas, ejercitad á una los sentidos que las dirigen; sacad toda la utilidad posible de ellos; verificad luego la impresion de uno por la de otro: medid, contad, pesad, comparad. No empleeis la fuerza antes de valuar la resistencia; haced siempre de manera que preceda al uso de los medios la valuacion del efecto. Interesad al niño á que nunca haga esfuerzos insuficientes ó supérfluos. Si le acostumbrais á que así prevea el efecto de todos sus movimientos y á que rectifique con la experiencia sus errores, ¿no es cosa clara que cuanto mas obre, mas discernimiento granjeará? ¿Se trata de mover una masa? Si coge una palanca muy larga, gastará sobrado movimiento; si la coge muy corta, no tendrá la suficiente fuerza: la experiencia le enseña á escoger el palo que justamente necesita. Esta discrecion no es superior á su edad. ¿Se trata de llevar una carga? Si quiere cogerla tan pesada como la pueda llevar, y no probarse con ninguna que no pueda levantar, ¿no será forzoso que con la vista valúe su peso? ¿Sabe ya comparar masas de la materia misma, y de distinto volumen? pues escoja masas de un mismo volumen y distintas materias, menester será que se aplique á comparar sus pesos especificos. Yo vi á un jóven muy bien educado, que no quiso creer antes de hacer la experiencia, que un cubo lleno de astillas de madera de encina, pesase menos que el mismo cubo lleno de agua.

No podemos disponer igualmente del uso de todos nuestros sentidos. Uno hay, que es el tacto, cuya accion no se suspende nunca mientras estamos en vela, que está esparcido sobre la entera superficie de nuestro cuerpo como un vigia atento á darnos aviso de cuanto ofendernos puede. Tambien es el sentido cuya experiencia, en virtud de este continuo ejercicio, de grado ó por fuerza mas presto adquirimos, y por consiguiente, que menos particularmente cultivar necesitamos. No obstante, observamos que los ciegos tienen el tacto mas seguro y mas sagaz que nosotros, porque careciendo de la guia de la vista, se ven forzados á aprender á sacar únicamente del primero de estos sentidos los juicios que nosotros al segundo debemos. ¿Pues por qué no nos ejercitamos á andar como ellos á lo oscuro, á conocer los cuerpos que tocar podemos, á juzgar de los objetos que nos rodean, en una palabra, á hacer de noche y sin luz todo cuanto hacen ellos de dia y sin ojos? Mientras que luce el sol, les llevamos ventajas; en tinieblas son

ellos nuestras guías. Ciegos somos la mitad de la vida, con la diferencia de que los verdaderos ciegos siempre saben conducirse, y de que no nos atrevemos nosotros á dar un paso en lo horroroso de una oscura noche. Tenemos luces: me dirán. ¿Con que siempre máquinas? ¿Y quién os dice que os han de seguir en todas partes, cuando las necesitéis? Yo por mí mas quiero que lleve Emilio sus ojos al cabo de sus dedos, que tenerlos en la tienda de un cerero.

Estais encerrado en un edificio en la oscuridad de la noche, dad una palmada, y por la resonancia del sitio vereis si es vasto ó reducido el recinto, si estais en medio ó en un rincon. A medio pié de la pared el aire menos ambiente y mas reflejado causa otra sensacion en el rostro. No salgais de un sitio, y volveos sucesivamente á todos lados, si hay una puerta abierta, os la indicará un corriente ligero de aire. ¿Vais en un barco? por el modo con que os pégare el aire en el rostro, conoceréis no solamente la direccion que llevais, mas tambien si os lleva despacio ó apriesa la corriente del rio. Solo de noche pueden hacerse bien estas observaciones, y otras mil análogas; por muy atentos que queramos estar á ellas de dia claro, siempre nos ayudará ó nos distraerá la vista, y se nos irá el hilo. No obstante, hasta aqui todavía no nos hemos valido de mano ni de baston. ¿Cuántos conocimientos oculares se pueden adquirir por el tacto, aun sin tocar cosa ninguna!

SENTIMIENTOS. Llámase sentimientos á las modificaciones de nuestro ser acompañadas de placer ó dolor. La sensibilidad misma no es otra cosa que la facultad de gozar ó sufrir. Pertenece á todos los seres animados, pero es mas profunda y esquisita en el hombre. Los placeres y los sufrimientos que se localizan en un órgano especial, pertenecen á la *sensibilidad física*. Los que no se localizan en órgano alguno se refieren á la *sensibilidad moral*. La sensacion, dice Girard, se fija en los órganos; el sentimiento, vá al corazon; la percepcion, se dirige al espíritu. En el lenguaje ordinario el corazon designa el asiento de la sensibilidad.

El sentimiento se despierta á veces por los sentidos, pero depende esencialmente de ciertas ideas que lo producen y alimentan. La imaginacion principalmente lo excita y desarrolla. Es la aureola encantadora de que rodea y con que embellece los objetos y que dá al sentimiento su fuerza y su dulzura.

El sentimiento es comunmente un poderoso auxilio para elevarnos al conocimiento de ciertas verdades descubriéndolas como por instinto,

pues si se substraen al análisis, se revelan al corazón como la luz á la vista. Por mucho tiempo se ha desconocido este medio de asentar convicciones tan sólidas como las que provienen de la inteligencia; pero se admite bastante generalmente en nuestros días, que lo que corresponde á nuestras más íntimas é inexcusables necesidades, no puede ser una quimera.

Hay algo de infinito en esas previsiones del sentimiento como en todos nuestros principales afectos. El corazón se siente siempre como aprisionado en los límites del mundo presente y se lanza hácia otro mundo ilimitado.

La acción combinada de la imaginación y del sentimiento es el principio de las bellas artes.

Nuestras emociones son dulces ó penosas, pero pasamos comúnmente por grados insensibles de las unas á las otras, y á veces se unen entre sí por lazos misteriosos. «Estraña cosa es, dice Platon, que lo que los hombres llaman placer tenga tan maravillosas relaciones con el dolor, que se tiene por lo contrario.»

En medio de nuestros más vivos goces se eleva, á veces del fondo del alma, algún pensamiento ó algún sentimiento que de pronto les amarga y marchita su flor que habíamos encontrado en medio de nuestro camino. El dolor más vivo se dulcifica con el tiempo y se convierte en una melancolía que no carece de encantos. «El sonido del harpa de Carryl, dice Osian, era triste y dulce como el recuerdo de la dicha pasada.»

Los sentimientos ejercen decisiva influencia en nuestra existencia contribuyendo eficazmente á elevarla y hacerla dichosa, y por el contrario produciendo graves males y turbaciones incesantes cuando se desarrollan en oposición á la voluntad de Dios y á nuestro destino. Por el corazón se deja llevar ordinariamente el hombre. Las convicciones más sinceras ceden ante las impresiones que deslumbran, y en los hechos interiores el sentimiento concluye casi siempre por triunfar. «Guarda tu corazón, dice Salomon, mas que todo lo que se guarda, porque de él proceden las fuentes de la vida.» El corazón es como una fuente profunda de donde emanan las corrientes de que se compone nuestra vida. El corazón es lo que principalmente nos hace lo que somos.

El maestro, el padre y el ayo deben, pues, escudriñar con el mayor cuidado el estado del corazón de su educando y penetrarse bien de una sana teoría del *desarrollo del sentimiento*.

Es tan evidente que en la vida humana se requiere sentido común,

juicio y memoria, que no hay diversidad de pareceres acerca de la necesidad de cultivar estas facultades en los niños. Mas, por lo comun, se olvida el sentimiento, creyendo que no es menester cuidar de él porque se desarrolla por sí solo. Por eso suele descuidarse la educacion del corazon, y no es de admirar, por tanto, que muchos jóvenes sean duros, egoistas, mal intencionados, sin afecto natural, y que tantos otros, arrastrados por la fogosidad de los sentimientos violentos, se entreguen á los mas deplorables excesos.

La educacion manca ó truncada conduce á funestos resultados, pues no hay seguridad, ni para el individuo ni para la sociedad, sino en el desarrollo regular y armónico de todas las facultades de nuestra naturaleza.

Dicese que el sentimiento se desarrolla por sí mismo y esto que es cierto en cuanto al amor propio, que es una planta indigena en el campo del corazon, no lo es en cuanto al amor de Dios y del prójimo.

Ademas, no basta que los buenos sentimientos existan hasta cierto grado en nosotros, sino que es necesario que se arraiguen y se desarrollen, que se asocien á nuestros proyectos, á nuestros estudios, á nuestra conducta, que se dirijan de una manera útil y segura previniendo los extravíos, y para todo esto es indispensable el influjo de una educacion directa. No basta hacer manar ésta fuente, es preciso además distribuir sus aguas, de manera que por mil canales diversos vayan á vivificar todas las partes de nuestra actividad moral.

Considerando este asunto bajo el punto de vista de la cultura general de un pais y de la direccion de las escuelas populares, comprendemos pronto que hay un gran vacío que llenar. Las escuelas elementales son por lo comun muy áridas y poco á propósito para formar el corazon de los niños. Las prácticas rutinarias, el tono del maestro, la clase de exhortaciones usadas, el contenido de la mayor parte de los libros elementales, todo es árido y á propósito para ahogar el germen de los mas nobles afectos de los discípulos. Asi es que el carácter del pueblo se ha resentido notablemente y es preciso reconocer que los obstáculos que presenta su mejora provienen en gran parte de esta causa. Hasta de aqui se ha hablado poco al corazon, sacrificándolo todo á la instruccion y á la vanagloria. Por eso cultivando el egoismo se recoje egoismo; plantando sin regar no es extraño que todo se marchite y que los niños educados de esta manera defrauden todas las esperanzas. *El que siembra viento recogerá tempestades*, dice el Profeta.

Confiamos que las tristes experiencias que se han hecho y las tempestades que han bramado sobre las naciones, serán advertencias salu-

dables para los educadores y los hombres de gobierno, y que al fin se comprenderá la necesidad de hablar al corazón del hombre como á sus demás facultades. Veamos pues cómo debe dirigirse la educación del sentimiento.

4.º Debe comenzar el desarrollo del sentimiento desde la primera infancia, porque en el origen de la vida es cuando cede el alma mas fácilmente á las impresiones y cuando se forma el carácter. En esto resalta la importancia de la educación materna. A la madre toca esencialmente influir eficazmente para que se abra el corazón de sus hijos á las tiernas y dulces emociones de la simpatía. Las madres nos dan los primeros sentimientos y las primeras ideas, nos envían los primeros rasgos de valor, de compasión, de amor y de gracia y por su medio comienza la Providencia á escribir en el corazón del hombre. Tal era sin duda el pensamiento de Napoleon al decir: «El porvenir de los hijos es obra de la madre.» Lo mismo sentía Pestalozzi: «Sí, decia; la madre es dulce y está dotada por el Señor con todas las cualidades necesarias para ser el agente principal del desarrollo de su hijo. Nadie desea mas ardientemente que ella la dicha del ser que ha llevado en sus entrañas, y por otra parte ¿puede haber cosa alguna que ejerza tan activa influencia como el *amor materno*, que es el mas dulce y el mas enérgico de todos los sentimientos de la naturaleza?»

¡El amor materno! sí, hé aquí el primer medio de desarrollar el sentimiento en los niños. Asi como los rayos del sol desenvuelven las semillas ocultas en el seno de la tierra, de la misma manera el corazón de una buena madre despierta los gérmenes de amor que Dios ha depositado en el alma de la criatura racional. Dicese que para educar bien á los niños es necesario sobre todo amarlos, y ¿quién puede amar como una madre?

2.º El educador continuará en lo posible el encargo de la madre con respecto á los niños que se le encomiendan, agregando el elemento de firmeza que recuerda la autoridad paterna. Ame á sus discipulos, que el corazón de estos corresponderá al suyo. El amor es naturalmente comunicativo y reclama una correspondencia dulce y simpática. El niño corresponde muy bien cuando le aman; lo lee en las miradas, en las maneras, en todas las palabras de su maestro; y cuando reconoce en todos estos detalles la solicitud y el afecto, su corazón se enternece y corresponde al afecto que se le dispensa, considerando al maestro como un padre y un amigo.

Pero no olvidemos que el espíritu de amor y de abnegacion es fruto de fé y de humildad, y estando convencidos de nuestra debilidad y

creyendo en el inmenso amor que revela el Evangelio, se enardece nuestro corazón. Amamos, porque hemos sido amados antes. Queremos obrar porque el amor es una inspiración ardiente de actividad y de vida; nos ponemos en acción porque sentimos que un poder invisible nos sostiene; y no cesamos en nuestra obra, porque creemos haber hecho poco todavía y es propiedad del amor tender al infinito. La religión desenvuelve el amor, y á esa divina fuente es preciso ir á buscarlo.

El maestro debe cuidar con esmero de ganar la confianza de sus discípulos. La confianza es á la vez fruto del afecto y medio de producirlo, y multiplica las ocasiones de ser útiles á los niños. Una vez el maestro depositario de sus deseos, de sus proyectos, de sus disgustos, de sus temores, de sus esperanzas, de lo que han hecho y de lo que quieren hacer, puede guiarlos mas seguramente, auxiliarles y llevar la calma á su corazón. Procure alentarlos, especialmente á los tímidos, en las relaciones que tengan con él; pero sin olvidar que si los niños dispensan fácilmente su confianza, no la vuelven á dispensar cuando se ha abusado de ella.

3.º Siguese de aquí la importancia de que los niños tengan en el círculo de la familia ó en la escuela el medio de poder ensanchar libremente su corazón.

Disipemos las nubes sombrías que oscurecen frecuentemente el horizonte de la enseñanza y las horas que á ella consagran. Que en la escuela como en el hogar doméstico estén rodeados de dulce serenidad; que la expansiva alegría, templada por el sentimiento del deber, haga la instrucción atractiva; que en medio del orden y del trabajo se ensanche la vivacidad y la alegría que caracterizan á la niñez. Concedamos toda la libertad compatible con la regla y una actividad útil; permitamos á los niños que sean dichosos en el trabajo; que nada será mas eficaz para ensanchar el corazón y desarrollar la sensibilidad.

Por mucho tiempo se ha creído imposible conciliar los estudios y alegría del niño. ¿Quién no recuerda aquellas escuelas tristes y lánguidas, en que no se trabajaba sino por temor á la severidad y las amenazas, y en que los discípulos no estudiaban mas que lo preciso para evitar el castigo, esperando con impaciencia salir de ellas como si fuesen un sombrío calabozo? La reflexión y la experiencia empiezan, por fortuna, á generalizar mas sanas ideas en el particular; haciendo ver que en lugar de la dureza que rechaza á los niños, es preferible la dulzura que los atrae y gana su corazón.

4.º Recordemos que la escuela representa en pequeño la sociedad en que ha de entrar el niño un dia, y por consiguiente, que ha de ser

para él un noviciado, durante el cual su alma se despierta á todas las simpatías y á todos los sentimientos generosos, sin los cuales la vida humana no sería mas que un horroroso desierto. La escuela, continuacion de la familia, debe servir de preparacion á la sociedad.

El hecho de la reunion de cierto número de niños bajo un mismo techo y bajo un mismo guia, tiende por sí mismo á producir tales disposiciones, porque allí deben considerarse como miembros de una reducida comunidad. Pero es preciso que el maestro estreche los lazos de esa sociedad infantil imprimiéndole el sello de la unidad, evitando lo que pudiera dividir á los niños y aumentando las ocasiones de que se presten mútuos servicios y de promover los intereses colectivos.

Para preparar el desarrollo de la simpatía la Providencia ha colocado al niño en el seno de la familia, en el cual, desde sus primeros pasos está asociado á la comunidad mas íntima. La escuela será para él una familia mas extensa, en la cual, todos los discípulos se considerarán como hermanos, y la enseñanza, las exhortaciones, la disciplina, los ejemplos y las reglas establecidas tenderán á combatir y sofocar el egoísmo.

5.º Procuremos el desarrollo de todos los sentimientos naturales de una manera armónica, es decir, de suerte que los de una especie no predominen hasta el punto de comprimir ó debilitar considerablemente los de otra. Dios quiere en esto como en todo, el equilibrio, y debemos someternos á sus soberanos designos: que el corazón se ensanche en todas las direcciones legítimas.

Prevenamos á los niños contra los sentimientos que los aprisionan en estrecho círculo, en vez de dejar libre vuelo á la benevolencia universal que plugo á Dios establecer entre todos los hombres, santificada y consagrada por el cristianismo. Justo es que haya diversos grados en este afecto para con nuestros padres, parientes, conciudadanos, etc., pero sin que los unos absorban los otros y sin que la caridad se entibie.

6.º Cuidemos mucho de que los sentimientos sean profundos y no como ligeras ondulaciones que agitan por un momento la superficie del alma para desaparecer en seguida. Los niños son naturalmente variables y pasan con increíble facilidad de la tristeza á la alegría, del amor á la aversion, por lo cual es preciso hacer sus impresiones firmes y duraderas. Cuando siente el niño buenos sentimientos es preciso que veamos el medio de conservarlos, repitiendo con frecuencia lo que los produce y lo que los alimenta.

7.º Todos estamos dotados de sensibilidad; pero en unos es viva y

expansiva, en otros es obtusa y se manifiesta en mas raros intervalos, y por fin en algunos es tan delicada que la menor cosa la pone en juego. Los niños que están en este último caso son como la sensitiva que el mas ligero contacto los marchita y los hace replegar sobre sí mismos. Deben estudiarse estas variedades para tratar á cada uno segun convenga. Con unos debe apelarse á la fuerza, con otros á la dulzura; algunos necesitan someterse por algun tiempo á la influencia decisiva de los que los rodean; á otros es mas conveniente abandonarlos á sí mismos y á su propia experiencia, porque modificarlos directamente es peligroso, y cuando mas es necesario esperar el momento en que sean mas accesibles.

En los establecimientos de educación donde hay muchos niños, es esto difícil, porque la regla aplicable á todos es general; sin embargo, el maestro en sus relaciones particulares con los discípulos, puede sacar gran partido del conocimiento que haya adquirido de su carácter para hablar á cada uno segun su corazón.

8.º Hay una sensibilidad espontánea y otra reflexiva. En esta última, el entendimiento estudia el objeto que influye en la sensibilidad y decide si la influencia es ó no favorable y se modifica el sentimiento.

En la infancia la inteligencia es débil, la voluntad flota incierta y domina la sensibilidad. Mas adelante se equilibran las facultades y marchan acordes.

Habituemos pronto al niño á darse cuenta de sus sentimientos y á no dejarse arrastrar de ellos con imprevision. Un sentimiento parece al pronto muy loable y luego toma diferente aspecto. La imaginación rodea de seductor prestigio las personas y las cosas y es preciso estar prevenidos para no dejarnos engañar. Procuremos que el niño no ceda al primer movimiento, sino que reflexione antes, en cuanto sea posible en su edad.

El sentimiento abandonado á sí mismo no podria servirse de regla á sí propio, porque no conoce límites determinados y varia de hombre á hombre y aun en el mismo individuo. En ciertos momentos se oculta silenciosamente en el fondo del alma; en otros se eleva, se sumerge y toma un vuelo asombroso. De abandonarle el gobierno de la vida, nos expondríamos sin defensa á todas las tempestades que soplan sucesivamente de diversos puntos del horizonte.

Para encontrar una regla segura es indispensable recurrir á las ideas y á los principios, pero haremos observar aquí que los principios meramente humanos no tienen en moral el carácter de fijeza que deseamos, porque los falsean las pasiones. Por eso, mientras solo nos dejamos do-

minar por nuestras propias ideas, estamos bajo el influjo del mal que se desliza en todo lo que es humano. Es preciso buscar una antorcha y un punto de apoyo en esfera mas elevada; en la de las verdades puras é inmutables. El único apoyo seguro y eficaz es la religion. Es á la vez una luz que nos pone al abrigo del error y una barrera de granito que contiene el torrente de las malas pasiones. A ellos, pues, debemos recurrir los padres y los maestros, haciendo que recurran igualmente sus discípulos, que no flaqueará el cimiento.

SENTIR (Facultad de). Debe distinguirse del entendimiento la facultad de sentir que, por ciertas ideas ó por ciertas sensaciones, nos hace experimentar bienestar ó disgusto. Este sentimiento nos dice el estado de nuestro interior; y desde que tenemos conciencia de nosotros mismos, lo discernimos de la percepcion de la idea y de la voluntad. Parece á primera vista que este sentimiento es puramente pasivo y aun que la educacion no puede ejercer en él influencia alguna; pero examinándolo detenidamente se advierte que las disposiciones naturales, en esto como en todo, son susceptibles de gran desarrollo. A no ser así ¿qué significa despertar los sentimientos, no descuidarlos y no emboratarlos? ¿A qué fin insistir en la importancia de no desarrollarlos á costa de las demas facultades del alma? ¿Cómo, en fin, habia de imponerse á los niños el deber de vigilar sus sentimientos, de conservarlos ó de modificarlos? ¿Pero con arreglo á qué principios y por qué medios han de desarrollarse los sentimientos? Esto es lo que enseña la *teoría de la educacion estética*.

La facultad de sentir se manifiesta ya desde la mas tierna infancia de muchas maneras. Desde el momento que se tiene conciencia del estado de nuestro interior ocasionada por alguna impresion, ya sobre el cuerpo, ya sobre el espiritu, el sentimiento se pone en accion. Entonces experimentamos placer ó disgusto, ánimo ó abatimiento, disposiciones de las cuales apenas es posible indicar las causas ciertas, y que tienen su explicacion en la misteriosa organizacion de la criatura humana. Cuando lo que sentimos de agradable ó desagradable se refiere al cuerpo, el sentimiento es fisico. Los sentimientos que llamamos simpáticos, morales, religiosos, estéticos é intelectuales se refieren mas bien al espiritu que al cuerpo; y por esta razon se denominan sentimientos mixtos. Están íntimamente unidos á las ideas, y á todo lo que nos atrae ó nos repugna, y contribuyen á desarrollar y formar el carácter.

Los sentimientos fisicos corresponden en gran parte á la educacion del cuerpo, aunque esten íntimamente enlazados con la moral. Desde la

mas tierna infancia el cuerpo siente impresiones agradables y desagradables; y si bien es verdad que la menor irritabilidad y cierta apatia nos hacen mas llevaderos los desagradables, en cambio nos privan de muchos goces, que aunque corporales, no dejan de ser goces, pues el hombre es á la vez corporal y racional. Pero la demasiada irritabilidad produce males en mayor número que goces; es una enfermedad del cuerpo que ejerce considerable influencia en el alma, y la excesiva inclinación á los placeres corporales puede impedir el goce de los de naturaleza mas elevada.

Hay gran diferencia entre las diversas especies de sentimientos que provienen de los órganos de los sentidos. Los que se refieren á la vista y al oido son mas nobles y están mas íntimamente unidos á nuestra naturaleza espiritual, que los goces mas materiales del tacto, del olfato y del gusto. Debe el maestro cuidar sin embargo de que haya armonía entre todos, pues sería error muy grave procurar la apatia ó la insensibilidad aunque solo fuera en uno de los objetos que impresionan los sentidos exteriores, porque aun en la posibilidad de producir semejante efecto, se destruirian multitud de sentimientos que embellecen nuestra vida y que entran en los designios del Criador, cuyas obras ofrecen tantas satisfacciones á nuestros sentidos. Cuando se advierte en la accion de un órgano cierta apatia es preciso combatirla, lejos de producirla artificialmente, pues esto contribuye siempre á la aspereza y frialdad de carácter.

Como el hombre tiene un destino que cumplir, es indispensable evitar el exceso de los sentimientos físicos, es decir, el abandonarse demasiado á lo que produce en nosotros sensaciones agradables y el no ceder sino con gran repugnancia á lo que nos causa la menor pena. Con los niños demasiado irritables por complexion ó por enfermedad es indispensable combatir esta disposicion influyendo en el cuerpo y en el alma, hasta restablecer el equilibrio tan esencial al bienestar del hombre. Cuidese de no satisfacer los deseos de los que manifiestan demasiada aficion á los placeres de los sentidos, porque la sensualidad se desarrollaria en vez de someterse á la razon. De esta manera, cuando se desarrollen bastante la inteligencia y los demas sentimientos, comprenderá el valor que debe dar á los físicos.

Por lo que hace á los demas sentimientos, veáanse los articulos respectivos del DICCIONARIO. (Extractado de Niemeyer.)

SEVERIDAD. Véase FIRMEZA.

SILABEO. Llámase así un procedimiento de lectura que consiste en enseñar las sílabas sin descomponerlas en sus elementos, luego que los niños saben el alfabeto, ó solo las cinco vocales. Mucho se ha discutido acerca de las ventajas de este procedimiento sobre el antiguo deletreo, dando lugar á graves disidencias entre maestros, por otra parte muy dignos, y á que se calificase á los deletreadores de rutinarios. Parece en efecto que si se enseña á nombrar las sílabas, lo hacen los niños con la misma facilidad que si hubiesen de nombrar letras, y así no les choca la poca, y á veces ninguna analogía, del nombre de estas con el de las sílabas que forman, ni las irregularidades de la ortografía. Esta es la principal ventaja del silabeo, y no deja de serlo grande, aunque no tanto ni por mucho como se pretende.

Quando el maestro no hace decir al niño *por por* se ahorra el disgusto de oír repetir estos sonidos que él cree inútiles; pero no ahorra trabajo alguno al discípulo. Acostumbrados nosotros á leer de repente *por* á causa de la gran práctica que hemos adquirido, juzgamos que le sucede lo mismo al niño, prescindiendo de la descomposicion de la sílaba en los elementos *por*, lo cual no es así. Llegará á leer la sílaba sin deletrearla verbalmente, pero despues de haber estudiado largo tiempo y de haber hecho la descomposicion con la vista y mentalmente, y quando las operaciones de la inteligencia por las cuales hemos pasado nosotros mismos le sean tan habituales que pueda ejecutarlas de repente y sin titubear. Deletréese ó no, la inteligencia del niño tiene que hacer su trabajo, bien con nuestro auxilio, bien sin él como sucede en el silabeo, cuyo procedimiento poco ó nada contribuye á que las operaciones intelectuales de composicion y descomposicion que tiene que ejecutar el que aprende á leer, se hagan mas pronto ni mas seguramente.

Varios maestros han tratado de apropiarse la invencion de este procedimiento, y es muy comun suponer que ha tenido origen en nuestros dias. A ser la cuestion de mayor importancia, no nos sería difícil demostrar la antigüedad del procedimiento; pero basta á nuestro propósito citar las palabras del doctor D. Manuel Rosell, en su libro impreso en 1786. «Esto no se ha de hacer como comunmente se practica, nombrando cada letra de por sí, y juntando despues las dos en una sílaba; sino pronunciando desde luego *ba*, por ejemplo. Este método le ví practicado en la ciudad de Valencia por el P. Fr. José Viraloig, religioso agustino, mas de treinta años ha, con rápidos progresos de los niños que instruía.» Por donde se vé que el silabeo no es tan moderno como se supone generalmente.

Prescindiendo de todo, la lectura de las sílabas por uno ú otro procedimiento es obra de poco tiempo, y por lo mismo no están justificados los debates á que han dado lugar sus ventajas. Adóptese en buena, el silabeo, para evitar ese desagradable sonsonete que proviene de la repetición del nombre de las letras, pero sin dejar de deletrear cuando así convenga, es decir, cuando lo requiera la disposición del discípulo, ó las dudas que se le ofrezcan, y sin censurar tan ágríamente como se ha hecho á los deletreadores, porque no hay razón fundada para ello. Lo que sí merece censura son los procedimientos exclusivos, pues por lo comun son los peores de todos considerados en sí mismos y mucho mas cuando se trata de la aplicación, pues quitan toda libertad al maestro para acomodarlos á su modo de ver y apreciar las cosas.

Por lo demás, veamos cómo se expresa acerca del silabeo y su aplicación el *Boletín oficial de instrucción pública*, en un artículo que podemos atribuir con sobrado fundamento al Sr. Montesino.

Vamos á exponer el método de enseñar á leer que nos parece mas ventajoso; porque á la mayor facilidad para ir adelantando en el conocimiento de los signos representativos de las palabras, reúne la circunstancia de aumentar las ideas que adquiere el niño acerca de objetos, fenómenos y cosas que están al alcance de su comprensión; estudio á que está dispuesto y es obligado por la naturaleza, y en que se le auxilia al mismo tiempo que adquiere una habilidad que le facilitará en lo sucesivo la adquisición de innumerables ideas infinitamente varias. Adoptamos el método silábico, y en esto vamos conformes con la práctica moderna de los mejores maestros. No reprobamos, antes bien nos parece natural y conveniente comenzar dando á conocer las letras y sus nombres como instrumentos indispensables, cuyo conocimiento y manejo forman la base de la enseñanza que se trata de dar á los discípulos, siempre que en esto no se emplee inútilmente mucho tiempo. Creemos que las conocerán mejor, mas pronto y de un modo mas permanente, haciéndose las imitar ó escribir en pizarra, arena y de cualquier otro modo, como hemos dicho muchas veces.

Preferimos el método silábico porque en la parte que puede decirse mecánica es el mas breve y sencillo; y principalmente porque es aplicable al desarrollo de la razón, sirviéndose desde luego de voces ó palabras significativas; y en este sentido le llamamos racional. Se deja discurrir que habiéndose de servir precisamente de palabras monosílabas para comenzar, es preciso renunciar á los silabarios mas ó menos originales que tenían por único objeto facilitar la pronunciación; y que se parte del

principio de que no es á hablar sino á leer la que se vá á enseñar.

Con arreglo al método de que vamos á tratar, luego que se ha dado un ligero conocimiento de las letras, de su forma y aun de su nombre, se pasa á enseñarles á leer palabras de una sola sílaba, compuesta de una ó dos letras; *yo, tú, él, á, mi, si ó no*, etc. A este fin se tienen lecciones impresas en hojas sueltas, que por razones de economía y conveniencia para la enseñanza de diez ó doce niños á la vez, se pegan en cartones ó tableros y se cuelgan en la pared ó de otra parte, á una distancia y altura proporcionadas, de modo que los niños vean bien y puedan leer. Las primeras lecciones contienen solo palabras de la clase referida. Se colocan los niños convenientemente, de ordinario en semicírculo, y comienza el maestro, ó mas bien un niño adelantado en la lectura, á leer en voz clara la primera palabra de una de las columnas que contiene cada leccion. Lee el niño instructor, por ejemplo, *á*, señalando siempre la palabra con el puntero para fijar la atención de los demas, y repiten todos *á*; lee otra, por ejemplo, *as*, y repiten; y así sucesivamente. Otras veces, y esto es lo mas frecuente, dice el instructor *á*, y repite el niño inmediato; despues el que sigue, y por este orden vá repitiendo cada uno hasta que han repetido todos la palabra. Sigue con otra y se hace lo mismo; despues otra, etc.; y en este ejercicio se ocupan el tiempo señalado. Luego que los niños van conociendo las palabras que se les señalan, el instructor se abstiene de leerlas y manda á los niños que las lean. Señala *á*, y lee el niño *á*; señala *as*, y lee el siguiente *as*; *el*, y lee el tercero *el*; *es*, y lee el cuarto *es*; hacen lo mismo los demas con las palabras siguientes hasta que cada uno ha leído su palabra. Cuando alguno desconoce ó no sabe leer la palabra, enmienda el inmediato, y si este tampoco sabe, el que sigue; hasta que alguno puede enmendar. Si ninguno es capaz de hacerlo, enmienda el instructor y repiten todos la palabra. Despues pasan los discipulos á leer palabras monosílabas, primero de tres letras, despues de cuatro ó mas (1) en lecciones preparadas con este objeto. Los niños que se ocupan en leer palabras de esta última clase por el método de enseñanza mútua, formarán la tercera seccion. En la cuarta aprenderán á leer palabras de dos sílabas, presentándoselas al principio separadas; *to-do, sa-no*, etc. La quinta seccion podrá leer palabras de tres ó mas sílabas presentadas del mismo modo; y las secciones mas adelantadas, sexta, séptima y octava, leerán toda clase de palabras y de corrido.

Cualquiera que sea el número de secciones, ya sea el sistema de en-

(1) Creemos mas fácil la lectura de palabras compuestas de sílabas simples que las de una sola sílaba de cuatro ó mas letras.

señanza simultánea ó el de enseñanza mútua, es igualmente aplicable el método especial de enseñar á leer de que tratamos. Consiste este únicamente en enseñar por medio de palabras comenzando por las que se componen de una sola sílaba, y esta de una ó dos letras; pasando después á palabras también monosílabas, pero de tres, cuatro ó mas letras; de aquí á palabras de dos sílabas; y palabras de tres ó mas sílabas; desde cuyo punto leen toda especie de palabras sueltas ó reunidas formando oracion; leyendo en fin con mas ó menos soltura. Las lecciones de que hemos hablado compuestas de palabras acomodadas á esta enseñanza; es decir, primero monosílabas, disílabas después, trisílabas etc., colocadas en columnas, suelen tener por bajo algunas frases; y en las lecciones mas adelantadas algun párrafo ó párrafos para que lean estas mismas voces unidas, y haciendo cada una el oficio que le corresponde en el discurso.

De este modo se logra que los niños aprendiendo á leer por el método silábico no lean sino palabras, desterrando las insignificantes combinaciones del *ba*, *be*, *bi*, etc., y del *bla*, *ble*; ó *bra*, *bre*, á que tanta importancia se ha dado, y que han debido producir el hábito pernicioso de pagarse los discipulos de los sonidos en lo que leen ó aprenden, en vez de adquirir ideas; de ejercitar la memoria de palabras sin sentido para ellos, en vez de ejercitar la percepcion, la comprension y el juicio. En la lectura de palabras monosílabas de tres, cuatro ó cinco letras, encuentran los niños todas esas pronunciaciones que tanto y tan inútilmente han ocupado á algunos maestros.

SIMPATIAS. El hombre se interesa naturalmente por todo lo que sucede á sus semejantes y aun á los animales que tienen alguna relacion con él. Este interés se manifiesta muy pronto en el corazon de los niños. Cuando advertimos alegría ó tristeza en un ser dotado de la facultad de sentir, experimentamos el mismo sentimiento. Basta que una persona extraña se muestre benévola y buena para con nosotros, para sentir una viva emocion que nos dispone á proceder de la misma manera. El grado en que se manifiestan estos sentimientos depende del conjunto de la organizacion particular de cada uno. Por eso hay corazones mas ó menos sensibles que otros y la manifestacion del mismo sentimiento difiere también, segun los individuos. Unos lo guardan profundamente encerrado en su interior y otros lo manifiestan con palabras y aun con lágrimas. El desarrollo de la simpatía anuncia un carácter afectuoso y benévolo y revela buen corazon. Bajo este punto de vista la simpatía merece cultivarse con solícito y particular esmero. Es preciso, sin

embargo, mucho cuidado para no dar importancia á disposiciones que provienen en gran parte del temperamento, las cuales están muy lejos de ser verdaderamente morales y de probar en los jóvenes benevolencia hacia sus semejantes, y que puede tener gran fuerza, aun en la edad adulta, mientras que el verdadero sentimiento moral se manifiesta muy débil. Puede concebirse un joven capaz de acciones, en apariencia magnificas, heroicas, y que acaso lo sean; y que, sin embargo, apenas alberga en su alma el sentimiento de la justicia. Arrastrado y seducido por esos impulsos de simpatía, á que debe el concepto de hombre de buen corazón, puede entregarse á actos magnánimos, al propio tiempo que cometa la mas repugnante injusticia.

Estas disposiciones simpáticas pueden excitar en otros esa censurable sensibilidad que se diferencia de la delicadeza del sentimiento moral, ó de la verdadera sensibilidad, en que la fuerza del sentimiento no guarda proporcion con el objeto que lo excita. Cuando se advierte tan fatal aberracion, antes que sostenerse, debe reprimirse semejante irritabilidad, fortalecer el alma, y sobre todo, rectificar el juicio moral. Cuando, por el contrario, los sentimientos simpáticos son débiles, es preciso excitarlos. El amor produce el amor y ni la naturaleza mas grosera resiste siempre á su poder. Si todos los hombres fuesen tratados con amor durante su tierna infancia y su juventud, su carácter sería mas dulce y las naciones mas civilizadas.

Un sentimiento activo de lástima, una emocion viva, hasta por las cosas mas insignificantes, frecuentes lágrimas, particularmente en los niños y en los adolescentes, se toman por lo comun como indicios de buen corazón, y pueden serlo en efecto; mas sin embargo, son indicios muy engañosos, pues con frecuencia no anuncian otra cosa que debilidad. Hemos aconsejado que se combata la excesiva sensibilidad, á lo cual añadiremos que fortaleciendo un cuerpo enfermo, que acostumbrando al joven á dominarse á sí mismo y á soportar animosamente las contrariedades, pueden alcanzarse grandes resultados en esta lucha; pero téngase gran cuidado de no acostumbrar á los niños á espectáculos repugnantes, á malos tratamientos para con los hombres ó animales, á ejecuciones, á combates, con ánimo de endurecerlos. Los niños podrán ver á veces por curiosidad matar á los animales; pero no con el objeto de embotar su sensibilidad, porque podría enducirse su carácter y su corazón. Si en el curso de la vida se viesen precisados á asistir á escenas horribles, no necesitan para eso previo aprendizaje.

Contribuye en gran manera á regularizar los sentimientos simpáticos el observar con mucha sangre fria la accion ó el sentimiento de que el

discípulo se glorifica, como, por ejemplo, una viva compasion, un acceso de generosidad mal aplicada, etc. Mas adelanté, cuando lo permita la edad, es preciso investigar con los discípulos el verdadero valor moral de los hechos; que así aprenderán á vivir prevenidos contra el irreflexible efecto de las primeras impresiones.

(Extractado de *Niemeyer*.)

SIMULTANEO (Sistema). Clasificar los niños en secciones con arreglo á su instruccion y dirigirse en la enseñanza á varios á la vez, en lugar de hacerlo á uno solo, de modo que cada discípulo se aproveche de la instruccion que se da á sus compañeros, tal es el *sistema simultáneo*, que puede variar al infinito segun las localidades y el carácter del maestro.

En la enseñanza individual, mientras el profesor se ocupa en instruir á un niño, los demás están como abandonados á sí mismos.

Con el sistema simultáneo los discípulos están ocupados en todos los instantes, y aprovechan por mas tiempo las lecciones del maestro. Hay aplicacion, porque pudiendo disponer este de tiempo suficiente, distribuye el trabajo en proporcion á las fuerzas de cada uno, lo vigila y juzga de los resultados con oportunidad. De aqui el orden y la disciplina y los adelantamientos sin grandes esfuerzos.

La enseñanza simultánea ademas se acomoda á la naturaleza, carácter, posicion y destino de la mayoría de los alumnos de las escuelas, especialmente de las públicas. Mal educados, de modales toscos y groseros, faltos de la cultura que se adquiere con el trato de personas entendidas, habituados á la rutina, necesitan el atractivo de la imitacion y una enseñanza lenta y general, minuciosa en los detalles, variada en las repeticiones y sensible por las aplicaciones comunes y usuales. Los de mas talento dan impulso á todos, se establece una especie de vida comun en que los débiles se dejan arrastrar por los aventajados, los distraídos imitan á los estudiosos, y la masa general se conduce por el ejemplo de unos pocos, cuando el profesor sabe dirigirlos apoyando y sosteniendo el trabajo y la buena conducta.

Esta indisputable ventaja del sistema simultáneo es de grande importancia, especialmente en la educacion é instruccion de los niños acostumbrados á un régimen de vida duro y áspero, y que no han recibido educacion esmerada. Pero de aqui provienen inconvenientes de grave consecuencia, tanto mas, cuanto suelen mirarse con poca atencion. La marcha general es cómoda para el profesor, útil al parecer á los adelantamientos de los discípulos; no obstante, los resultados

son comunmente imaginarios por demasiada confianza, y á veces á pesar de todos los cuidados, porque el impulso del conjunto ahoga el trabajo y la voluntad individual. La direccion y enseñanza comun que no se aprópia en lo posible al carácter y disposiciones de todos, dificulta el estudio especial de cada uno, del cual proviene el desarrollo de la inteligencia y la voluntad, y hace obrar maquinalmente, como por instinto, sometiéndose á la influencia del mayor número. Cediendo al movimiento general, se adquiere instruccion que deslumbra á primera vista, pero que no es mas que artificial y aparente. La prueba está clara y manifiesta en muchos jóvenes que, habiendo sobresalido en los estudios y pasando por instruidos, se encuentran embarazados é irresolutos á cualquiera dificultad que se les ofrece en la vida. Y si esto pende en ocasiones del carácter, es efecto ordinario de poca aptitud, de haber adquirido la instruccion de una manera mecánica, sin ejercitar las propias fuerzas, por dejarse llevar del impulso comun impreso á la masa de los discípulos.

El maestro que comprende el fin á que deben encaminarse sus afanes y desvelos, necesita estar prevenido contra estos inconvenientes, que son muy graves, porque nada es capaz de reemplazar á la inteligencia en los negocios que se ofrecen á todas horas en la vida. Se exageran sin término ni mesura las ventajas del sistema simultáneo, rechazando los demas como absurdos, y no se advierte que con este régimen, como con los otros, los resultados no son á veces mas que exteriores. La simultaneidad excita la emulacion, poderoso estímulo para los niños y para los hombres, pero puede conducir tambien al abandono del individuo si se entrega al movimiento de la masa ó del conjunto. Para aprovecharse de las ventajas y evitar los males, cuando el maestro se dirija á varios niños á la vez ha de procurar, por medio de preguntas y observaciones particulares, excitar y promover la actividad individual, obligándoles á ejercitar sus propias fuerzas, á darse cuenta de lo que han aprendido, y á pensar y obrar por si mismos.

La enseñanza simultánea, aunque una misma en el fondo, admite notables y aun esenciales diferencias en la práctica, segun que las escuelas estén encomendadas á uno ó mas maestros. En las de los pueblos de escasos recursos y en todas las nuestras en que no es posible sostener mas que un solo maestro, este tiene á su cuidado sesenta, ciento y mas discípulos, reunidos todos en una sala, tanto los que se ocupan en los rudimentos de la lectura y escritura, como los que reciben las lecciones más elevadas de gramática y de cálculo, sin distincion de edades. En otros países y sobre todo en Alemania, las escuelas simultáneas

tienen tres, y aun seis maestros, uno para cada seccion, de modo que establecidas estas en salas independientes, vienen á constituir otras tantas escuelas. El maestro se dirige á toda la seccion, como si dijéramos, á toda la escuela á la vez, á no ser que se hagan subdivisiones en grupos para fomentar la emulacion, y de ese modo, tanto en un caso como en otro, la enseñanza es fácil; no se pierde tiempo y el maestro ejerce saludable influjo en la inteligencia y en el corazon de sus discipulos.

Claro es que la enseñanza simultánea aplicada en esta última forma es preferible á todas; pero á nadie puede ocultarse que es impracticable en los pueblos pobres y lo será por mucho tiempo desgraciadamente entre nosotros. En las escuelas encomendadas á un solo maestro es indispensable adoptar distinto método, seguir otros procedimientos, tener una actividad incalculable y una abnegacion á toda prueba. Allí un solo hombre rodeado de niños de diversa edad, ocupados en distintos ejercicios, está en la situacion mas penosa, y por mas que haga, por mas que se fatigue, obtendrá resultados satisfactorios en los ejercicios que pudiéramos llamar gráficos, en que todos los alumnos pueden ocuparse á un mismo tiempo; pero difícilmente los conseguirá en los estudios que requieren sostenida aplicacion de la inteligencia, como el cálculo y la gramática, ni tampoco en la educacion que, segun todos convienen, no puede atenderse como corresponde sin la comunicacion directa del maestro con los discipulos.

Por eso, tratándose de las ventajas de los diferentes sistemas de enseñanza, no dudamos nunca en dar la preferencia al simultáneo con un maestro para cada seccion; pero cuando la escuela no tiene mas que uno solo no es lo mismo. En tal caso, sin duda alguna, es preferible el mixto. Prescindiendo de este y comparando el simultáneo y el mútuo, por mas que se diga contra este, en parte con razon, y en parte por rutina, porque así lo quiere la moda, y por mas que parezca una heregia pedagógica en nuestros dias, no nos atrevemos ó decidimos de una manera absoluta por el simultáneo. Estamos persuadidos que la comunicacion directa del maestro de la escuela mútua con los instructores, estando las lecciones bien dirigidas, tanto en esta clase particular como en la general, es mas provechosa que la que el de la simultánea puede dedicar por breves instantes á cada uno de sus discipulos cuando pasan de treinta.

SISTEMAS DE ENSEÑANZA. Tratándose de la instruccion primaria no hay persona alguna, instruida ó ignorante, que no se considere

autorizada para dar su voto acerca de la suficiencia de los maestros, el régimen de las escuelas y los resultados de la enseñanza. Hasta los que nunca han sabido distinguir una letra de otra se atreven á calificar los progresos de los niños en los diferentes ramos de estudios, y repúntanse aptos para encargarse de su educacion los que no han logrado aprender sino la lectura y escritura á costa de grandes esfuerzos. Asi es que por mucho tiempo ha sido la profesion de maestro patrimonio exclusivo de los desgraciados de todas las clases, que sin estudios previos se han refugiado en las escuelas, cuando perseguidos por la fortuna se han visto privados de otro modo de subsistir, ó cuando les ha impedido de ejercer otra profesion algun defecto fisico. Pero siendo tan sencillos los conocimientos que abraza la instruccion elemental y tan fácil su adquisicion ¿en qué consiste que están en minoria las escuelas bien dirigidas y son una excepcion los buenos maestros? ¿En qué consiste que mientras un profesor de escasa instruccion obtiene adelantamientos en la enseñanza, otro mas instruido y de mejores disposiciones, á pesar de su celo, no alcanza á sostener el orden y la disciplina, y no hace mas que perder la salud y aturdir con sus gritos á los discípulos? ¿Puede depender esto de otra cosa sino del sistema empleado en el gobierno de la clase? Y en efecto, ¿de qué sirve á un maestro poseer la instruccion que ha de comunicar, cuando no sabe el arte de comunicarla?

Tanto en los estudios superiores como en instruccion primaria, dependen en gran parte los adelantamientos de los discípulos del método empleado por el profesor. El orden y la regularidad en la enseñanza y en el régimen de la clase valen mas que la instruccion del maestro, sobre todo en las escuelas de niños, porque el método es un guía que nos conduce por el mejor camino hácia el término á que aspiramos llegar y nos arrastra hácia él sin esfuerzos notables por nuestra parte. De aquí proviene el que haga mas progresos un maestro de pobre talento y escasos conocimientos auxiliado por un buen sistema aunque lo practique por rutina, que otro mas inteligente é instruido que carezca de esta aptitud especial. Y no se diga que el que sabe lo mas sabe lo menos, y que por consiguiente un *teólogo*, un *médico* y un *abogado*, que poseen una instruccion muy elevada, son aptos para enseñar á los niños, porque quizás su mayor instruccion los haga inhábiles para desempeñar este encargo, y cuando no, lo serán por falta de conocimientos especiales. Para dirigir una escuela con acierto es preciso conocer los niños, haber estudiado su modo de sentir y de comprender en los diversos periodos fisiológicos de la infancia. No puede auxiliarse con buen éxito el desarrollo de sus diversas facultades cuando no se saben las leyes

á que están sujetos, y su mayor ó menor actividad en unas y otras épocas. El que no se ha dedicado á tal estudio no ve á los niños mas que á través del prisma coloreado por la excesiva indulgencia ó la extremada severidad del padre ó del hermano, y no descubre por él sino un prodigio ó un tonto; en cuyas engañosas ilusiones no pueden fundarse los medios eficaces de educacion y de instruccion. Por eso en Suiza y en algunos estados de Alemania, donde muchos párrocos dirigen la enseñanza primaria, son examinados los eclesiásticos sobre el régimen y direccion de las escuelas al mismo tiempo que de las materias necesarias para recibir las sagradas órdenes. Mas volvamos á nuestro objeto, de que nos hemos separado por combatir la inveterada mania de rebajar la importancia de los maestros, á quienes todo el mundo se juzga capaz de sustituir en sus funciones.

En la enseñanza primaria es menester seguir un orden natural y lógico, acomodarse en todo á la instruccion y capacidad intelectual de los discípulos; entrar en minuciosos detalles en las explicaciones mientras la inteligencia se muestra perezosa y rebelde; excitar constantemente la accion del entendimiento, sostener la atencion haciendo agradable el estudio y cuidar mucho de que el niño piense por sí mismo en cuanto se halle á su alcance y comprension. Además es menester emplear para la enseñanza los medios prácticos que faciliten y hagan atractivo el estudio, sin que por ningun concepto sustituyan la accion intelectual. Lo primero constituye el método, que es el que señala el orden que ha de seguirse en la enunciacion de la verdad, ó el modo de presentar las ideas en cada ramo de enseñanza; y lo segundo se llama procedimiento que es el medio exterior y mecánico empleado en la aplicacion del método.

Quando son educados los niños aisladamente en sus casas ó en la del profesor, serán rápidos los progresos una vez que se empleen los métodos y procedimientos mas á propósito para su instruccion y el desarrollo de sus facultades mentales. Quando reunidos varios niños en una escuela han de instruirse á la vez, complicate la enseñanza, porque es preciso someter tantas voluntades distintas á una misma y única accion, distribuir el tiempo entre todos para que los adelantamientos sean proporcionales á la capacidad y aplicacion de cada uno, graduar los ejercicios de manera que una sucesion bien entendida introduzca la variedad, y que los unos sirvan de descanso al espíritu fatigado por los otros; en una palabra, es menester descubrir el medio de ocupar agradable y constantemente á los discípulos con provecho propio y sin grande trabajo para el maestro. Este es el objeto del sistema general de

enseñanza, que se aplica á la organizacion y direccion de las escuelas conforme á ciertas reglas y principios determinados.

El plan general de una escuela puede reducirse á tres formas distintas, y de consiguiente son tres únicamente los sistemas de enseñanza: enseñanza individual, enseñanza simultánea y enseñanza mútua. De su combinacion resulta el sistema mixto, variado de mil maneras, segun las combinaciones de que procede. No ofrece duda alguna que el sistema individual ha debido ser el primero en adoptarse, porque siendo el mas sencillo de los tres, requiere menos aptitud por parte del maestro, y sobre todo, porque antes que las escuelas, ha sido la enseñanza doméstica en la que solo tiene aplicacion este sistema. Para encontrar el origen del simultáneo seria preciso recurrir á las primeras escuelas de que no se conservan noticias en lo tocante á su régimen y gobierno. Atribuyen los franceses su invencion al canónigo Lasala, fundador del instituto de los hermanos de la doctrina cristiana, y no sabemos cuándo ha podido introducirse en nuestras escuelas, si bien era conocido en época muy anterior, como se infiere del libro publicado en 1696 por el hermano Lorenzo Ortiz, con el titulo de *El Maestro de escribir*. La invencion del sistema mútuo se ha disputado y se disputa mucho todavía. En Francia se ha practicado desde principios del siglo último, segun sus partidarios en aquella nacion, y antes fué recomendado por Rollin que á su vez tomó los principios de Quintiliano y S. Gerónimo. Acredítase por el libro citado del hermano Ortiz, que en el siglo diez y siete se practicaba en España, y no hay duda que se hallaba establecido en las escuelas de Aranjuez antes de 1780, en que D. José Anduaga publicó en su *Arte de escribir* su *Método de enseñar*, fundado en los principios de enseñanza mútua. Retrocediendo á los tiempos antiguos encontraremos que las escuelas mútuas existian en China mas de quinientos años antes de J. C., lo que no tendria nada de extraño, pues, como refiere Cantú, en tiempo de Confucio habia un colegio en cada capital y una escuela en cada pueblo. Sea de esto lo que quiera, no puede privarse á Bell y á Lancaster de haber metodizado la enseñanza mútua, organizando un sistema completo aplicable á las escuelas. Encargado Bell de la fundada en Egmores, cerca de Madrás, por la compañía inglesa, estableció el sistema en 1789 imitando algunas prácticas de las escuelas de la India. A su vuelta á Inglaterra lo publicó en 1797, y por el mismo tiempo, sin tener conocimiento de él, Lancaster que dirigia una escuela de pobres muy numerosa, habia concebido el suyo, conforme en los principios con el de Bell, y diferente en algunos detalles y puntos accesorios. Pero importa menos investigar el ori-

gen de los sistemas que estudiar su utilidad en la enseñanza para aplicarlos oportunamente.

Mucho se ha discutido acerca de la excelencia y de los inconvenientes de cada uno de estos sistemas, especialmente en lo que se refiere al simultáneo y mútuo. Con este motivo se han llevado las exageraciones hasta el extremo. Al decir de los partidarios de este último, una vez organizada la escuela con arreglo á sus principios, basta una máquina para dirigirla; y apuradas por sus enemigos todas las calificaciones para rebajar su mérito, le dan el absurdo epíteto de antireligioso, como si un sistema fuese una doctrina. Felizmente en la actualidad, han desaparecido en gran parte estas disputas, reduciéndose la cuestion á la mayor sencillez, es decir, á cuestion de números, que es el verdadero punto de vista bajo el que debe considerarse. Cuatro ó seis niños no pueden ser dirigidos sino por el sistema individual; creciendo este número es indispensable el simultáneo; y cede este el campo al mútuo en las escuelas de grande concurrencia.

Tiene de comun la enseñanza individual con la simultánea que en una y otra median relaciones directas é inmediatas entre el maestro, y los discípulos, y que las lecciones de una misma clase son sucesivas; mientras que en la enseñanza mútua las lecciones son simultáneas, y se interponen los instructores entre el maestro y los demas niños. Consiste la diferencia mas notable entre los dos primeros en que se dirige la accion y la palabra del maestro á cada uno de los niños de por sí, completamente separado de todos los demas, conforme al individual, y segun el simultáneo se dirige á varios discípulos reunidos en una misma seccion, los cuales escuchan las mismas explicaciones y se aprovechan de ellas.

La enseñanza individual permite adaptar las lecciones á la disposicion y capacidad especial del discípulo, acomodarse siempre á sus progresos, é interrogarle continuamente para reconocer y hacerle corregir sus faltas, medios los mas poderosos de instruccion y educacion. Por eso los demas sistemas producen tantos mejores resultados quanto mas se aproximan á la individualidad en la enseñanza. Con todo, el individual no puede considerarse como un sistema escolar y se ha desterrado de los establecimientos públicos, porque, aparte de otros motivos, no puede emplearse con fruto cuando pasan los discípulos de seis ú ocho, como lo demuestra un sencillo cálculo aritmético.

Con la enseñanza simultánea hay economia de tiempo y de trabajo, un solo maestro intruye hasta cuarenta y aun sesenta niños excitando entre ellos la emulacion, porque los progresos de los unos sirven de

ejemplo y de estímulo á los demás, en fin se obtienen las inapreciables ventajas de la enseñanza directa del maestro y de la asociacion de los discípulos, que estableciendo entre ellos una vida comun, hace influir los esfuerzos de cada uno en provecho de todos, y los de todos en provecho de cada uno. Consideráanse las secciones como otros tantos individuos, y de aqui se infiere que asi como es infructuosa la enseñanza individual, si exceden de cierto número los discípulos, de la misma manera lo será la simultánea, si se encuentran mas de cinco ó seis secciones, compuestas tambien de un número limitado de individuos.

Cuando una escuela es muy concurrida no puede ser dudosa la adopcion del sistema mútuo. Diríjense con él por un solo maestro trescientos, cuatrocientos y aun mas niños, sin que sea físicamente posible seguir otro sistema, asi como no es practicable el mútuo con menos de cien discípulos, porque no se encontrarían instructores adornados de los requisitos necesarios. La clasificacion de los niños puede acomodarse á su capacidad intelectual mejor que en el simultáneo; los medios de emulacion son mayores, la vigilancia constante y eficaz, y por grande que sea la concurrencia no hay confusion jamás, á no ser por inercia ó incapacidad del maestro. Pero es preciso reconocer que la enseñanza mútua, anulando la accion inmediata del maestro, no le permite atender al desarrollo de las facultades intelectuales y morales de los discípulos, sin lo que no hay educacion posible.

Estas indicaciones manifiestan que todos los sistemas tienen sus ventajas y sus inconvenientes; que el mejor será una combinacion que evitando los defectos de los unos se apropie lo bueno de los otros en cuanto ser pueda, y que, considerados como son en sí, es preferible á los otros dos el simultáneo, bien organizado y no pasando los alumnos de cierto número.

SOBERBIA. Los vicios y costumbres de los hombres, no solo acreditan haber degenerado del primer ser que les dió el Criador, sino que tienen alterado el mundo y en estado muy diferente de como Dios le crió. Si no hubiera pecado, no tendría lugar entre los hombres la discordia: no hubiera sido preciso para evitarla dividir y señalar los términos de las posesiones: no se verían pobres y ricos: no se atentaría contra el bien y la hacienda ajena, y de aqui contra la vida. No hubiera sido preciso juntarse los hombres en sociedades particulares para la comun defensa, y no se hubiera originado la desigualdad que resulta en el poder, en las honras, en las riquezas, y en las diferentes clases y condiciones. Es verdad que las diferentes naciones que pueblan el uni-

verso, los reinos y estados que las unen, la muchedumbre de ciudades y pueblos en donde viven los hombres, y sus diferentes condiciones y clases junto con las leyes que los rigen, son argumento que convence la bondad y sabiduría de Dios, que del mismo mal saca una multitud de bienes particulares, con que acredita su amor interminable para con el género humano.

Mas no obstante que todas estas cosas contribuyan al decoro, buen orden y utilidad del universo racional; no obstante que todas ellas participen la razon de bien, por el cual se han de rendir gracias á la divina Providencia, no dejan de ser un bien ocasionado, y respectivo al actual estado de las cosas. A este se dá lugar en falta del primero, y en cuanto de otra suerte, no podia subsistir la primera institucion del Criador; siendo los derechos y leyes que entonces impuso en el corazon del hombre los quicios eternos sobre que debe girar la vida racional. Pero la malicia de los hombres, que en trazas y arbitrios va de aumento, no solo tiene olvidadas las ideas que deben arreglar sus acciones, y le enseñan el grado de estimacion que debe poner en cada una de las cosas; sino que pasando adelante, saca nuevos males, nuevos daños y perjuicios de los segundos bienes. Asi de los estados y reinos que se introdujeron para mantener el buen orden y la tranquilidad pública en este mundo, saca muchas veces la tirania y comun desasosiego. La variedad de clases y condiciones, que deberian servir para la conservacion y aumento de los individuos, sirven con frecuencia á la destruccion de muchos de ellos. La distincion de heredades y términos, introducida para mantener la concordia de los ánimos, la rompe; y la abundancia que á unos se concede para beneficio de los otros, viene á ser la causa de que miserablemente perezcan.

Si examinamos el origen de estos desórdenes, hallaremos que nacen por lo comun, de atribuirse cada uno mas derecho del que le corresponde, ó de engañarse en la estimacion y aprecio que hace de las cosas. Porque, acostumbrados los ricos y poderosos á la abundancia de su niñez, y observando desde entonces que otros se les someten, les suplican, les lisongean, y se hallan en continua necesidad y trabajo; miran como debidos y connaturales á su persona los bienes, las honras y el poder; y juntamente creen que los otros deben estar sujetos á una vida triste y miserable. De aquí resulta, que se ensoberbecen, se engrienen, se hacen incorregibles, y miran á los demas con desprecio, y como hombres de distinta naturaleza. Por el contrario, los pobres en la realidad, ó en su aprension, observando la vida feliz, que á su parecer tienen los ricos y poderosos, y creyendo que esta se origina de la abundancia de las

cosas de este mundo, la envidian, y la procuran por cualesquiera medios, aun improporcionados é ilícitos. De este modo se desvian unos y otros de los respetos que debian unirles; y en vez de procurarse mutuamente la conservacion y aumento, llegan por sus pasos contados á aniquilarse y destruirse. Igual efecto á proporcion se experimenta entre los que son de diferentes reinos ó provincias, y aun tan solo de distintas profesiones. Porque la separacion y poco trato, sus diversos intereses, sus trajes diferentes, sus costumbres y ceremonias no usadas, son causa de que si no se miran con espanto y admiracion como lo hacen los niños y aldeanos poco cultos, por lo menos sean tratados unos de otros con estrañeza y recato.

En vista de esto, no puede dudarse que convendria mucho preservar al niño de estas preocupaciones, y fortalecerle contra ellas, y contra los vicios que de ellas se originan, acostumbrándole á ser un justo estimador de las cosas. El mejor medio para esto, es instruirle en aquellas verdades que nos representan su verdadero ser, y están generalmente olvidadas en la práctica, por la complicacion de respetos é intereses, y por la fuerza que en nosotros ejercen los sentidos. Una de ellas, y la que mas se debe inculcar á los hijos de padres ilustres, ó que se dedican á cargos distinguidos, es que los hombres naturalmente son todos iguales. Esto es, que un hombre por ser hombre, ni tiene mas dominio, ni mas libertad, ni mas poder, ni mayores riquezas que otro: que todos están sujetos á unas mismas pasiones, á todos sustenta una tierra, y les cubre un mismo cielo. No son menester muchas pruebas para convencer de estas verdades á aquel que poniéndose superior á las ideas actuales que le suministran los sentidos, reflexione un poco sobre la naturaleza de las cosas.

Las mismas se hallan expuestas con la mayor sencillez en la Sagrada escritura. Segun ella, ninguno tiene naturalmente dominio en cosa alguna. «San Pablo asegura (1): que no hemos traído á este mundo cosa alguna; y sin duda no la hemos de llevar. Job dijo con mucho verdad (2): desnudo sali del vientre de mi madre, y desnudo he de volver.» Y Salomon, despues de contar en el libro de la sabiduria, como él siendo rey era hombre mortal, de la misma especie que los demas hombres, pasa á referir en consecuencia de ello su concepcion y su nacimiento parecido á los demas, y sujeto á las mismas miserias; añadiendo que ninguno de los reyes ha tenido otro principio por su nacimiento; y concluye, que todos los hombres son iguales en el nacer y

(1) I. Timoth. c. 6 v. 8.

(2) Job. cap. I. v. II.

en el morir, ó que entran en este mundo y salen de él sin diferenciarse en ello (1). Es verdad, que habiendo Dios criado y conservando todas las cosas, y teniendo por consiguiente el dominio de todas ellas, podia conceder y concedió la tierra á los hijos de los hombres. Mas las palabras por las cuales el Criador concedió al hombre el dominio de las plantas y animales, y de todo cuanto la tierra produce, igualmente se dirigen al rey que al vasallo, al señor que al esclavo, y no dan mas derecho que el necesario para la respectiva conservacion. Estas denominaciones y los oficios, derechos y acciones que les corresponden, son posteriores al ser de hombres, y á la concesion referida del Criador; y se han introducido, no para perjudicar los derechos de la humanidad, sino para conservarlos.

Estas verdades repetidas frecuentemente á los niños, producirán en unos el efecto de preservarlos de la soberbia, y los demas vicios con que pretendemos sobrepujar injustamente á los demas, por la posesion de unas cosas que no nos corresponden por naturaleza, y de las cuales se nos puede privar sin agraviarla en cosa alguna. En otros que no abunden de conveniencias, hará que no se desanimen ni abatan, considerando que tienen un ser independiente y superior á todo humano establecimiento, que para ser justo debe comprender la conservacion de los demas y la suya propia. Y generalmente inclinarán á todos á mantener el ánimo en la debida moderacion; de modo, que ni le ensorberbezcan los bienes de este mundo, ni le abatan los males; antes bien sin afanarse por cosa alguna, se contenten con la comida y el vestido conforme al dicho del Apostol (2), con lo que se ocurre á todas nuestras verdaderas y urgentes necesidades.

(Rosell.)
SOCIAL (Educacion). Esta parte de la educacion tiene por objeto preparar los niños para que sean un dia miembros útiles de la sociedad, ciudadanos amigos del orden, sumisos á las leyes y amantes de la patria. En tanto que la conciencia nos impone estos deberes y los consagra la religion, la educacion social se confunde con la moral; pero aun hay algo mas que hacer. Son indispensables instrucciones particulares, asi como es indispensable formar hábitos y despertar, desarrollar y dirigir sentimientos.

Es demasiado mezquina la idea que vulgarmente se atribuye á la palabra *patriotismo*, porque no es solo verdadero patriota el que aman-

(1) Sapient. cap. 7.

(2) I. Tim. cap. 6.

do apasionadamente su país, se halla pronto á imponerse todo género de sacrificios por su prosperidad, gloria é independencia, sino tambien el que comprendiendo que el órden es la primera condicion de la libertad y de la felicidad pública, y que el órden supone sumision á las leyes, las observa religiosamente aun cuando contrarien sus intereses particulares, ó choquen con sus opiniones personales. Sócrates, rehusando sustraerse por medio de la fuga á una sentencia injusta, y llevando el respeto á las leyes de su país hasta el punto de morir por ellas, figura como mas eminente patriota, que cuando en el campo de batalla obtiene el premio concedido al valor.

El patriotismo de legalidad es mucho mas meritorio porque carece de brillo, y es tambien mas difícil. En predisponer los niños á ese patriotismo haciéndoles comprender su necesidad, consiste la educacion social. Hay muchas personas que por ignorancia consideran las contribuciones, particularmente las indirectas, como una carga onerosa, injusta é impuesta por la fuerza mas bien que por la necesidad, y procuran eludir su pago por todos los medios posibles, y es preciso ilustrar sobre este particular al pueblo en las escuelas, haciéndole comprender que la contribucion, inclusa la de sangre, es indispensable á la vida misma del Estado.

La probidad civil y política es infinitamente mas rara que la privada aun en las clases medias y superiores de la sociedad. La historia refiere que en otro tiempo los vecinos de algunas ciudades libres de Alemania tenian la facultad de imponerse ellos mismos la contribucion con arreglo á sus recursos, depositando sin mas testigos que su propia conciencia los donativos voluntarios en una caja pública, y añaden que generalmente el Estado reunia lo bastante para cubrir sus gastos con este sistema de recaudacion. En el dia nos hallamos á gran distancia de aquellas antiguas y sencillas costumbres. Defraudar al tesoro público, eludiendo en lo posible el pago de las contribuciones indirectas, se considera no solamente digno de perdon, sino como licito, y á veces hasta como plausible. El contrabando, la caza en vedado, el robo de leña y madera en los bosques, apenas pasan por delitos en concepto del pueblo. Sabido es por otra parte cómo se ejercen los derechos electorales en todos los grados. La educacion popular tiene una grave mision que desempeñar en esta parte, haciendo comprender á los futuros ciudadanos, que solo el cumplimiento de los nobles deberes que tal titulo les impone, puede hacerlos dignos de los preciosos derechos que nuestras instituciones y nuestras leyes les aseguran.

Despues de estudiar en compendio la historia nacional, deberia dar-

se en las escuelas de niños un conocimiento suficiente de esos derechos y de las instituciones en que se fundan, por cuyo medio la educación pública sería verdaderamente nacional. Aunque ofrezca grandes dificultades tal enseñanza y sea más conveniente omitirla del todo que el confiarla á manos inhábiles, esas dificultades no dispensan de un deber importante, á que puede atenderse sin peligro. Los rasgos de abnegación y las nobles acciones en que abunda nuestra historia, serían un excelente medio para alimentar en el corazón de la juventud el santo amor de la patria, á que todos los hombres se hallan naturalmente dispuestos; á lo cual pudiera añadirse la descripción animada de nuestro hermoso país, dotado por la naturaleza de cuanto constituye la verdadera riqueza de las naciones, libre de casi todas las calamidades, y que para ser enteramente feliz no necesita más que saberlo ser y conocer su felicidad.

Para inspirar el patriotismo á la juventud, para hacerle amar la nación y predisponerla á sacrificarse por ella en el día del peligro, no es necesario suscitar odio á los extranjeros; la educación debe ser nacional, sin dejar de ser humanitaria. La nación es bastante poderosa para buscar su fuerza en el odio á los demás pueblos y puede muy bien dejar desvanecerse antiguas prevenciones sin debilitarse. En los libros populares que pongamos en manos de los niños guardémonos de imitar el ejemplo de otros pueblos cuyo patriotismo se hace consistir principalmente en el horror á nuestro nombre. Si ocurre una guerra justa, nuestros soldados sabrán batir al enemigo, inspirados por el solo amor de la patria y el cumplimiento de su deber. A las rencorosas declamaciones del extranjero, opongamos las siguientes palabras de un ilustre escritor: «El patriotismo es el primer sentimiento, el primer deber por el cual la naturaleza liga al hombre fuertemente á su país con todos los vínculos de la familia y de la nacionalidad que no es más que la familia ampliada... ¿Por qué es bello el morir por la patria? Porque es morir por algo más que por sí mismo, por algo divino, por la duración, por la perpetuidad de esa familia inmortal que nos ha engendrado y á la cual lo debemos todo. Pero hay dos patriotismos: uno que lo constituyen todos los odios, todas las preocupaciones y todas las groseras antipatías que los pueblos embrutecidos por los gobiernos, interesados en desunirlos, alimentan en recíproco daño: ese patriotismo cuesta poco, basta ignorar, injuriar y aborrecer. Hay otro que amando ante todo á su patria, deja desbordar sus simpatías más allá de las razas, de los idiomas, de las fronteras, y que considera las nacionalidades diversas como unidades parciales de esa grande unidad general, de que los diversos pue-

bles son otros tantos radios, pero cuyo centro es la civilizacion: «este es el patriotismo de la religion, de los filósofos y de los mas eminentes hombres de Estado.» (Willm.)

SOCRATES. (*Historia de la educacion.*) Sócrates, célebre filósofo griego, nació en Atenas el año 470 antes de J. C. Ejerció como su padre la profesion de escultor, abandonándola luego para dedicarse á las ciencias. Tuvo muchos discípulos, dió ejemplo de virtud y mereció que el oráculo de Delfos le declarase el mas sábio de los hombres. Su rigidez y sus censuras, sin embargo, le acarrearón muchos enemigos; fué acusado de corromper á la juventud y de introducir nuevas divinidades, y por fin se le condenó, á pesar de su inocencia, á beber la cicuta. Sufrió la muerte con valor y resignacion admirable 400 años antes de Jesucristo.

Dominaban en este hombre extraordinario y digno de mejor suerte, un sentimiento religioso profundo y una moralidad á toda prueba. Puro, en medio de aquella nacion depravada, animado de nobles sentimientos, á pesar de la bajeza y la corrupcion de sus conciudadanos, *Sócrates* se propuso levantar un dique á la desmoralizacion general, producida en gran parte por la perversidad de los sofistas, y educar una generacion mejor, menos accesible á las influencias perniciosas del siglo, dedicándose á su obra con rara perseverancia y con resultados satisfactorios, los cuales hubieran sido mayores en tiempos mas favorables. Comprendia que su empresa era demasiado árdua, pero estaba persuadido, y así lo decia, que instruir á los demas era ocupacion divina, y nada era parte á hacerle desistir de su empeño. La celebridad del método de este sábio, ha llegado hasta nuestros dias, en que aun se sigue con provecho. Sus explicaciones, ya severas, ya irónicas y burlescas, eran siempre ingeniosas y naturales. Por eso sus diálogos populares interesaban á todo el mundo. Lejos de querer que su doctrina fuese un secreto, enseñaba con preferencia en las plazas públicas y en los sitios mas concurridos de Atenas y con el mayor desinterés. Los hombres instruidos, lo mismo que los ignorantes, le preferian á los sofistas, aunque estos lisonjearan las malas inclinaciones del populacho y enseñasen el arte de engañar á los demas, y en general, una moral mucho menos rígida.

Desde las costas del mar Negro, del Africa, de Grecia y de otros puntos, acudian discípulos á las lecciones de Sócrates, sin que nada les contuviera tratándose de oír á tan querido maestro. Antístenes, aunque viejo, andaba cada dia una legua por oírle y asistia á las lecciones con

Alcibiades, Xenofonte, Platon y otros, cuyos nombres han sido mas ó menos célebres.

La enseñanza versaba principalmente sobre la religion, la moral, ciertas verdades psicológicas importantes y las reglas de una conducta prudente y arreglada.

-SOCRÁTICO (Método). Entreteniéndose Sócrates con sus discípulos, que eran hombres de edad mas ó menos avanzada y que poseian cierta instrucción, no les decia, como tampoco se dice con el método catequético, lo que debian aprender y tener por verdadero; sino que por medio de preguntas bien calculadas los dirigia de manera que descubriesen por sí mismos la verdad y se viesen obligados á admitirla.

Aunque al primer aspecto se confunda el método socrático con el catequético, luego se comprende la diferencia entre uno y otro. Sócrates enseñaba á hombres hechos, á personas de cierto saber, de cierta experiencia, pero llenas de preocupaciones y de ideas erróneas, aunque por otra parte estuviere desarrollada su inteligencia en alto grado. Los maestros se limitan á instruir á los niños, cuya esfera intelectual es muy reducida, que apenas comienzan á reunir algunas sencillas ideas, á hacer algunas observaciones y que no tienen aun bastante aptitud para pensar y juzgar. Hay ademas entre estos dos métodos ó procedimientos otra diferencia que consiste en la gravedad de los asuntos de que trataba Sócrates con sus discípulos y la poca profundidad de las explicaciones que se dan á los niños.

Si á pesar de estas razones se insiste en que uno y otro son una misma cosa, añadiremos que el maestro que con el método socrático puede obtener en su escuela grandes resultados, no los obtendria con el catequético dirigiéndose á hombres instruidos y acostumbrados á pensar, á reflexionar y á expresarse con facilidad. Por otra parte, el que emplea el primer medio con facilidad, tiene poca aptitud para instruir á los niños de corta edad por medio del segundo.

El procedimiento socrático admite dos formas. La primera consiste en mostrar la verdad, ó en abstracto, ó por medio de narraciones, descomponiéndola en seguida en sus partes constitutivas para hacer comprender cada una de ellas de por sí y despues todas reunidas. La segunda se reduce á partir de lo mas simple, de lo mas conocido, elevándose gradualmente á la idea que se quiere desarrollar hasta formular la proposicion ó la verdad.

Para adoptar este método es preciso prepararse de manera que puedan aclararse las cosas ininteligibles para los niños y estar en dis-

posicion de contestar á las objeciones que puedan hacer los mas adelantados. No deben escribirse las preguntas, porque el maestro inteligente no lo necesita y el principiante se expondría á no saber contestar á una pregunta imprevista, perdiendo mucho con esto de su autoridad. Por lo demas es imposible preveer todas las contestaciones por mas que las preguntas sean acertadas y siempre será preciso separarse en algo de la leccion preparada. Lo que si es conveniente, tanto para el principiante como para el maestro experimentado, anotar las preguntas por medio de las cuales se propone dar á conocer los puntos principales. Esto no exige mucho tiempo sino al principio, y ademas, no se pierde ese tiempo ni para el maestro ni para los discípulos.

SORDO-MUDOS. Véase **MUDOS.**

SUBLIME (Sentimiento). Hay en la naturaleza física como en el orden moral, cosas cuya grandeza sobrepuja talmente todas las medidas, que nuestra alma, incapaz de abrazar su inmensidad, parece que cede al peso de una admiracion á la cual se agrega cierto matiz de tristeza y á veces de terror. Como el objeto se sustrae á nuestra concepcion y confunde nuestra inteligencia, el placer que nos hace experimentar va acompañado de cierto tinte de melancolía.

El Océano agitado por la tempestad, las montañas elevadas en medio de sombríos abismos, el volcan que vomita llamas, la bóveda celeste brillante, etc., dan al alma idea de un poder extraordinario y sin límites, único que ha podido crearlo todo. La emocion que sentimos al contemplar todo esto es grave y solemne, pero tiene un atractivo indecible. Diríase cuando se apodera de nosotros que el alma se agranda, sacude sus lazos de polvo y comienza á cernerse en espacios sin límites.

Entre los objetos sublimes se comprende la idea de Dios y de sus perfecciones; las que se refieren á un orden de cosas invisible y sobrenatural; la de la muerte; las de objetos que llevan el sello de una influencia sobrenatural y de un poder sobrehumano, las que hacen experimentar al alma sensaciones análogas á las que ha de experimentar en la vida futura, y en fin las acciones que suponen extraordinaria elevacion de alma. En los discursos y escritos se distingue lo sublime que depende de la grandeza del espíritu, de la elevacion del alma, de las imágenes.

El sentimiento de lo sublime rara vez se muestra en la infancia, ni en la primera juventud. Para ello se requiere concebir fuerzas superiores á la humanidad, y por consiguiente una extension de espíritu que

no se alcanza sino con la edad, y una cultura bastante adelantada. No esperemos, pues, de la niñez lo que no puede dar, que este sentimiento se desarrollará en tiempo oportuno cuando esté preparada el alma y se presente ocasion propicia. Cualquiera otra cosa seria violenta. Sigamos las indicaciones de la naturaleza, limitándonos por nuestra parte á secundarla.

Pero si debe evitarse cuidadosamente el desarrollo prematuro y poco proporcionado á la edad y á la inteligencia, es preciso aprovechar la oportunidad para elevar las ideas del niño y agrandar su horizonte. Cuando el niño tiene mas seguridad en sus apreciaciones, cuando se robustece el juicio y tiende el sentimiento á tomar mas vuelo, podrá hacersele conocer bellezas de género mas severo y mas grandioso. Bastará entonces una situacion notable, una palabra relacionada con las mas nobles aspiraciones del corazon, para desenvolver esas emociones profundas y poderosas que crean para el hombre un mundo nuevo. Lo que importa es discernir los momentos favorables y aprovecharse de ellos para dar un impulso decisivo.

Las grandes escenas de la naturaleza, son generalmente el medio mas favorable de preparar al jóven á las impresiones del género sublime. Los hechos de la vida ordinaria, aunque por lo general no nos ofrezcan rasgos sublimes, presentan á veces ejemplos que producen saludables emociones. A la vista de esas santas mujeres que renunciando á las dulzuras del techo doméstico y á los goces de la familia, para consagrarse en un hospital ó en un hospicio al alivio de los enfermos y á los cuidados de la caridad mas tierna y simpática, no permanecerá el niño indiferente ante este género de sublime. No sospechaba la posibilidad de tal abnegacion, y sin embargo, la ve realizada! ¡Cómo no ha de conmoverse su alma! ¿Quién no recordará espectáculos semejantes?

Los rasgos heróicos que nos refiere la historia, las obras maestras de literatura, la elevada poesia, desarrollan tambien el sentimiento de lo sublime. Pero estos medios empleados demasiado pronto ó con poca mesura, serian mas nocivos que útiles, produciendo una falsa elevacion y privando al alma de su ingenuidad y candidez.

Para apreciar con exactitud las bellezas sublimes de la poesia en particular, siendo la representacion ideal de la naturaleza y de la vida, se requiere cierta madurez, lo mismo que para no desnaturalizarlas queriendo imitarlas. Lo sublime se aproxima á lo gigantesco y á lo hinchado.

Los poetas de la escuela romántica sobre todo podrian producir este efecto. Los clásicos no concibiendo lo bello más que en la unidad, el

orden y la armonia, y no admitiendo sino rasgos determinados y precisos, no se exponen á crear en los espíritus esa excitacion desordenada que no respeta limite alguno. Los románticos, por el contrario, proponiéndose la representacion de la naturaleza en su inmensidad, su profundidad y su diversidad; con sus sombras y contornos indecisos, exponen el alma del jóven á seguir mal camino en esas regiones de lo vago é indefinido. No podrá conducirse en ellas sin haberse prevenido por medio de estudios severos contra las aberraciones y la falsa grandeza.

La lectura de los libros sagrados suministrará los mas preciosos elementos para el desarrollo de los sentimientos sublimes. Pero aqui tambien es preciso adoptar la conveniente progresion. El sublime del Génesis y de los Evangelios es mas fácil de apréciarse que el de Job y de los profetas. El jóven no puede abordar estos últimos libros sino bajo la direccion de un maestro ilustrado y piadoso; pero cuando tenga un guia inteligente ¿con qué enagenamiento no leerá esas páginas inspiradas, en las cuales el Espiritu Santo se sobrepone á cuanto la palabra humana ha podido producir de mas acabado? ¿Qué poesía mas elevada puede estudiarse que la de Esaias y la de los salmos? ¿Cuánto no sobrepaja su brillo y su magnificencia á cuanto contienen los poemas mas ponderados?

La Biblia es el libro sublime por excelencia, donde se han sustraído y de donde han sacado sus mas bellas páginas los poetas mas célebres. Meditando sobre este libro encontrará el jóven los gérmenes de todo lo que es bello, de todo lo que es grande, de todo lo que es digno de la eterna admiracion de los hombres.

El cántico compuesto por Moisés con motivo del paso del mar Rojo, nos presenta un magnífico ejemplo de las bellezas sublimes de los sagrados libros.

Helo aqui traducido por el P. Scio:

«Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido; al caballo y al cabalgador derribó el mar.

2. Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y para mi ha sido salud: este es mi Dios; y le glorificaré, el Dios de mi padre, y le ensaltaré.

3. El Señor, como varon guerrero, omnipotente su nombre.

4. Los carros de Pharaon y su ejército arrojó al mar: sus príncipes escogidos fueron sumergidos en el mar Bermejo.

5. Los abismos los cubrieron, descendieron al profundo como una piedra.

6. Tu diestra, oh Señor, ha sido engrandecida en fortaleza, tu diestra, oh Señor, hirió al enemigo.

7. Y con la multitud de tu gloria has derribado á tus adversarios: enviaste tu ira, que se los tragó como á una paja.

8. Y con el soplo de tu furor se amontonaron las aguas: paróse la ola corriente, amontonáronse los abismos en medio del mar.

9. Dijo el enemigo: Seguiré el alcancé, y alcanzaré, repetiré despojos, se hartará mi alma: desenvainaré mi espada, y los matará mi mano.

10. Sopló tu espíritu, y cubriólos la mar: fueron sumérgidos como plomo en aguas impetuosas.

11. ¿Quién semejante á ti entre los fuertes, Señor? ¿Quién semejante á ti, magnifico en santidad, terrible y loable; hacedor de maravillas?

12. Estendiste tu mano, y se los tragó la tierra.

13. Con tu misericordia fuiste el caudillo del pueblo que redimiste y lo llevaste con tu fortalezá á tu santa morada.

14. Subieron los pueblos; y airáronse: dolores ocuparon á los habitantes de Palestina.

15. Entonces fueron conturbados los príncipes de Edom, temblor se apoderó de los valientes de Moab: quedaron yertos todos los habitantes de Chanaan.

16. Caiga de rocío sobre ellos miedo y pavor por la grandeza de tu brazo: queden inmóbles como piedra, hasta que pase tu pueblo. Señor, hasta que pase este pueblo que poseiste.

17. Los introducirás, y los plantarás en el monte de tu heredad, firmísima morada tuya que has labrado, Señor, que afirmarón tus manos.

18. El Señor reinará eternamente y mas allá.

19. Porque Pharaon entró á caballo en la mar con sus carros y gente de á caballo: y el Señor revolvió sobre ellos las aguas del mar: mas los hijos de Israel anduvieron por lo seco en medio de él.

20. Y Maria profetisa, hermana de Aaron, tomó en su mano un pandero: y salieron todas las mujeres en pos de ella con panderos y danzas.

21. A las cuales entonaba diciendo: Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido; al caballo y al cabalgador derribó en el mar.»

SUEÑO. Locke sienta sobre el sueño preceptos muy sensatos que vamos á reproducir.

«Permitid á los niños, dice, que duerman cuanto quieran: en este

solo punto dejadles satisfacer por completo su deseo, porque no hay nada mas provechoso á su salud y desarrollo.

Acostumbradles sin embargo á madrugar. El que desde su infancia haya contraido este hábito, no perderá la mejor parte de su tiempo cuando sea hombre en dormir ó apoltronarse en el lecho. Para que los niños madruguen es menester habituarles á acostarse temprano.

Si digo que debe dejarse á los niños que duérmán cuanto quieran, es solo cuando son de muy corta edad. ¿En qué época ha de habituárseles á abreviar el sueño? ¿A la edad de siete años, de diez ó mas tarde? Esto no puede determinarse de una manera precisa. Es necesario tener en consideración su temperamento, sus fuerzas y el estado de su salud. En todo caso debe tener esto lugar de siete á catorce años. Se les reduce gradualmente á dormir ocho horas, lo que por punto general es bastante para un hombre de buena salud.

Es muy fácil disminuir las horas de sueño haciéndoles acostar mas tarde, lo cual es muy de su gusto, porque les complace pasar la noche con la familia. Pero cuidado que no se recuperen por la mañana del sueño que pierden por la noche, y hacedlos levantar constantemente á la hora ordinaria.

No despertarles nunca bruscamente, ni en voz demasiado elevada, ni haciendo algun ruido repentino en sus oidos, ni moviéndolos con violencia. Esto asusta á los niños y puede causarles mucho daño. ¿No experimentamos nosotros mismos una impresion desagradable si algun ruido inesperado nos arranca de repente de un sueño profundo?

Quando querais despertar á un niño, llamadle con voz dulce y movedle con cuidado; cuando se ha conseguido hacerle vestir, es seguro que está completamente despierto. Siempre se causa gran disgusto á un niño al interrumpir su sueño por mas que se haga con cuidado; ¿á qué, pues, aumentar su disgusto despertándole de una manera capaz de asustarle?»

Locke prefiere para los niños los colchones á los lechos de pluma. Nosotros diremos mas: diremos que nunca conviene acostar á los niños en camas de pluma, y que preferimos las de paja. Dejemos hablar al autor.

«El lecho duro fortifica los miembros, mientras que el blando donde se entierra uno cada noche en la pluma, funde y disuelve, por decirlo asi, el cuerpo, y causa ordinariamente una debilidad que es como la avanzada de una muerte prematura. No solo engendra el mal de piedra por el hábito de tener envueltos los riñones con demasiado calor, sino que las camas de pluma producen otros muchos males, y el que los

causa todos: una complexión delicada y valetudinaria. Por otra parte, el que está acostumbrado á dormir en su casa en cama dura, no perderá el sueño por falta de cama blanda y buena almohada durante sus viajes.» Locke quiere que la cama de los niños se haga de diversas maneras; ya con la cabeza mas alta, ya mas baja. Asi no sufrirán incomodidades por el menor cambio que experimenten mas tarde, porque no están destinados á dormir siempre en casa de sus padres, y á tener á su lado una madre ó una criada, para disponer bien las sábanas y cubrirlos con ellas.

El sueño, dice nuestro autor, es el mejor cordial que la naturaleza ha preparado al hombre, y seria este muy desgraciado si no supiese tomar este licor delicioso sino en la copa dorada de su madre y no en una taza de madera. El que puede dormir con sueño profundo traga este cordial, y no importa que esto sea en cama blanda ó en el duro suelo.

SUPERIORES (Escuelas). Cuando el maestro ha recorrido con el niño el programa de la enseñanza elemental, ha llegado á los límites de su dominio; pero allí principia otro nuevo, que es el de la enseñanza superior y de que puede posesionarse si su aptitud y la eleccion le llaman á ensanchar en esa escuela la enseñanza bosquejada en la elemental. Mas de un maestro, movido por el sentimiento de las necesidades de la localidad, cediendo á los deseos de los padres de familia y obedeciendo al reglamento, ha salvado la línea casi imperceptible que le separaba de un campo tan inmediato al que se habia dedicado á cultivar, y conduciendo sus discípulos á las partes de las ciencias mas relacionadas con las que ya conocian, ha hecho con ellos afortunadas excursiones, dándoles sobre las mismas una instruccion mas sólida y variada. De esta manera la enseñanza superior pasa en parte al dominio de los maestros elementales para enriquecer la que les está encomendada. Por eso deber nuestro es examinar los que prescribe esta enseñanza especial tanto á los que amplian la elemental, como á los que se dedican exclusivamente á la superior.

Prescindiremos de los deberes generales que obligan á todos los maestros cualquiera que sea el orden jerárquico en que la suerte les haya asignado su puesto, porque si la exactitud, la dulzura, la firmeza, la paciencia y la buena conducta són una ley impuesta á todos, es indispensable renunciar á la enseñanza cuando no se siente vocacion al profesorado, y hablaremos solo de las obligaciones que impone la nueva posicion que se eleva ó se modifica.

La enseñanza superior se diferencia de la elemental por su objeto y por los niños que la reciben: el programa de la una toma el de la otra, extendiéndolo, ensanchándolo, dando mayor desarrollo á las materias que comprende, é introduciendo otras nuevas. Por eso la enseñanza superior, si ha de dar fruto, exige en el maestro saber mas profundo, y en el discípulo razon mas madura é inteligencia mas expedita y mejor preparada. No siendo mas que el complemento de la enseñanza elemental, preciso es que el niño esté instruido en esta antes de recibir la superior, y á no aproximarse á los doce años de edad, ó no tener por lo ménos privilegiadas disposiciones, para las cuales no pueden trazarse reglas, es de temer que sea mas el daño que el provecho que saque de esta enseñanza. Los niños de menor edad, son un estorvo; porque siendo necesario enseñarles los elementos, la escuela superior no vendria á ser mas que una duplicacion de la elemental, cuyas fuerzas habria extenuado, sin adquirir por su parte nuevo vigor, gastando en los rudimentos de su enseñanza el tiempo que debe exclusivamente destinar al perfeccionamiento.

Esto exige tambien necesariamente la separacion de los sexos; porque á los doce ó quince años los niños de distinto sexo no pueden estar reunidos sin peligro en una misma localidad, pues por grande que fuese la vigilancia del maestro, las pasiones hallarian medios de burlarla. Por lo demas ese inconveniente por grave que sea, no es de temer, pues los pueblos que son bastante importantes y bastante ricos para proporcionar á un mismo tiempo la enseñanza elemental y la superior, lo son tambien con mayor motivo para asignar una escuela á cada sexo.

En estas escuelas no basta un solo maestro, pues siendo mas sustancial y variada la enseñanza que en las elementales, exige mas tiempo y mas aptitud. En caso necesario un mismo hombre podria hacerlo; pero le faltarian fuerzas para llevar al mismo nivel todas las divisiones de la clase; ademas para que marchasen á la par todos los discípulos, seria preciso una clasificacion mas uniforme de sus facultades, de que resultaria necesariamente la reduccion del número de secciones, y como consecuencia precisa seria indispensable un maestro para cada una de ellas. Por otra parte la instruccion es tan elevada en la enseñanza superior, influye tanto en ella el raciocinio y es tan necesario ilustrar y juzgar los ejercicios, que nada puede transmitirse del maestro al niño por mediacion del niño, y no puede adoptarse otro sistema que el simultáneo. En efecto, solo el maestro puede corregir los defectos de expresion en la lectura, y enseñar cómo ha de acentuarse; despues de la cor-

reccion gramatical hay en la redaccion delicados detalles en las reglas del estilo, como en la propiedad de la expresion, acerca de los cuales dará á los discipulos excelentes consejos el buen gusto de un guia inteligente, que la inexperiencia de un instructor no les hará observar. Preciso es pues para que la enseñanza superior marche con paso firme y seguro, que cada seccion avance guiada por un maestro particular, en cuyo caso aun cuando el instructor estuviera en disposicion de suplirlo, seria inútil por la razon de que hallándose el maestro constantemente al frente de sus discipulos, no necesitaria de su auxilio.

Esta enseñanza abraza materias peculiares suyas y otras que corresponden tambien á la enseñanza elemental. Acepta estas últimas como una preparacion sin la cual no le es licito emprender cosa alguna, y las conserva para darles todo el desarrollo que reclama una educacion mas esmerada y estudios seguidos con mas perseverancia y aplicacion. ¿No salva aqui la enseñanza elemental por sí misma, prosiguiendo su marcha y casi sin echarlo de ver, el límite ideal que la separa de la superior? Si no marchara asi, la necesidad del progreso la arrebataria, á pesar de todo. ¿Dónde si no podrá detenerse el maestro elemental en la enseñanza de la gramática, de la geografia y de la historia? La inteligencia del discipulo, mas bien que las prescripciones reglamentarias indica la barrera que conforme á la naturaleza no debe traspasar. Cuando el discipulo sabe la teoria de las cuatro reglas fundamentales de la aritmética, y las aplica con facilidad á los números enteros y á las fracciones decimales ¿se le prohibirá que pase á las fracciones comunes y á los números complejos? ¿Cuando está familiarizado con las proporciones, y las reglas de interés y de cambio las ejecuta jugando, se dudará en iniciarlo en los procedimientos tan complicados y tan lógicos de la extraccion de raices cuadradas y raices cúbicas, y permitiendo la ley enseñarle á medir su campo, podia prohibir que al que trata en maderas se le instruyese en el modo de cuadrar un tronco de encina, ó que se diese idea exacta de una excavacion al que trafica en tierras? Los encargados de interpretar la ley porque vigilan diariamente su cumplimiento, dirán acaso que no; pero lo único temible es el caer en el extremo opuesto, y no conseguir el objeto á fuerza de retroceder. El maestro ante todo recibirá las órdenes de la autoridad y las cumplirá fielmente; y despues no enseñará sino lo que sepa perfectamente; marchará hasta donde alcance, deteniéndose cuando la prudencia le enseñe que no debe pasar adelante; no extenderá la instruccion elemental de manera que entorpezca la marcha, ni comprometa los progresos de la escuela: antes de adelantar á unos discipulos mas que otros, cuidará

de que todos reciban la instruccion elemental que tienen derecho á exigirle: la ampliacion que le dé para algunos, no ha de consistir en nuevos estudios extraños y superiores al programa, sino en una forma mas elevada que la ordinaria, insuficiente ya para el discípulo, el cual sin esto ó no haria nada ó repetiria inútilmente lo que ya sabia. Además para que esta enseñanza pueda tener lugar no es preciso alterar el reglamento, ni la distribucion del tiempo, ni la clasificacion en secciones. La clase particular de los instructores en la escuela mútua y algunos minutos mas de tarea en la simultánea, ofrece ocasion de dar la nueva enseñanza á las secciones mas adelantadas. En esos prudentes limites, y con las precauciones convenientes, esta enseñanza mas bien que peligrosa será un beneficio, y la ingeniosa combinacion que la introduzca en las escuelas elementales la llevará hasta las aldeas.

Mas no todas las materias de la enseñanza elemental son susceptibles de semejante ampliacion: una forma de letra trazada con soltura, que agrada á la vista y se lee con claridad, nada tiene que envidiar á la caligrafia, ni necesita mas que perfeccionarse con la práctica. La instruccion religiosa sigue su curso, mas bien concentrándose en sí misma que profundizando con nuevas investigaciones, y su progreso consiste menos en extenderse, y en acercarse á la contraversia, que en marchar con la edad y en arraigarse en el niño.

La enseñanza superior recorre con menos reserva el campo que la ley le señala; el círculo de sus estudios abraza ese horizonte lejano que sus miradas vislumbraban apenas desde el punto en que ha dejado la enseñanza elemental detras de sí. No se estudia ya superficialmente el idioma; se penetra en todas las sinuosidades de la sintáxis; al análisis gramatical sigue el análisis lógico, y la redaccion, tomando vuelo se remota á las regiones mas elevadas y se transforma en ejercicios literarios. No basta ya evitar la incorreccion; es preciso aspirar á la pureza y elegancia del estilo, estudiando ya el modo de disponer hábilmente las ideas, y de emplear prudentemente las galas del lenguaje; no basta ya que sea tolerable, sino que ya que no aspire á persuadir debe por lo menos agradar. El discípulo, mas instruido, se alimenta con el estudio de los buenos modelos; purifica su gusto con la critica, y se inicia con la lectura razonada de un corto número de nuestros clásicos, en algunos de los secretos de la composicion. En la escuela superior es en donde han de formarse el contra-maestre, el geómetra, el empresario, el inspector de obras públicas y el administrador de la capital del distrito, siendo el arte de escribir para todos estos cargos un accesorio indispensable de su especialidad, sin el cual, por sólida que esta fuese, pasaría acaso descono-

cida: ¿Qué fruto podrá sacarse de un proyecto, si por medio de un plan metódicamente redactado no se ponen hábilmente de relieve sus ventajas haciéndolas resaltar sobre las de los demas que entran en competencia? Prometerá una empresa resultados positivos, pero nadie se asociará á ella, si la exposicion de los recursos no satisface á todas las exigencias, y no contesta anticipadamente á todas las objeciones, si no explica con claridad el uso que ha de hacerse de los recursos que sea preciso proporcionar. Para dirigir los asuntos municipales, suplir á los magistrados y reemplazarlos en las instrucciones judiciales, es indispensable saber informar á la autoridad con claridad y mesura, de manera que la prevenga en favor de nuestra inteligencia y discrecion, y demostrar que el cargo público que se encomienda á nuestro talento no desmerecerá en nuestras manos.

No cuidará menos el director de la escuela superior de la historia y la geografia. Como en la escuela elemental marchan de frente estas enseñanzas auxiliándose é ilustrándose recíprocamente, deben marchar tambien en la superior penetrando mas en los elementos y añadiendo ampliaciones que disminuyan su aridez, y detalles que quedándose impresos en el ánimo los hagan mas atractivos y útiles. No se contentará ya el discípulo con divisiones generales del globo y con las denominaciones mas usuales de la ciencia, sino que estudiará cuidadosamente la cosmografía, para comprender el sistema del universo y el manejo de la esfera. La geografia antigua alternará con la historia de la antigüedad, comparándola luego con la moderna al llegar al estudio de la edad media y entrar en el de nuestra era, á cuya historia debe dedicarse todavia mas tiempo. La historia nacional ocupará el primer lugar en los nuevos estudios no limitándose á las fechas, á los principales sucesos y personajes que han dominado los siglos ni á ejercitar la memoria en el campo de la árida cronología y la desagradable nomenclatura; sino animando la leccion con narraciones interesantes que artísticamente dispuestas seduzcan el ánimo estimulando la curiosidad, concurran á la instruccion literaria, haciendo sentir al discípulo el influjo de los modelos y habituen el corazon á los nobles sentimientos robusteciendo la moral de la enseñanza con los ejemplos. Por modestos que sean los destinos á que preparan estas escuelas, los que han de desempeñarlos aprenderán en la historia saludables lecciones de que podrán sacar gran provecho, infundiéndoles el deseo de servir generosamente al pueblo donde residen, como otros en mas vasta escena han servido á su pais. Las virtudes de un grande hombre aun al traves de los siglos pueden suscitar las de un simple ciudadano.

Nos quejamos de la relajacion de costumbres, de los progresos del egoismo y de la falta de abnegacion, y en ese gran peligro recurrimos al maestro para conjurar los males que amenazan en el porvenir. Le confiamos nuestros hijos y le imponemos la ley de infundir en su corazon el amor de la patria y la abnegacion del ciudadano. No renuncie, pues, á tal enseñanza. Y para que no sea estéril, robustézcala y ánimela con los ejemplos, de modo que los nombres venerados que recuerdan nobles hechos autoricen sus lecciones.

A la moral que enseña al hombre sus deberes para con la humanidad, es preciso agregar las nociones de derecho público que nos dan á conocer los que lo ligan á su patria: nunca es demasiado pronto para enseñar que el primero de todos esos deberes es la obediencia á las leyes, bajo cuya proteccion vivimos; nada mas respetable ni mas santo que los derechos que constituyen la existencia política de cada uno de nosotros. No pretendemos sin duda alguna que el uso inmoderado conduzca al abuso, ó la inexperiencia al abandono, y por lo mismo no dejemos á la eventualidad de los intereses y de las pasiones una parte tan importante de nuestra educacion. ¡Ah! Si el hombre que se forma en la escuela ha de concurrir algun dia á la eleccion de los consejeros y empleados municipales y de los diputados de la provincia ó del reino, si esa eleccion puede recaer en él mismo, y establecer íntima union entre la confianza pública y su patriotismo, enséñesele á que cuando se aproxime á la urna á depositar su voto, no escriba su mano sino el nombre del mas digno, y que si á su vez llega á ser el elegido por sus conciudadanos y la autoridad, no debe desde entonces tener mas guía que su conciencia, ni ver mas que hermanos en sus adversarios y partidarios, ni hacer prevalecer su interés personal sobre el de su distrito ó provincia: hágasele en fin comprender que el primero de sus deberes y la mas bella de sus prerogativas consisten en ser el apoyo del débil y el defensor de la justicia.

En la enseñanza superior las materias se enlazan como en la elemental, de manera que las mas útiles vienen á hacerse inseparables de las que al parecer no son mas que de puro adorno: el canto por su influencia en las pasiones, morigerándolas ó subordinándolas, auxilia á la moral y está en relacion con las ciencias exactas por sus elementos y por las leyes de composicion; el dibujo lineal apenas se distingue del de adorno; y asi como la ciencia les suministra procedimientos, uno y otro se aplican á su servicio con el auxilio que prestan á las artes, pues ni el matemático puede ilustrar un teorema con una figura geométrica, sin acudir á la pluma para trazarlo, ni el geómetra podria medir el mas

reducido terreno sin que el pincel y el lapiz le dieran medios de levantar el plano. Tales materias deberán por consiguiente enseñarse con método, estudiarse con esmero y profundizarse hasta el punto que la práctica de los oficios ó profesiones lo exija.

Pero la aritmética, la geometría, la medicion de terrenos, y aun el álgebra y las nociones extensas de física, química é historia natural, deben ser los estudios principales. El maestro que comprende toda su importancia, las enseñará con solidez y fundamento, no presentando sus resultados al discípulo como axiomas que deben aceptarse sin examen, sino haciendo intervenir el raciocinio analítico, sustituyéndole á la fórmula muda y sintética, demostrando las proposiciones, descendiendo á todos sus corolarios y deducciones. Las ciencias naturales, lo mismo que las matemáticas, despues de la abstraccion se llevarán á la aplicacion, de manera que las unas ilustren la agricultura y determinadas profesiones con sus preciosas enseñanzas, y las otras preparen por medio de ingeniosos procedimientos el estudio de las artes y los oficios que dan á los objetos que fabrican formas susceptibles de regularidad y precision y que se sirven del peso, del metro y del compás, ó cuya práctica estriba en las leyes de la gravedad y del movimiento. Esto es una introduccion á la tecnología, á la enseñanza industrial, y la preparacion será completa si se añade la teneduría de libros al propio tiempo que algunas lecciones sobre la redaccion de los escritos mas usuales en el comercio ó en las relaciones comunes de la vida. La enseñanza superior habrá llenado su objeto si al concluir la el discípulo, hallándose, por decirlo asi, en su elemento, se entrega al estudio de una profesion con aquella inteligencia, facilidad y buen resultado que son patrimonio del hombre que raciocina sobre todo lo que hace, y si para escoger los procedimientos tiene medios mejores que los datos empiricos de la rutina. Para tal discípulo una escuela de artes ú oficios, ó un instituto agrícola, no es mas que la continuacion de su camino, cambiar de clase y pasar de la teoría á la práctica sin que haya para él mas distancia de una á otra que el espesor de un tabique. Hé aquí como en nuestros dias se organizan la enseñanza superior y la enseñanza tecnológica tan estrechamente unidas por los elementos de que se componen y por los servicios que prestan á las clases trabajadoras de la sociedad.

(Salmon.)

TEATRO. Véase ESPECTÁCULO.

T Pero la aritmética, la geometría, la medición de terrenos, y aun el álgebra y las nociones extensas de física, química é historia natural, deben ser los estudios principales. El maestro que comprende toda su importancia, las enseña con solidez y fundamento, no presentando sus

TACTO (Sentido del). El sentido del tacto puede considerarse en cierto modo como el sentido general, porque á él pueden referirse todas las impresiones: las percepciones del gusto, del olfato, de la vista y aun la del oído, no son otra cosa que modificaciones de la del tacto. Toda la superficie del cuerpo sirve de órgano á este sentido; y por este motivo, sin que intervenga nuestra voluntad, adquirimos idea de la temperatura relativa, de la sequedad ó de la humedad, de la pesantez, de la forma y de las dimensiones, de la consistencia y aun de la figura y movimiento de los objetos puestos en contacto casualmente con un punto cualquiera de la piel; pero el órgano principal del tacto reside en las manos. Dificil es imaginar el grado de finura que puede hacerse adquirir á este sentido, tan precioso por las ideas que nos suministra y los servicios que nos presta. Por un ejercicio frecuente y atento, por la educación práctica de este sentido llegan á adquirir la perfección que les es necesaria algunos trabajadores y artistas. Bien conocida es la maravillosa habilidad de los ciegos en la ejecución de sus obras, en sus juegos y en todos sus ejercicios táctiles, adquirida por la educación.

El aseo de las manos, que se vigila con esmero en nuestras escuelas, es el único medio que puede emplearse con los niños para conservar á la piel del órgano esencial del tacto la frescura y la sensibilidad necesarias para desempeñar bien sus funciones.

El sentido del tacto, como los demás sentidos, es susceptible de simpatías y antipatías; cuya causa no se descubre fácilmente; que una perseverante voluntad puede vencer algunas veces, pero que no puede destruir de un golpe sin peligro.

Primera série de ejercicios. Enseñar por medio de la demostración que todas las partes del cuerpo, esceptuando las uñas y el pelo, son susceptibles de recibir impresiones de los cuerpos exteriores; que estas impresiones se refieren al estado, temperatura, consistencia, dimensiones, forma de los cuerpos; y que las manos, á causa de su forma especial, son los órganos mas á propósito para apreciar algunas de estas propiedades.

Segunda série de ejercicios. Comprobar el estado de los cuerpos sólidos, como los minerales, metales, madera, etc.; el de los líquidos, como el agua, vino, etc.; el de los gaseosos, como el aire, etc.

Tercera série de ejercicios. Reconocer ciertas propiedades generales de los cuerpos, como su temperatura, relativa comparándola con la de la mano; su extensión, comparándola á alguna medida lineal conocida; su forma, comparándola con la de los cuerpos geométricos, á la que todos los objetos comunes pueden referirse con mas ó menos precision; su consistencia, comparándola con la de los cuerpos sólidos, líquidos y gaseosos; el estado de su superficie áspera ó tersa; su estado higrométrico ó su humedad; su divisibilidad cuando pueden ser partidos ó divididos con la mano; su porosidad, como por ejemplo, la esponja y el azúcar; su comprensibilidad, como la esponja y el pan; su elasticidad, como la goma elástica y el muelle de un reloj; su gravedad, apreciándola por el esfuerzo que tiene que hacer la mano para sostenerlos.

Cuarta série de ejercicios. Reconocer, contándolos, el número de objetos colocados uno junto á otro; por ejemplo: los dedos, las bolas del tablero contador, etc. Indicar las relaciones de los cuerpos entre sí.

Quinta série de ejercicios. Reconocer la naturaleza de los cuerpos, es decir, si pertenecen al reino mineral, al animal ó al vegetal. Ejemplos: ejercicios con los metales, piedras, madera, sustancias y tejidos diferentes.

Sexta série de ejercicios. Ejercicios geográficos con mapas de relieve, bien impresos, bien trazados con hilos de latón, etc.

Sétima série de ejercicios. Reconocer las figuras geométricas impresas en relieve.

Octava série de ejercicios. Reconocer objetos de relieve en cartón.

Novena série de ejercicios. Ejercicios de lectura con caracteres de imprenta en madera ó metal, en relieve ó en hueco. Leer por medio del tacto libros impresos en relieve.

Décima série de ejercicios. Componer palabras y frases con caracteres de relieve ó en hueco.

Undécima série de ejercicios. Ejercicios de cálculo con guarismos de relieve ó en hueco.

Duodécima série de ejercicios. Leer y componer música con carácter de relieve ó en hueco.

TEATRO. Véase ESPECTÁCULOS.

TEMPERAMENTO SANGUINO. Debe considerarse como sanguinol el niño de regular robustez, de tez menos blanca que la generalidad, de ojos morenos ó azules, de cabellos castaños ó negros, de labios y mejillas encarnadas, de fisonomía animada, de coyunturas pequeñas, de vientre, cabeza y pecho bien proporcionados y de predisposición á arrojar sangre por las narices.

El niño sanguino posee cierta energía vital poco comun y tiene mas predisposicion que los otros á las inflamaciones y congestiones, y para evitarlo la nodriza debe sujetarse á un régimen poco succulento, alimentándose en la mayor parte de verduras, y mas adelante no debe darse al niño otra bebida que agua. El frio moderado y el aire libre le serán muy favorables, así como convendrá acostumbrarle pronto á las variaciones de temperatura, porque criándole muellemente estaria expuesto en edad mas avanzada á pleuresias, fluxiones de pecho y reumas frecuentes.

Los vestidos deben ser siempre anchos y ligeros, porque la actividad de la circulacion será para él origen suficiente de calor.

Tambien le convienen los baños tibios y la natacion, pero este último ejercicio por poco tiempo, suspendiéndolo al fatigarse. Los frios le serian perjudiciales.

El niño sanguino es vivo, inconstante, bueno y generoso; sus pasiones violentas, mas pasajeras. Una buena educacion logrará desenvolver las buenas disposiciones y combatir su cólera y los defectos que provienen mas bien de su complexion que de su corazon.

Tiene, por lo comun, mucha facilidad para el estudio, y acaso sea preciso entibiar su ardimiento, para que un trabajo demasiado asiduo no le exponga á congestiones cerebrales.

El temperamento sanguino es sin embargo raro en la infancia y comunmente no se manifiesta sino despues de la pubertad.

(Sovet.)

TEMPERAMENTOS. Establecido este grande fundamento que hemos dicho, si notais que el respeto que habeis inspirado á vuestro hijo principia á producir su efecto, lo primero en que debeis ocuparos cuidadosamente, es en examinar la naturaleza de su temperamento y en aplicaros con el mayor esmero á corregirle desde luego. Bien lejos de dar lugar á que se arraiguen estos vicios, debeis sofocarlos en el instante mismo en que llegueis á descubrirlos. Acordaos de establecer vuestra autoridad sobre vuestro hijo, inmediatamente que manifieste tener algun

rayo de conocimiento, para que obrando sobre él de esta suerte, como un principio natural é innato, no pueda penetrar su origen. Grabado en su alma desde luego el respeto que debe teneros, le será siempre sagrado, y obecerá todas sus leyes sin violencia, como si fuesen otros tantos principios naturales.

Luego que hayais establecido vuestra autoridad de esta suerte, y que por el uso moderado que hayais hecho de ella, le hayais inspirado vergüenza por todo lo que sea capaz de producir malos hábitos; luego, digo, que hayais llevado las cosas á este punto, conviene examinar, como he dicho, cuáles son las inclinaciones de su temperamento, y á qué cosas le conduce la disposicion particular de su espíritu. Hay hombres que por una consecuencia necesaria de su constitucion son intrépidos ó cobardes, disolutos ó modestos, vivos ó lentos, exactos ó negligentes, dóciles ú obstinados; en una palabra, así como los hombres se distinguen en las facciones de los rostros y en la forma exterior de sus cuerpos, así tambien se distinguen en las cualidades particulares de su espíritu. Hay una sola diferencia entre ambas cosas; y es, que la distincion de las facciones del rostro, y de la disposicion particular de los cuerpos, se percibe mas sensiblemente con los años, al paso que el estado particular del alma se conoce mejor cuanto son mas tiernos; porque entonces no han aprendido todavía el arte de ocultar sus defectos y de cubrir sus malas inclinaciones bajo la sombra de falsas apariencias.

Principiad, pues, desde luego á observar con cuidado el temperamento de vuestro hijo cuando esté mas á su libertad, examinando cuáles son sus inclinaciones y pasiones dominantes; si es violento ó moderado, pusilánime ó atrevido, cruel ó compasivo, franco ó reservado, etc.; y segun estas diferentes cualidades le dominen, educadle de una manera diversa y tomad medidas particulares para que vuestra autoridad obre tambien sobre él diversamente. Mas todas estas inclinaciones naturales, que son efecto de su temperamento, y con especialidad aquellas que provienen de debilidad ó bajeza de alma, no deben ser reprimidas por preceptos ni por una oposicion directa, sino por los otros medios que antes hemos indicado; y aunque con destreza se pueda enmendar casi todo lo que tengan de vicioso y dirigirlas á mejores fines, estad seguros sin embargo, que despues de haber empleado todos los arbitrios posibles para rectificar estas primeras pasiones, la inclinacion las hará caminar siempre hácia el lado á que la naturaleza las determinó desde luego; de forma, que si desde los primeros años de su vida observais exactamente el carácter del espíritu de vuestro hijo, podreis juzgar en lo sucesivo hácia qué parte dirige sus pensamientos y cuáles son sus fines, aunque cuando

llegue á grande procure ocultar sus designios y emplee diferentes medios para disfrazarlos.

(Locke.)

TEMOR. Véase VALOR.

TERQUEDAD. La terquedad, la cual tiene muchos puntos de contacto con la dureza, les un defecto bastante comun en los niños.

Ser terco consiste en ser apegado á su opinion, verdadera ó falsa, buena ó mala, sin ceder á los consejos de la razon ni de la experiencia.

Si la obstinacion no es mas que accidental y no proviene del carácter, basta para vencerla alguna firmeza acompañada de palabras afectuosas.

Cuando el niño piensa que lo que se exige de él no es razonable ni justo, hágasele ver claramente que está equivocado y que lo que se le preceptúa está conforme con la razon y con sus propios intereses. Una vez desengañado es probable que ceda; pero no pudiendo convencerse instantáneamente, es preciso concederle algun tiempo para que piense.

Cuando la terquedad es habitual y ha echado raíces, conviene seguir la marcha siguiente: No se mande mas que cosas justas y necesarias, pero exijase todo lo que tenga este carácter. Si se resiste el niño, no debe cederse ni á sus recriminaciones, ni á sus súplicas, ni á su llanto, ni á sus malos modales, oponiéndole la calma, la frialdad é inflexibilidad. Cuando es necesario que obedezca en el acto y amenaza prolongarse la terquedad, apélese á la violencia. Cuando la obediencia admite espera se le castiga, y en caso necesario se le tiene á pan y agua ó se le hace acostar hasta que se someta sin reserva. El aislamiento tiene la gran ventaja de facilitar la reflexion: Cuando se renuevan las escenas de obstinacion, se le aparta de la compañía de los padres y los hermanos hasta que se haya sometido. Cuando cede se le manifiesta afecto, pero sin insistir demasiado, para que no vaya á creerse persona de importancia porque ha consentido en lo que se le exigia. El orgullo puede apoderarse de nuestro corazon en el mismo momento en que confesamos nuestras faltas. Que vea el niño simplemente que se aprueba el cambio que ha manifestado y que se le trata con benevolencia mientras que cumple las órdenes que se le dan.

La firmeza, la calma y el afecto en la censura, es lo que vence todas las resistencias.

TEXTO (Libros de). Véase LIBROS.

TIEMPO. Véase DISTRIBUCION DEL TIEMPO.

TIRÁNICA (Educacion). La educacion del niño, y mas adelante la del jóven, solo para otros, sea para otro individuo, ó para la familia ó el pueblo, no puede calificarse nunca con una expresion bastantemente dura, pues que se propone sacrificar á los hombres. Por esta razon, y á falta de un nombre mas exacto, llamamos *tiránica* tal educacion. Llegada al punto extremo, le conviene con entera propiedad el nombre de *barbárica*; cuando, por ejemplo, se mutila á los niños para servicios de los hombres, sin contar otros abusos que consisten hasta en la privacion completa de la libertad humana. A la verdad, en tal educacion se supone al niño y se le trata como ser libre; pero es precisamente para contrariar esta libertad, impidiéndola llegar á su desarrollo y fin legítimo, al derecho que tiene el hombre sobre sí propio y sobre sus acciones. Se le educa como á medio para un fin ó servicio, ya personal, ya real, apareciendo solo bajo un aspecto algo mas tolerable lo absurdo y lo tiránico de este modo de educacion, cuando dicho fin ó sacrificio se refiere á la familia, al Estado ó á la Iglesia.

La barbárie que está hoy todavía en práctica entre algunos pueblos de las Indias de privar de la vida natural á los niños recién nacidos, viene de pretextos análogos á los que se aparentan para abusos semejantes, y lo mismo podria sostenerse la costumbre de algunos paises de hacer eunucos á sus hijos y comerciar con la belleza de sus hijas. Y ¿hay por ventura diferencia esencial entre los abusos indicados y la práctica lamentable de muchas madres que en nuestra culta sociedad de hoy dia consideran como deber de educacion el adiestrar á sus hijas en las artes de la mas refinada coqueteria? Y por cierto no son tan poco frecuentes hoy hechos análogos, por mas que de ordinario no choquen á nuestra superficial ó distraida atencion. En las clases acomodadas no se ordena por lo comun la educacion para servicios duros domésticos, y sin embargo, se imponen casi siempre como parte de ella ciertos sacrificios de libertad, por otra parte legitima, para mantener lo que pudiera llamarse el honor, categoria ó consideracion de la familia. De un orden semejante, pero mas censurable, es la coaccion que ejercen los padres para con sus hijos, por satisfacer meramente gustos ó preocupaciones personales.

OTISIS (Precauciones contra la). La otisis, que hace tan horribles estragos en la juventud, seria mas rara á saber las madres modificar pronto el temperamento linfatico de sus hijos, procurando sobre todo,

desarrollar su reducido y delicado pecho y cuidando de los ejercicios corporales. Parece que la naturaleza con gran prevision se ha encargado de ejercitar y desarrollar el pecho de los niños por sí misma con la instintiva necesidad del llanto; pues en efecto les vemos llorar al nacer, al despertarse, cuando se les lava y cuando se les faja. No se inquieten las madres por estos vagidos; pues que sirven para fortalecer y dilatar el pecho y acelerar la circulacion; haciendo que la vida sea mas activa en todos los órganos. Para fortalecer el pecho débil siganse pues las indicaciones de la naturaleza, haciendo leer al niño en alta voz sin fatigarle; dándole lecciones de canto y procurando que cante en sus juegos y ejercicios. Los grandes movimientos de los brazos; la carrera subiendo ó saltando con el auxilio de una percha, los ejercicios con los mazos, y en fin; todo lo que contribuya á las grandes inspiraciones tiende al mismo objeto. Con igual propósito se dá al niño un tubo largo para que se entretenga soplando para despedir bolitas de papel ú otros objetos, y se le acostumbra poco á poco á hacer con él grandes inspiraciones durante un cuarto de hora, mañana y tarde (1), prohibiéndole el uso de los instrumentos de viento porque obligan á soplar largo rato sin tomar aliento, teniendo por consiguiente el pecho comprimido. Adviértase bien que lo que ha de procurarse es la dilatacion del pecho y que conviene acostumbrarle á tomar aliento á través del tubo que he aconsejado, y que el primer ejercicio no tiene mas objeto que acostumbrar al segundo.

TOMAS KEMPIS. Véase **KEMPIS.**

TRABAJO. El trabajo es para el hombre un título de independencia, un poder, un medio de bienestar, un manantial de goces, una honra y tambien un resorte eficaz de educacion. Vamos á considerarle bajo este último aspecto.

La educacion del trabajo debe començar lo mas pronto posible, porque es el aprendizaje de la vida. Las clases de la sociedad que pueblan nuestras escuelas de primeras letras tienen todavia mas necesidad de esta educacion, porque en ella encuentran los recursos y las cualidades que exige la carrera de actividad, de valor y de perseverancia á que están destinadas.

(1) El doctor Radmuge ha observado que por efecto de los ejercicios de dilatacion hechos con un tubo de cinco pies de largo durante un mes, ó mas, se ensancha el pecho en términos que vienen estrechos los corsés y otros vestidos usados antes con holgura.

El trabajo es la vocación natural del hombre, la condición con que la Providencia le confirió el imperio de la tierra; y lo que le prepara para cumplir su destino en el mundo. ¡Cosa admirable hasta en el instinto del juego que la naturaleza ha dado á la niñez, y á enuelto el noviciado del trabajo, porque dá ocasion al niño de desplegar en el juego su actividad y sus fuerzas, le hace encontrar placer en la facultad de producir, y cubre así de flores la instruccion que le comunica. Penetrémos de sus designios! Si el niño abandonado á sí propio, parece que se complace en destruir, es porque mal dirigido, cree obrar cuando destruye, en el mero hecho de variar la forma de las cosas. Démosle algo que creea con tal de que pueda hacerlo pronta y fácilmente. Que su obra le cause admiracion y placer, inspirándole secreto orgullo, y así el entretenimiento le servirá de taller, sin que lo sepa. Véase con qué alegría se pone á preparar un jardinito, á construir una cabaña ó un puentecillo, á levantar un molino en el arroyo ó á desplegar sus aspas al viento, y á echar á volar una cometa. Maestro indolente y ciego, que crees ser buen profesor, ¿qué haces tú mientras tanto encerrado en tu habitacion? tu puesto está al frente de ese reducido enjambre de jugadores, para guiarlos con aire risueño, tomando parte en su alegría, imaginar mil modos diferentes de ejercitarlos deleitándolos, é inventar juegos que puedan serles útiles á la par que gratos. Si, inventemos juegos, que será un triunfo y una gloria para nosotros.

Nosotros mismos sacaremos de este oficio provechosas lecciones: pues aprenderemos á descubrir el secreto encanto por cuyo medio se logra inspirar á los niños afición al trabajo. Los alumnos, así preparados, aceptarán más gustosos los esfuerzos que la aplicacion ha de costarles en la escuela, y nosotros aprenderemos á allanarles los obstáculos y á embellecer las ocupaciones más serias.

No solo prepara el trabajo al hombre para cumplir sus deberes, sino que también se los muestra. El trabajo es en realidad una lección que explica á los niños verdades muy importantes, enseñándoles que el hombre no ha venido al mundo para pasar en él una existencia ociosa y estéril, sino fecunda y productiva. Comentémosles nosotros esta admirable lección! Hagámosles ver que el trabajo es el agente productor de la riqueza, el que le dá valor y la pone á nuestro alcance, el que ha cubierto de creaciones humanas la superficie de la tierra. Hagámosles notar en las operaciones del trabajo la aplicacion natural de las facultades humanas, y en el cansancio que produce, un acto de poder, una especie de triunfo. Citémosles en corroboracion de esta verdad la satisfaccion y el contento interior que experimentamos despues de haber em-

pleado bien el día. Suele decirse á los niños : «Trabajen VV., porque el trabajo es condicion indispensable para ganar la subsistencia. Asi es la verdad; pero con esto se les dice poco y se les hace considerar el trabajo bajo un aspecto muy limitado. Nosotros les diremos : «El trabajo es el cumplimiento de una ley divina, un privilegio que ennoblece nuestra existencia, una obligacion para con la sociedad general.» Muéstrase á los niños el valor del trabajo en el salario que le sirve de recompensa, pero nosotros les haremos reconocer el valor moral, que le dá más digno precio. Se les presenta el trabajo como cálculo; nosotros se lo ofreceremos como virtud. Nuestros alumnos sabrán estimar y honrar el trabajo con absoluta independenciam de toda idea de lucro material. Hagámosles contemplar los portentosos prodigios de que la mano del hombre ha sembrado la tierra y con los cuales ha transformado todas las sustancias. ¡ Que á vista de un hombre laborioso experimenten siempre, como nosotros, profunda estimacion; digan mal, verdadero respeto y veneracion á una existencia consagrada al servicio de los demás, por muy humilde y penosa que fuere la ocupacion en que se ejercite! ¡ Reservemos nuestro desprecio para la indolente ociosidad, por mucho que sea el oropel de que esté rodeada! ¡ Honra al trabajo! He aquí la inscripcion que debe leerse en el frontispicio de nuestra escuela; he aquí la máxima que debemos grabar en el alma de nuestros alumnos.

Inspirar con tiempo á los niños afición al trabajo y hábitos de laboriosidad, es proveerles del antídoto del tedio, del preservativo infalible de la miseria, del desorden y el vicio. El niño ocioso pierde el fruto de las dotes más felices y se hace inepto para todo. Si cede á la inclinacion al movimiento, tan natural á su edad, es para abandonarse á una agitacion desordenada, tan dañosa para los demás como para él mismo. Triste y doloroso espectáculo para los amantes de la humanidad el de los niños abandonados en las calles por la criminal incuria de sus padres, perdiendo en la holgazanería momentos tan preciosos para lo sucesivo, corrompiéndose desde la más tierna edad y amenazando para en adelante el orden social, convirtiéndose en un semillero de malhechores!

Fácil nos será presentar á los niños numerosos ejemplos de los funestos resultados que la ociosidad acarrea : aquí un mendigo reducido, aunque robusto y sano, á implorar la caridad pública; cuando podria salvarse á sí propio; allí, un vagabundo, que renunciando al trabajo, renuncia al mismo tiempo á todos los vínculos sociales, y se encuentra aislado y sin apoyo; allá, un vicioso que pierde el dinero y la salud en

la disolucion y en la crápula: acullá, en fin un criminal castigado por la justa severidad de las leyes. En estos diferentes espectáculos de miseria, de ignomia y de crimen, que inspirarán á nuestros tiernos alumnos sentimientos de aversion, de indignacion y de horror, les indicaremos los diversos resultados de una ociosidad, que quizás fué solo en su origen efecto de mera indolencia; he aquí los abismos, que les mostraremos abiertos á los pies del que no sabe crearse una existencia activa y útil.

Inspirar con tiempo á los niños aficion al trabajo y hábitos de laboriosidad, es tambien dotarlos de gran copia de fuerzas, prepararlos para nuevos progresos, y en una palabra, dar mayor desarrollo á su educacion fisica, intelectual y moral. El trabajo manual encerrado en sus justos limites y con las convenientes condiciones de salubridad, es un excelente régimen higiénico en el mero hecho de proporcionar ejercicio regular y constante y auxiliar las funciones de todos los órganos. Si ciertos oficios sedentarios son dañosos á la salud, no debemos atribuir este mal al trabajo en si mismo, sino á su forma. Las faenas campestres que exigen el concurso de todos los órganos y suponen un continuo movimiento, son saludables en sumo grado. Los maestros que obtengan la confianza de los padres, deben hacer todo lo posible, para que los trabajos en que estos ocupen á sus hijos de una manera útil en los intervalos de las clases, ofrezcan las condiciones mas favorables á este fin.

Nunca es meramente manual el trabajo del hombre, pues supone siempre cierta participacion de la inteligencia; y hasta en las operaciones menos complicadas es preciso que el trabajador atienda á su obra, observe cierto método y ejecute algunas combinaciones. La parte que tiene la inteligencia en el trabajo del hombre se aumenta con el desarrollo de la industria. El maestró cuidará de que en el trabajo manual de los niños intervenga el ejercicio de la atencion y de las demas facultades intelectuales, que perfecciona los productos. Uno de los hábitos mas útiles, y sin embargo mas raros, es el de aplicar todas las facultades á la obra en que nos ocupamos. Prestaremos un servicio eminente á los alumnos, si desde niños los habituamos á esta aplicacion completa, tranquila y perseverante. Combinemos, hasta donde sea posible, el trabajo mental con el corporal, pasando alternativamente de uno á otro, porque alternadas estas dos clases de ocupacion se auxilian mutuamente de una manera prodigiosa. Procuremos que nazca y se desarrolle en los niños el talento industrial, que enseña á ejecutar bien lo que se hace, desarrolla la actividad, crea recursos, multiplica medios, inventa y perfecciona; talento que, sea cual fuere la profesion á que se dedi-

quien, les proporcionará incalculables ventajas en el resto de la vida. Para conseguirlo, les suministraremos ocasión de obrar por sí mismos, y los estimularemos á que así lo hagan, proponiéndoles un fin que conseguir ó un obstáculo que superar. Así, será preciso que traten de investigar, de observar, de combinar y de emplear sucesivamente diferentes medios. Por nuestra parte, procuremos graduar las dificultades, y no exigirles tareas superiores á sus fuerzas.

Esta especie de educacion industrial es de gran importancia práctica para los alumnos que frecuentan nuestras escuelas, y sin embargo, forzoso es convenir en que la generalidad de los maestros la tiene muy descuidada. Se me dirá, acaso, que el aprendizaje de los oficios ó de las faenas campestres es la verdadera preparación de los niños para la industria; pero yo responderé, que el primer aprendizaje debe hacerse en la escuela porque la aplicacion técnica y especial presupone ya cierta disposicion y cierta capacidad adquirida de antemano. Hay una educacion industrial, que sirve de preparación general para todos los trabajos útiles, y que nos está encomendada. La enseñanza de los conocimientos usuales nos proporcionará singularísimas ventajas, con especialidad si sabemos añadirle oportunamente algunas aplicaciones familiares. Fácilmente podremos conseguir que los niños hagan algunos experimentos físicos ó químicos, cuyos materiales é instrumentos esten á nuestro alcance; ó que ejecuten ciertas operaciones mecánicas ingeniosas. También les daremos algunas nociones elementales de artes ú oficios y de economía doméstica; les haremos notar las principales propiedades de las sustancias más comunes, el uso á que están destinadas y las transformaciones que pueden experimentar, así como los principales fenómenos de la naturaleza y el admirable encadenamiento de los efectos y las causas; todo lo cual nos proporcionará también considerables ventajas, porque el espectáculo de la naturaleza es la gran leccion industrial del hombre, en razon á que la naturaleza le ofrece no solo los modelos sino también los instrumentos de las operaciones del arte. A los niños campesinos cuidaremos de explicarles algunas de las operaciones industriales que solo se ejecutan en las ciudades, pero que pueden serles útiles; á los de las ciudades les hablaremos de las faenas campestres, de la industria rural; y á todos les diremos algo acerca de las excavaciones del paciente minero que saca de las profundidades de la tierra el carbón fósil ó los metales, cantando alegrementé al compás del martillo en sus habitaciones subterráneas; y de las excursiones del osado navegante, que, atravesando el Océano y desafiando á las borrascas, arriba á ignotas playas. Estos ejemplos prestarán animacion y vida al talento indus-

trial de los alumnos, inspirándoles ardiente y generosa emulación. ¹⁹² Al inspirar al niño afición al trabajo y hábitos de laboriosidad, le enseñaremos á trabajar bien; esto es, á hacer las cosas con método, con perseverancia, á acabarlas y perfeccionarlas, cuidando al mismo tiempo de hacerle adquirir firmeza de pulso y buen golpe de vista. Hagámosle comparar la obra imperfecta de un trabajador poco diestro con un producto ejecutado con habilidad, haciéndole notar que la bondad de los procedimientos duplica en realidad las fuerzas del trabajador y le evita el cansancio. Expliquémosle con ejemplos familiares que los instrumentos y las máquinas, equivalentes á multitud de brazos puestos á disposición del hombre, centuplican su poder y aumentan el valor del trabajo. En las ciudades manufactureras, el maestro á cuya escuela concurren los hijos de los trabajadores, deberá insistir, con mas empeño aun, en consideraciones de esta especie, diciéndoles tambien que el uso de las máquinas, en el mero hecho de abaratar considerablemente los productos y de ponerlos por consiguiente al alcance de mayor número de consumidores, aumenta el consumo y el despácho en la misma proporción, restituyendo así definitivamente al trabajador, aunque en otra forma y con creces, lo que al parecer le habia quitado al principio; verdad importantísima que es fácil demostrar con innumerables ejemplos. Algunos libros modernos suministran acerca de este asunto explicaciones tan sencillas como luminosas.

Al inspirar á los niños afición al trabajo y hábitos de laboriosidad, les imprimiremos á la vez una dirección á las facultades morales, formar buenas costumbres y habituarles á la práctica de muchas virtudes. Por medio del trabajo aprenderá con tiempo á fijar la atención, á recapacitar y á dominarse. A la versátil é insegura actividad que le hace moverse de un lado á otro, sin designio ni objeto, sustituirá el trabajo una actividad metódica, moderada y fecunda. Ningun otro ejercicio podrá enseñarles mejor á dominarse á sí propios. El trabajo libra al niño de la disipación y de la molición, le protege contra la sensualidad, desarrolla su energía, le inspira valor, serenidad, paciencia y perseverancia, y le colma poco á poco de dotes varoniles. El hombre laborioso es naturalmente grave, formal y circunspecto. El trabajo es una especie de gimnástica física y moral á la vez. Procuremos que nuestros alumnos acudan al trabajo con las predisposiciones más propias para favorecer esta influencia; que lo consideren no como una tarea ingrata y penosa, sino como un premio.

El trabajo dá al hombre verdadera independencia, y por consiguiente, verdadera dignidad; crea la propiedad, la multiplica y nos hace

adquirirla. Aunque nos sea lícito recibir y grato aceptar de mano de nuestros semejantes los dones hijos del afecto, no por eso deja de ser humillante el servir por nuestra propia culpa de gravámen á otros y el vivir á expensas de los que nada nos deben. ¡Conozcan con tiempo nuestros alumnos estas importantes verdades! ¡No es verdaderamente doloroso el espectáculo, que en gran parte de nuestro hermoso país nos ofrecen todavía los niños, corriendo en tropel al encuentro de los viajeros, tendiéndoles la mano, sin avergonzarse, y aun quizás sin experimentar las necesidades de la indigencia, complaciéndose en mendigar, importunando á los transeuntes, y todo por obtener una limosna miserable? Nuestros alumnos tendrán sin duda bastante altivez para no incurrir jamás en semejante ignominia, que los degradaría desde sus más tiernos años. Conozcan que el trabajo revela al hombre sus fuerzas; hagámosles disfrutar la satisfacción interior tan verdadera, tan profunda y grata que experimenta el hombre cumpliendo en esta vida el gran deber impuesto á todos por la Providencia; demostrémosles que el hombre laborioso se lo debe todo á sí mismo: que es naturalmente económico, porque conoce el precio de las cosas, y porque ha comprado con el sudor de su frente las comodidades de la vida; que alcanza merecida consideración en la sociedad; y que hasta en las adversidades es acreedor al interés y al respeto de sus semejantes.

Estas enseñanzas tan saludables como dulces y consoladoras, contribuirán á que nuestros alumnos se conformen con su suerte, y aun á abrazar con gusto la carrera que les estuviere reservada. Así irán conociendo poco á poco las ventajas que la divina Providencia ha concedido á las clases laboriosas de la sociedad; ventajas reales, por más que de ordinario las veamos menospreciadas. ¡Felicitémonos sobre todo si nos tocáre establecernos en poblaciones rurales! La agricultura contribuye mejor que los trabajos de otra especie á desarrollar estas ideas. En los trabajos del campo, reina el hombre como en su imperio, y parece que la naturaleza toda aplaude sus labores y le presta ayuda recompensándolos. Las escuelas rurales, fundadas en diferentes regiones de Europa con arreglo al modelo de la de Hofwyl, nos ofrecen una prueba palpable de esta verdad; las labores del campo están dispuestas y arregladas de manera que resulte de ellas una buena educación moral, y los hechos han confirmado en efecto esta esperanza. La felicidad resplandece en el rostro de los tiernos alumnos, y todos ellos se aficionan tanto á su profesión, que ni siquiera les pasa por la mente la idea de envidiar otra más brillante.

Si; sabemos ya por experiencia propia que el trabajo, á la par que